

La Esfera

AÑO XV.—NÚM. 767

MADRID, 15 SEPTIEMBRE 1928

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

Director: FRANCISCO VERDUGO



EXCMO. SR. GENERAL PRIMO DE RIVERA

Marqués de Estella, jefe del Gobierno y personificación del régimen cuya instauración ha sido solemnemente conmemorada en Madrid

(Dibujo de Gamonal.—1928)



LA ASOCIACIÓN INTERNACIONAL DE UNIVERSITARIAS

La reunión en Madrid de un Consejo de la Federación Internacional de señoras tituladas por las Universidades es un acontecimiento que ha de servir, seguramente, para que España sea mejor conocida y, consiguientemente, apreciada con mayor justicia.

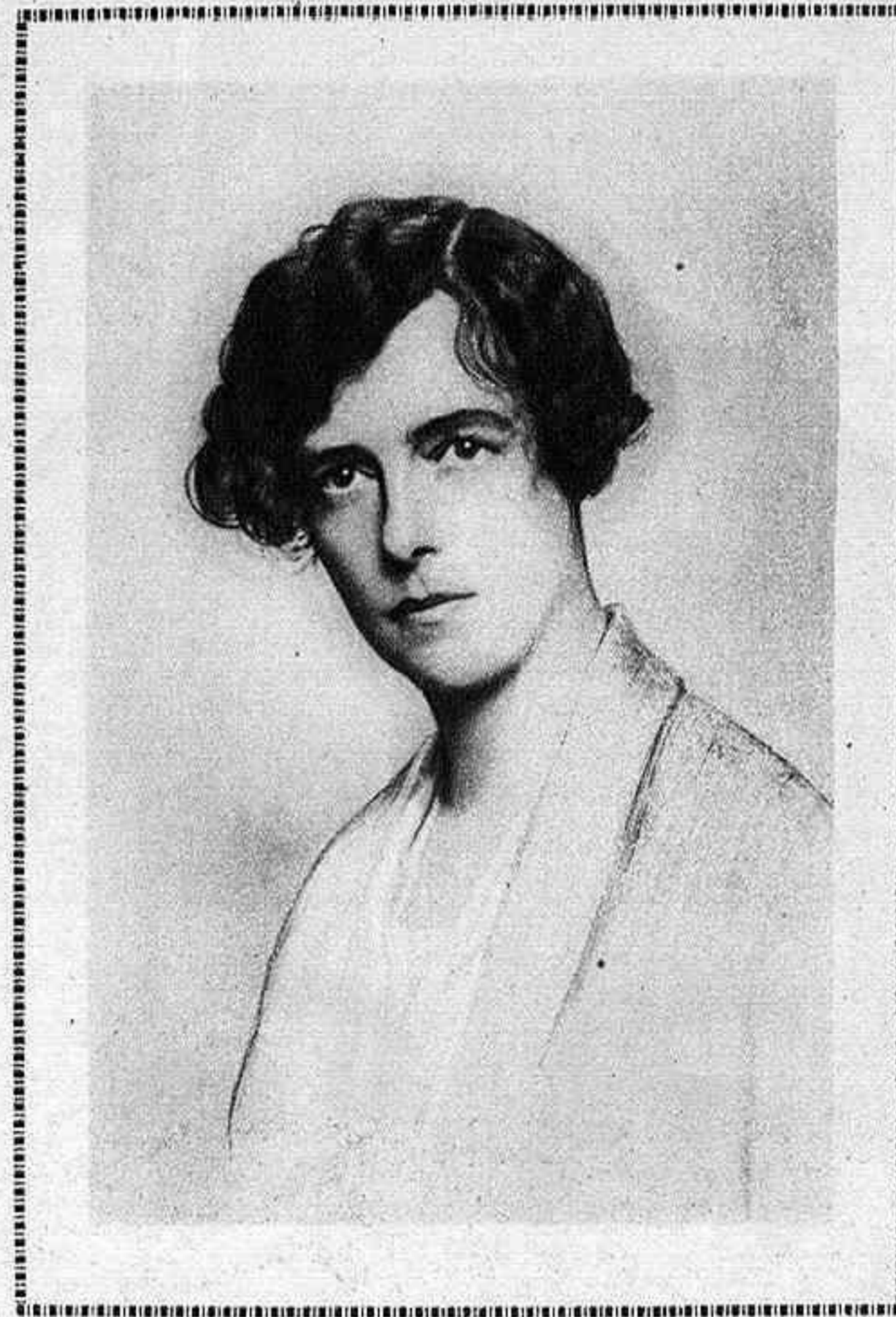
Treinta y un países tienen representación oficial en esa Asamblea, y de cada uno de ellos vienen al Congreso las más altas capacidades femeninas; muchas de ellas desconocedoras de nuestro país, y tal vez engañadas por leyendas falaces, muy en boga aún, por extraño que parezca, en algunos países acerca del nuestro.

La alta cultura de las universitarias españolas, demostrada muy recientemente en oposiciones difíciles y en lucha con selectos universitarios, dará, desde luego, á las doctoras extranjeras una idea más clara y más exacta de lo que la cultura española es y representa en la actualidad; y el ambiente muy cordialmente acogedor que han de encontrar en todas partes les demostrará que en España el feminismo no es problema tan acre como en otros países, y que la mujer tiene entre nosotros, sobre todos los respetos, todos los afectos.

Los fines que la Federación persigue son, por otra parte, muy simpáticos. Desde luego, es plausible el carácter internacional de ella: son agrupaciones de ese género que, haciendo sentir intensamente la vida universal, amortigüen los sentimientos excesivamente nacionalistas, las que mejor han de lograr los fines pacifistas, que tampoco el reciente Pacto Kellogg, muy semejante en su ineficacia á otros semejantes, puede lograr.

La creación de Círculos internacionales, realizada ya en Washington, Nueva York, Baltimore, Filadelfia y París, y á punto de realización en Atenas, y el magnífico de Londres, así como los substitutivos de esos clubs, perfectamente organizados, en Roma, Floren-

CONSEJO EN MADRID



LA SEÑORITA BOSANQUET
Secretaria de la Federación Feminista

cia, Siena, Budapest, Bruselas, etc., acentúan ese carácter internacional, asegurando á los universitarios la posibilidad de conocer íntimamente todos los países. La misma finalidad pueden realizar las pensiones para estudios y el intercambio de profesores de la enseñanza secundaria, tan favorecedor de la difusión cultural á que todos los pueblos aspiran.

Los viajes colectivos y las cartas de presentación que la Federación facilita á sus miembros son también medios poderosos de esa deseable internacionalización y revelan que el grupo es internacional mucho más hondamente que en el nombre.

Por si aun no fuera bastante, la Federación tiende siempre á estrechar relaciones con otros grupos internacionales. Sus conexiones más íntimas en este sentido son con la Comisión de Cooperación intelectual de la Sociedad de las Naciones; con el Instituto del mismo nombre, establecido en París, á los que ha facilitado ya muy útiles informaciones, y con la Comisión permanente de Asociaciones femeninas internacionales, á que está afiliada, y que tiene por misión principal el nombramiento de mujeres peritos para las comisiones de la Sociedad de las Naciones.

Está también en relación íntima con el Instituto de Educación Internacional de Nueva York y con otras instituciones similares.

La Federación Internacional de mujeres diplomadas de Universidad se halla adherida como sociedad española, Juventud Universitaria Femenina, que tiene la siguiente Junta directiva:

Presidenta, Elisa Soriano; vicepresidentas: primera, Jimena Quirós; segunda, María de Maeztu; secretaria, Clara Campoamor; vicesecretaria, Matilde Huici; tesorera, María Bardán; contadora, Conrada Calvo; bibliotecaria, Josefina Soriano; vocales: Loreto Tapia,



Comité de Juventud Universitaria Femenina, organizador del XII Consejo de la International Federation of University Women.—De izquierda á derecha: Loreto Tapia, Jimena Quirós, Matilde Huici, Conrada Calvo, María Arapalis, Clara Campoamor y Josefina Soriano
(Fot. Alfonso)



DOÑA JUANA WESTERDYK

Vicepresidenta de la Federación, profesora de la Universidad de Utrecht

Encarnación Sánchez-Herrero, Rosa Martín de Antonio, Amalia Pla, Antonia Martínez Casado, Concha Peña.

Juventud Universitaria Femenina organiza en España el XII Consejo de la Federación. En este Consejo, que empieza el día 15, se hará entrega á la presidenta de la Federación de la Bolsa de estudios é investigaciones concedida por el Gobierno español por medio de la Junta de Relaciones Culturales del Ministerio de Estado, presidida por el duque de Alba, para realizar un curso de investigaciones en España.

Se recibieron trece peticiones de otros tantos miembros de la Federación, siendo adjudicada la bolsa á la becaria austriaca Srta. Margarita Mecenseffy, doctora en Letras, para realizar en los archivos españoles investigaciones, á fin de escribir una monografía histórica sobre el tema «Los Hapsburgo austriacos y los Hapsburgo españoles y sus relaciones en el siglo XVII».

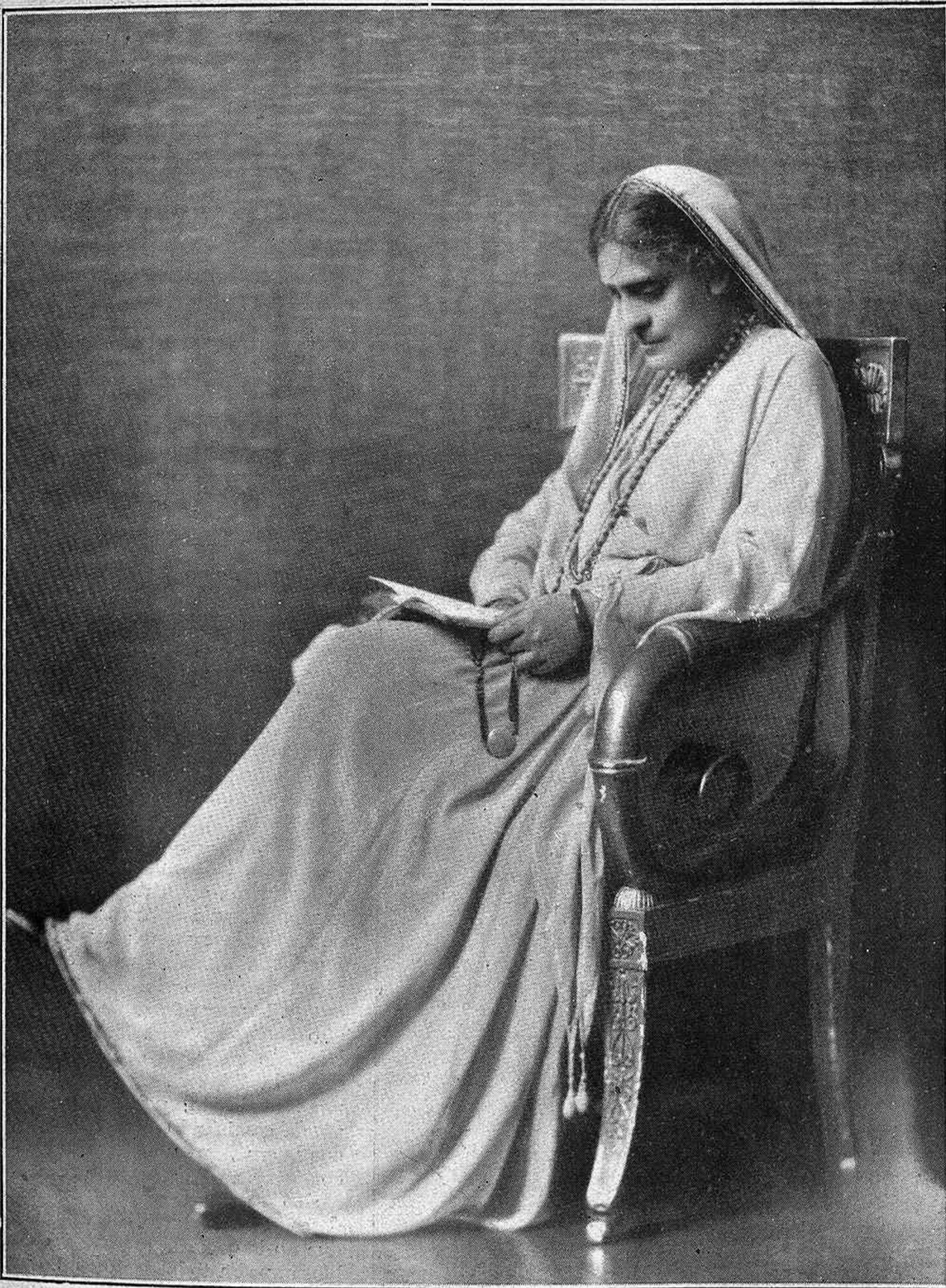
El número y la importancia de las peticiones recibidas, todas de doctoras ó licenciadas de grandes méritos y conocimientos científicos, hacen esperar á la asociación española que la bolsa concedida para el curso 1928-29 se mantenga en los sucesivos, á fin de dar lugar á que universitarias extranjeras realicen en España, sus archivos, laboratorios ó centros docentes, trabajos de importancia que den á conocer en un grado y aspecto más la cultura y ciencia hispanas.

Las delegadas internacionales, que en número



LA SEÑORITA ARNOLD

Secretaria de la Comisión organizadora del Congreso



MISS CORNELIA SORABJI
Delegada de la India

ro de cuarenta y siete visitarán España en Septiembre, son, en su totalidad, catedráticos, profesores de Universidad ó de Centros docentes de segunda enseñanza, las unas, miembros titulares de altos cargos político-administrativos ó de profesionalidad en los respectivos países.

Cuenta la Federación con 46.538 miembros en los 31 países que hasta el momento se hallan afiliados, y que de día en día aumentan. En el último Consejo de Viena se dió á España el grato encargo de procurar la adhesión de los países iberoamericanos, y merced á estas gestiones solicitan en el presente su inscripción los grupos de universitarias de Portugal y Chile y se hallan en creación otros grupos en las Repúblicas hispanoamericanas, que se adherirán en el próximo año.

Los idiomas oficiales de la Federación son el inglés y francés.

Las reuniones periódicas que se celebran sirven también para conocer los valores intelectuales respectivos de los diversos países, y la labor realizada por sus universitarias, todas ellas vinculadas á la actividad social de sus respectivas naciones, representada por un gran número de mujeres, ya que las norteamericanas cuentan con miles de afiliadas á su asociación, las alemanas suman 4.000; 2.311 las inglesas; 1.800 las canadienses; 999 las francesas, y así sucesivamente.

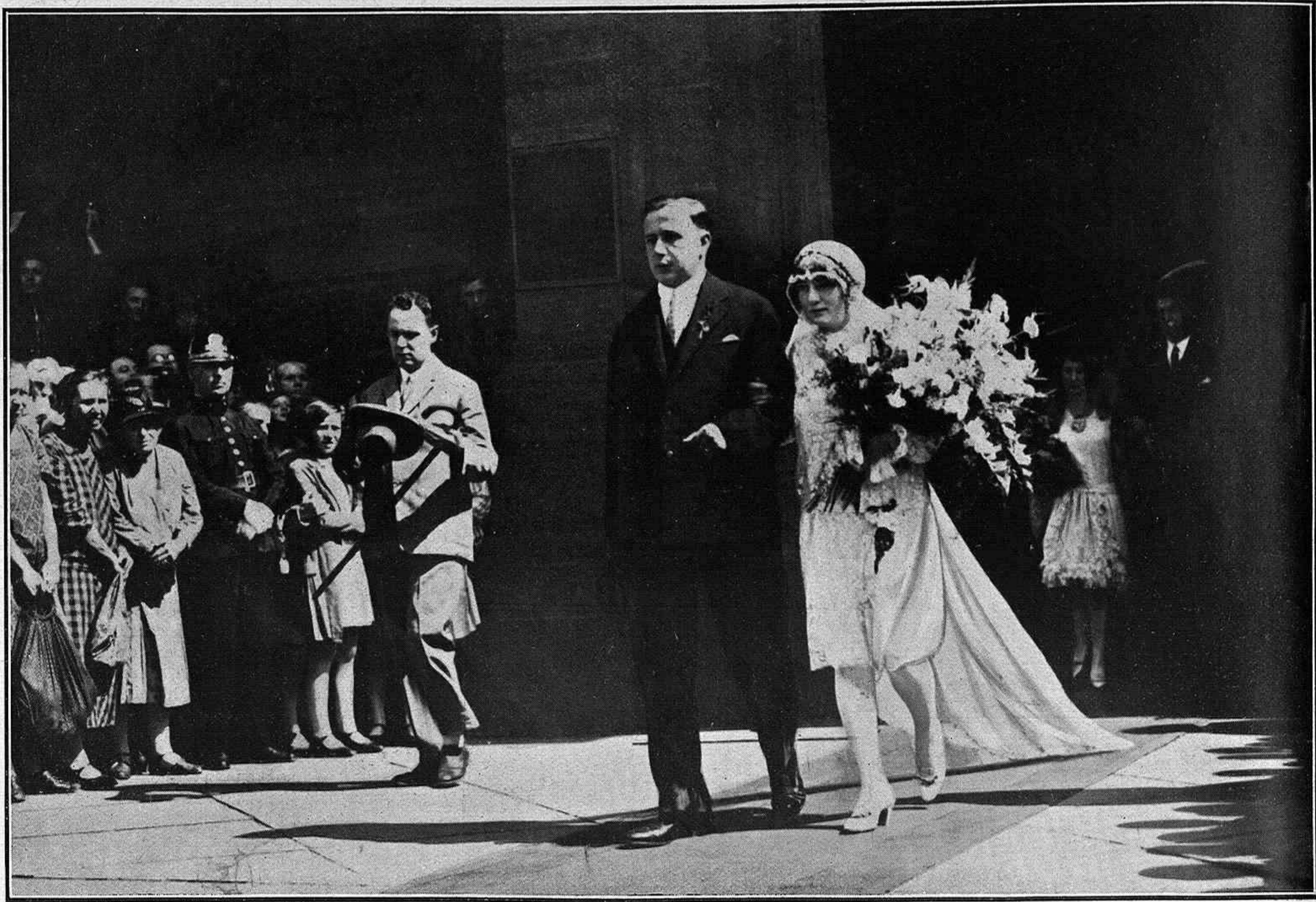
La Asociación de universitarias españolas, que por primera vez tiene el honor de recibir á la Federación en nuestro país, contribuye, en la medida de sus fuerzas, al desenvolvimiento de los ideales de la Federación, y se siente halagada porque las enviadas de 31 naciones conozcan de cerca y por sí mismas la tierra española, conocimiento que acrecentará su estimación por España.

El Consejo tendrá lugar en Madrid, celebrándose su sesión de clausura en Sevilla, invitado por aquel Ayuntamiento.

Las delegadas visitarán Toledo, Segovia y El Escorial antes de partir para Sevilla, y serán también acogidas por el Liceum Club Femenino, que, como otras muchas Asociaciones, á quienes por falta de tiempo ha sido imposible atender en sus generosos ofrecimientos, quieren agasajar á estas representantes de la intelectualidad mundial, que, animadas del mejor deseo, vienen á examinar la labor realizada durante el año, á fijar la que ocupará su actividad durante el venidero y á trabajar intensa y acertadamente por el acercamiento de las mujeres universitarias de todos los pueblos, realizando esa obra de penetración verdadera por medio de la cultura y el trabajo, que tan necesaria es para el cumplimiento de los presentes ideales internacionales.



LA TRAGICA AVENTURA DEL «ITALIA»



La boda, en Praga, del profesor Behounek

(RELATO DE UN

LA Prensa de todos los países ha considerado como actualidad mundial la boda del profesor Behounek, celebrada en Praga. Behounek, casi desconocido hace pocos meses, se había convertido después en una figura interesante: había sido uno de los tripulantes del malaventurado dirigible *Italia*, á las órdenes del general Nobile; y por si eso no fuera bastante, le habían dado después renombre mundial los artículos publicados en un diario parisino relatando con honrada, noble y alta sinceridad el viaje de la aeronave italiana y aclarando algunos de los misterios de que parecían rodeados la expedición, la catástrofe que le puso fin y el salvamento de algunos, desgraciadamente, no de todos los expedicionarios.

No podemos, por múltiples razones, referir lo que, sobre todo con respecto á los hechos posteriores á la catástrofe, llegó á decirse: baste recordar que hasta se acusó á algunos de los salvados de canibalismo sobre alguno de los desaparecidos, y que en determinados países por donde pasó Nobile al regresar á Italia—que le acogió como triunfador—se intentaron manifestaciones contra él. La boda de Behounek trae ahora á la memoria algunos de sus relatos, y de ellos queremos dar una síntesis sin el menor espíritu tendencioso: la obra del doctor se presta mucho á interpretarla así.



EL PROFESOR MALMGREEN
Cuya desaparición fué comentadísima

SUPERVIVIENTE)

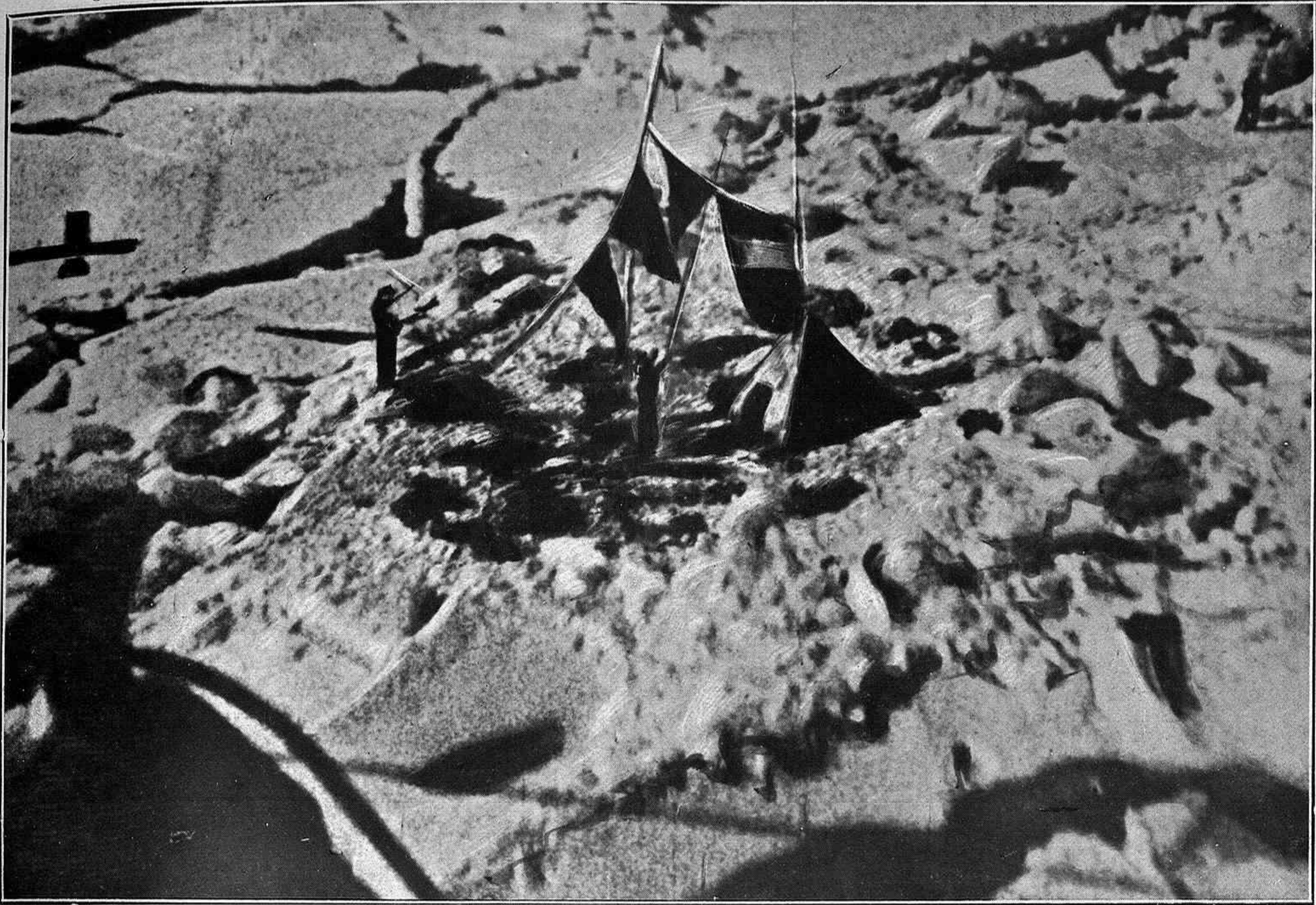
DOS HORAS SOBRE EL POLO

La preocupación del general Nobile era, indudablemente, llegar al Polo Norte, para clavar en él la bandera de Italia, y ese propósito lo realizó.

«El 24 de Mayo, á las doce y media de la noche—dice Behounek en su relato—, llegamos al Polo. Giramos en torno suyo y descendimos hasta los trescientos pies de altura. La niebla era en aquel momento menos espesa, y pudimos ver mejor.

«Debíamos—los investigadores—concentrar toda nuestra atención en los aparatos, mientras que los otros se preparaban á dejar caer la bandera de Italia y la cruz enviada por el Papa. Fueron bajadas mediante cuerdas. Soplaban un viento violento, y temimos que la bandera fuese destrozada por uno de los motores. Traté de hacer una fotografía; pero todo fué rapidísimo: la bandera desapareció como una exhalación, porque el dirigible seguía caminando. Lo mismo ocurrió con la cruz, que, por su peso grande, costó trabajo sacar por la cabina.

«No era posible que ningún hombre descendiera al hielo. El viento, aunque no impedía la marcha del dirigible, impedía todo descenso. Se pensó en que bajarán utilizando los botes de caucho. Sólo podía bajar un hombre cada vez, y fueron designados Mariano, Pontrémoli y Malmgreen, que debían



La tienda roja, en que Nobile y sus compañeros pasaron los días trágicos que ha contado el profesor Behounek

llevar diversos aparatos para hacer observaciones oceanográficas. Una tienda, provisiones y una colchoneta estuvieron preparadas; pero las consecuencias de la catástrofe nos demostraron luego que el descenso hubiese sido imposible... El viento y la luz difusa impidieron que la tentativa fuese hecha...

«Llegamos, pues, al Polo, y no se dejó de enviar un radiograma de triunfo. A petición de Nobile, yo envié saludos á mi país lejano. Entonces el gramófono hizo oír el himno fascista *Giovinetta*, y una canción irredentista de la época en que Trieste estaba aún en poder de Austria: *Italia! Italia del mio cuore!* Se gritó ¡viva Italia!, se hizo una ovación á Nobile y se vació una botella de coñac. Después emprendimos el viaje de vuelta á las dos y treinta (hora de Londres), después de haber pasado dos horas en el Polo.

ANTES DE LA CATÁSTROFE

«Volamos hacia los paralelos 30 y 40, haciendo un radio para explorar aquella región desconocida. Soplaban viento noroeste favorable. De pronto se produjo una niebla muy espesa, y una capa de hielo de más de un centímetro comenzó á cubrir toda la superficie del aparato y algunos hilos de las antenas. Biagi, nuestro operador, tuvo que cambiarlos. Tomamos algunas fotografías de la capa de hielo para mostrarlas en Spitzberg.

«Traté de descansar un poco; pero el ruido impedía dormir, y además todas las colchonetas estaban ocupadas; los que menos durmieron fueron el general y el telegrafista.

«En las primeras horas de la mañana el tiempo cambió. Sopló el viento del suroeste, empujando al dirigible hacia nordeste, á pesar de los esfuer-

zos de los tres motores. La velocidad quedó reducida á veinticinco millas. La niebla nos impedía hacer observaciones sobre la ruta, y sólo podíamos orientarnos por las indicaciones que nos enviaba el *Cittá di Milano*. En la mañana del 25, el general dió orden de subir todas las colchonetas á lo alto del globo. Pontrémoli subió á ejecutar la orden; no le he vuelto á ver.

«El dirigible seguía su carrera luchando contra el viento. El tiempo mejoró; todos estábamos fatigadísimos por dos días de navegación. Un poco antes de las nueve vi, observando el altímetro, que descendíamos rápidamente.

«Oí una señal: los motores pararon y el dirigible descendió rápidamente. Luego comenzaron á marchar de nuevo y el globo volvió á subir. Había sido un error y una avería en el timón vertical, que fué rápidamente reparada. Eran las nueve y cuarenta y dos. El dirigible no era aún demasiado pesado. La altitud, tomada por Trojani, era de 2.700 pies.

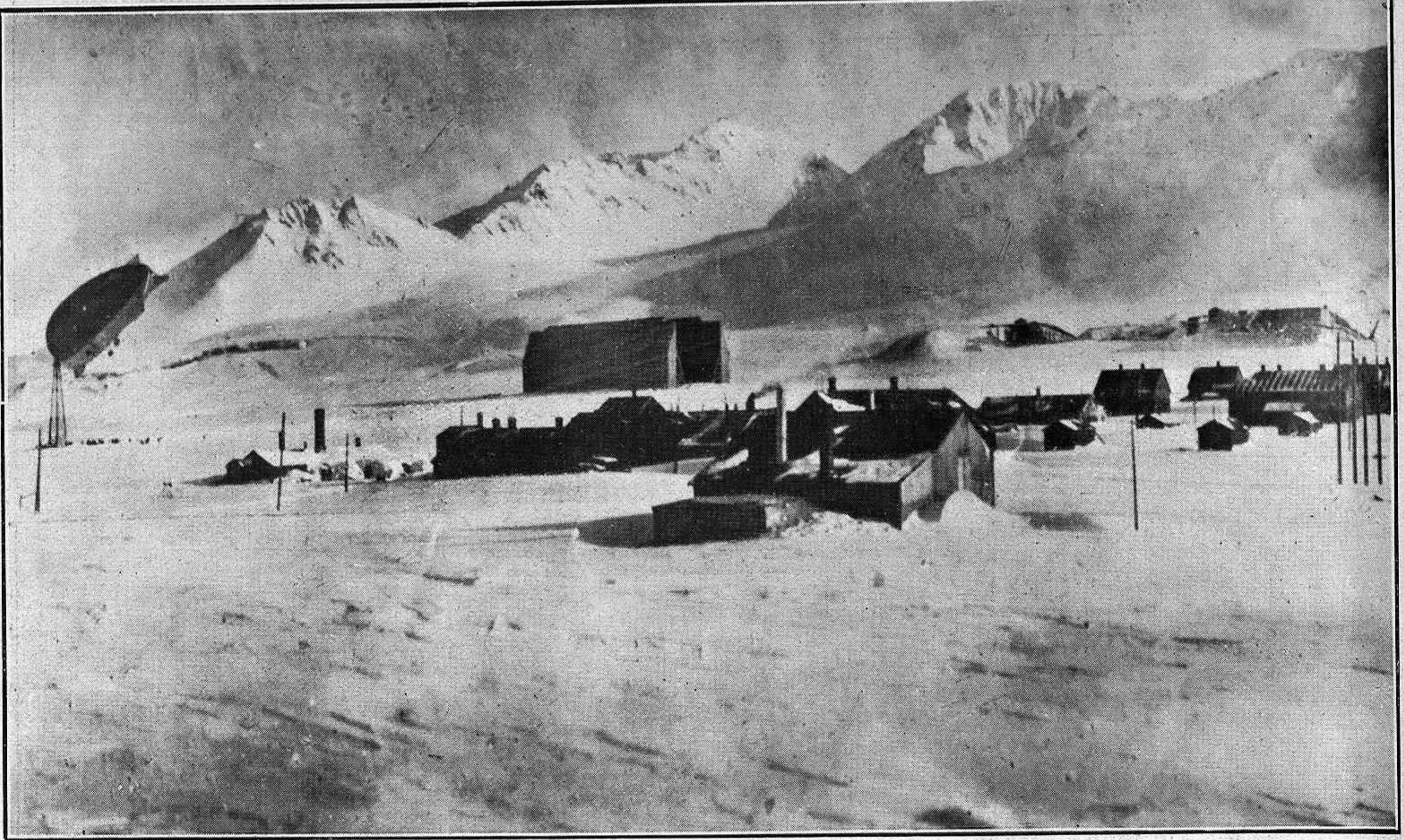
LA CATÁSTROFE

Sin embargo, Malmgreen opinaba ya que el globo pesaba demasiado y que la altitud, mantenida sólo gracias al timón, era de 1.200 á 1.500 pies. El general mandó arrojar lastre, incluso bidones llenos de esencia, y la situación parecía normal. Behounek hizo su última observación á las once y treinta y cinco; la que debía hacer una hora más tarde ya no pudo verificarla.



VICENTE POMECLA

Mecánico muerto en el momento del choque, y cuyo cadáver, insepulto, estaba próximo á la tienda roja



El campamento de donde partió el «Italia» para su desgraciada expedición polar

Poco después se produjo la catástrofe, tan súbita, que fué imposible enviar una señal radiográfica. El globo cayó de 1.500 metros con una velocidad de 750 por minuto, á pesar de todos los esfuerzos realizados para aligerarle.

Malmgreen tenía razón, indudablemente.

Behounek juzga imposible describir la catástrofe; pero afirma que todos estuvieron en su puesto, perfectamente tranquilos, hasta el momento mismo del choque, que redujo á migajas la cabina de los motores y la que servía de laboratorio y hogar á los que investigaban.

LA VIDA EN LA TIENDA ROJA

La tienda donde pudieron refugiarse los supervivientes de la catástrofe tenía, pintadas por Biagi, unas grandes rayas bermellón, para hacerla más perceptible á los aviones, y por eso desde el primer momento fué llamada «la tienda roja».

Acerca de la vida en ella voló mucho la imaginación de las gentes durante aquellos días de angustia. Las noticias, esperadas ansiosamente en todo el mundo, tan vivamente interesado por las víctimas de la catástrofe, llegaban á todas partes deformadísimas por interpretaciones é hipótesis infundadas. Se dijo que habían enloquecido; que la discordia reinaba entre ellos; que eran víctimas de una «psicosis polar»; que agonizaban, que habían caído en apatía y no confiaban en nadie, y que cada día se consideraban más abandonados por sus semejantes. Behounek ha restablecido la verdad con su sincero relato. Realmente, no hacían falta tantos horrores. Bastaba con vivir sobre aquel menguado islote de hielo, que el mar roía por debajo y el sol deshacía por encima, viendo diariamente cómo se achicaba y perdía consistencia, haciéndose cada vez más inhospitalario, sin

más comunicación con el mundo que la T. S. H., seguros de que jamás se habían enviado tantas expediciones de socorro; pero con menguadas esperanzas, porque sabían las dificultades que los salvadores habían de vencer para llegar á ellos.

Los primeros momentos fueron de optimismo: estaban cerca de tierra firme; quizá Wilkins, con su avión, estaba todavía en Green Harbour...;

el salvamento era cuestión de horas; pero el pesimismo surgió pronto: ¿qué iban á comer? Carecían en absoluto de provisiones, que el globo había lanzado al espacio aun antes del choque. El hielo no ofrecía ningún alimento. El mar que percibían á través de él no tenía peces; la tierra estaba próxima, pero inaccesible.

Luego volvió á renacer la esperanza. Malmgreen primero y todos después, encontraron las provisiones que el globo había lanzado.

Los elementos indispensables de T. S. H. se habían salvado, y Biagi los puso en marcha rápidamente á las doce de la mañana del día mismo de la catástrofe, y poco después los supervivientes comenzaron á oír la señal S. O. S. y las de situación, que habían de escuchar constantemente durante tantos días.

Por la tarde, reunidos todos en la tienda roja, durmieron profundamente, agotados por las cincuenta y seis horas de vuelo.

A la mañana siguiente, el capitán Mariano, perfectamente tranquilo y sereno, distribuyó el trabajo.

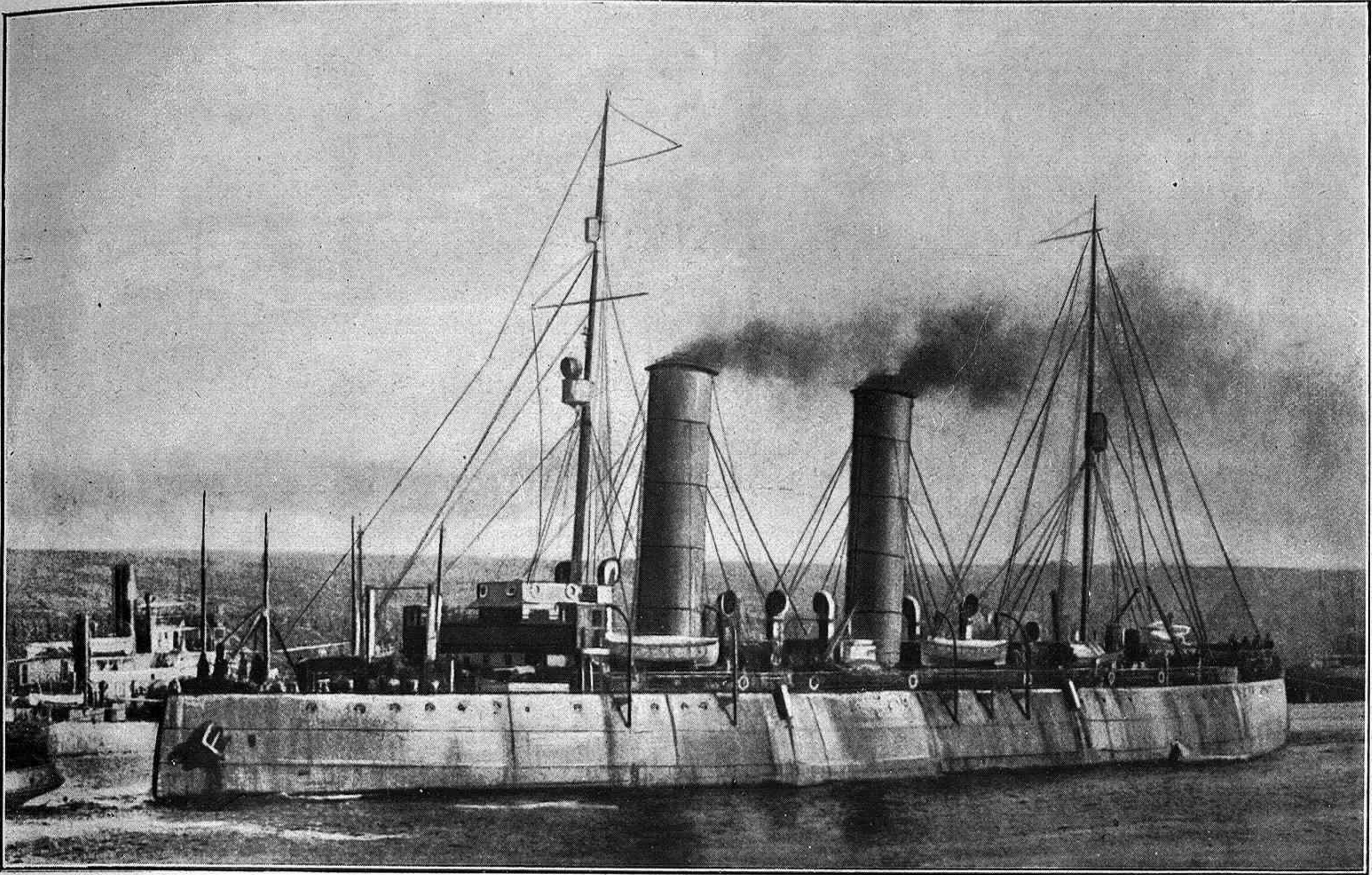
Trabajar no era fácil en aquel ambiente móvil, en que los bancos de hielo giraban en torno del nuestro, arrastrándole; por todas partes los rodeaba la nieve, y en el suelo había tremendas fallas, que era necesario esquivar ó salvar á saltos. Constantemente habían de pasar cerca del cuerpo del infortunado Pomella, que había muerto valerosamente en su puesto y que yacía con la cabeza hundida en la nieve, entre los restos de la cabina de motores, destrozada por el choque... Pensaron cubrirle; pero los trabajos y la fatiga les impidieron hacerlo.

El instinto vital se sobrepone á todo: los nueve supervivientes, reunidos al atardecer en la tienda en torno de un bidón en que Malm-



EL INGENIERO FELIX TROJANI

Que sustituyó á Malmgreen en el cuidado del campamento



El barco rompehielos «Krassin», de la Marina soviética, que salvó a los supervivientes de la tienda roja

green cocia pemnican, bebían al principio con repugnancia aquel brebaje, que había de ser su único menú durante tantos días; pero, al cabo, se resignaron a él.

La Radio lanzaba constantemente llamadas angustiosas; Zappi, puestos los auriculares, corría á veces, esperanzado, del puesto transmisor al receptor; pero poco después, tras de escuchar, los dejaba caer desalentado: ¡no oía nada!

La marcha en busca de socorro del grupo formado por Mariano, Zappi y Malmgreen produjo en los que quedaron en la tienda roja enorme depresión; sin embargo, se repusieron pronto, confiando en el valor y en la pericia de los que habían partido: de Malmgreen sobre todo.

EN COMUNICACIÓN CON EL MUNDO

Por fin, uno de los primeros días de Junio lograron captar un mensaje lanzado por la estación de San Pablo, de Roma; por él supieron que Larsen y Amundsen, los que ahora sabemos definitivamente perdidos, habían salido en busca suya.

Biagi recobró así la energía para operar, y lanzó un nuevo S. O. S. anunciando que el grupo estaba cerca de la isla de Foyn.

Repitió aquel despacho tan insistientemente, que «llegamos á temer que agotara los acumuladores», dice Behounek.

Llegó por fin el 7 de Junio, y con él un despacho del *Cittá di Milano*, estableciendo ya definitivamente la comunicación.

Desde aquel momento ya no podrían perder la esperanza.

Había entre ellos dos heridos: el general, que tenía un brazo roto, y el primer mecánico, Ceccioni, que tenía una pierna fracturada. Noble había demostrado antes sus

condiciones de carácter y de valor, y no había de desfallecer, á pesar de su estado. Ceccioni había sido mecánico del más audaz de los automovilistas italianos, y había salvado, como mecánico de él, al primer dirigible que voló en Italia. Tendido sobre el suelo, con su pierna vendada, mientras los otros dormían, calculaba,

con ayuda de papel medido sobre una carta del Spitzberg, cuándo llegaría el *Krassin*, según la ruta que hubiese emprendido.

«¿Era esa la psicosis polar?», pregunta Behounek.

De todos podría citar hechos análogos, reveladores de serenidad: de Biagi, que encontraba constantemente ocasión para cantar su tonada favorita: *Italia! Italia del mio cuore!* De Viglieri, que diariamente tomaba la altura solar, á pesar de todas las dificultades y con la misma seguridad que «si hubiese estado á bordo de un navío de guerra en tiempo de paz». De Trojani, á quien Behounek llamaba «el filósofo ingenioso», que había substituído á Malmgreen en el oficio culinario.

Cierto que tuvieron momentos de depresión y aun de terror: cuando el viento abría nuevos canales en torno de su tienda; cuando el deshielo de las capas superiores del banco la inundó; cuando sus zapatos se desprendían á pedazos; cuando les invadieron las enfermedades; cuando su suprema esperanza, el avión de Lundbourg, se estrelló contra el hielo, y, sobre todo, cuando las corrientes llevaron el banco sobre que vivían al mar libre y hacia el Este.

Tal es lo más trágico del relato de Behounek; pero, ¿fué la vida en la tienda roja lo más trágico del desastre? Los tripulantes del *Krassin* han contado ahora de nuevo cómo encontraron á Zappi y á Mariano; su relato abre nuevamente camino á la más terrorífica hipótesis.—D. T.



EL RADIOTELEGRAFISTA BIAGI

Que durante su reclusión sobre los hielos cantaba frecuentemente: «Italia Italia del mio cuore!»





Unas escena de la versión hecha por Gerardo Hauptmann del «Hamlet», tal como se ha representado en el Stadt-theater, de Dresde

PATOLOGIA TEATRAL

II

Por ninguna parte, pues, se ve, en el aparente anhelo de novedad de nuestros públicos y de nuestros autores, la razón de esa superproducción de obras escénicas y de esa movilidad inusitada de los carteles, no obstante las imposiciones de algunos autores, que obligan a sostener sus obras, aunque pueda aplicarse á las salas de los teatros en que se representan aquel epigrama de Benavente: «Tantos tienes, tantos vales»; y ni aun así haya modo de llenarlas, ni mucho menos.

No hay aquí grupo alguno, ni personalidad tenaz y persistente, que sueñe con la renovación del teatro, ni siquiera con la de sus medios de expresión, con una orientación sólida, definida y clara.

Un libro muy interesante, publicado hace algunos meses en España, en que se hace muy documentada historia de la labor realizada en Es-lava durante las primeras temporadas de su dominio por Martínez Sierra, muestra, efectivamente, cosas muy interesantes y aspiraciones elevadas que alcanzaron perfecto logro; pero aquel movimiento fué flor de un día. Martínez Sierra mismo, con una Compañía capaz de grandes empresas, y al frente de ella una actriz tan absolutamente capaz como Catalina Bárcena, derivó hacia un teatro vulgar y corriente, sin más novedad, cuando tenía alguna, que la de ser inglés, como antes había sido francés, y tener por ello, á ratos, cierto sabor películesco.

¿Fué acaso que el público no respondió á la nobleza del empeño? Sería lamentable, y ello indicaría que la depravación del gusto que forzo-

samente habían de producir y han producido el abuso de seudonovedades y la inconsistencia de forma junta con la insubstancialidad de fondo de nuestro teatro actual, son más graves de lo que podíamos suponer, y requieren urgentemente campañas de reeducación del gusto mediante temporadas teatrales verdaderamente artísticas y muy diferentes de las que los teatros españoles suelen hacer.

Esa reeducación, en tanto que no vayan surgiendo, y en gran parte habrán de surgir por efecto de ella, autores con un concepto, un ideal y un modo de expresión dramático nuevos, habrían de tener por base, formidablemente sólida, por cierto, el cultivo del teatro clásico y la resurrección de aquellas obras del repertorio que merecieran figurar al lado de las más famosas del teatro de nuestro siglo de oro.

Pero, ¿es posible esa reeducación? ¿Dónde tenemos Compañías, actores siquiera, salvo una media docena todo lo más, capaces de ese empeño?

En todos los países, aparte del Conservatorio y los teatros oficiales, cuando los hay, existen también grupos de actores y autores que se preocupan de la conservación de esos elementos del tesoro artístico nacional. Publicábamos en nuestro número anterior grabados que representaban escenas de una de esas tentativas hecha en Inglaterra en un teatro al aire libre, en uno de esos «Teatros de la Naturaleza» que tuvieron tanta boga y que, salvo en Inglaterra, la han perdido, desgraciadamente.

En ese ambiente pueden ser representadas, con una sencillez que no las hace perder su belleza, antes las acrece, librando á la atención del ries-

go de distracciones accesorias, las obras de Shakespeare nada menos. No sólo en los teatros ingleses; en Saint Cloud, sin ir más lejos de París, y en un «Teatro de la Naturaleza» también, perdido en medio del espléndido bosque, representaban hace algunos años unos cómicos, muy de tercera ó cuarta fila, *El mercader de Venecia* nada menos, con éxito excelente. Ni siquiera así podemos ver nosotros nuestras obras clásicas, y es imposible que sin ese cultivo del verdadero arte escénico, el público llegue á tener la necesaria sensibilidad para gozar de ese género de arte.

Para nuestros actores actuales sería obra de romanos interpretar ahora las obras más sencillas del teatro, que deberían hacer constantemente. Han perdido la primera condición que debería exigirse á un cómico como indispensable para admitirle «al ejercicio»: la flexibilidad. Cada actor es él, constantemente él; confunden, si es que reflexionan alguna vez sobre el caso, la personalidad con la invariabilidad, y así quitan al teatro una de sus principales virtudes.

Quizá el microbio del estrenismo, que perseguimos, está en ese modo de ser extraordinaria é inconvenientemente cómodo de los actores actuales.

Es infinitamente más sencillo vestirse un traje á la medida, siempre, además, del mismo corte y tipo, que adoptar cuerpo y alma á una vestimenta con personalidad propia.

Yo creo que Ortas y Patricio León, por ejemplo, son dos buenos actores cómicos; pero para convencerme completamente necesitaría verlos como vi á Mariano Fernández, por ejemplo, encarnando (como se decía) ó incorporando (como se dice ahora, no sé por qué) tipos diversos en

EL ESTRENISMO

ambientes muy diferentes y siendo siempre varios, sin perder para ello su personalidad.

Me convencerían del todo si les viera hacer alguna comedia en que no fuesen Ortas ni Patricio León, en comedias escritas sin pensar en el maniquí por algún verdadero dramaturgo.

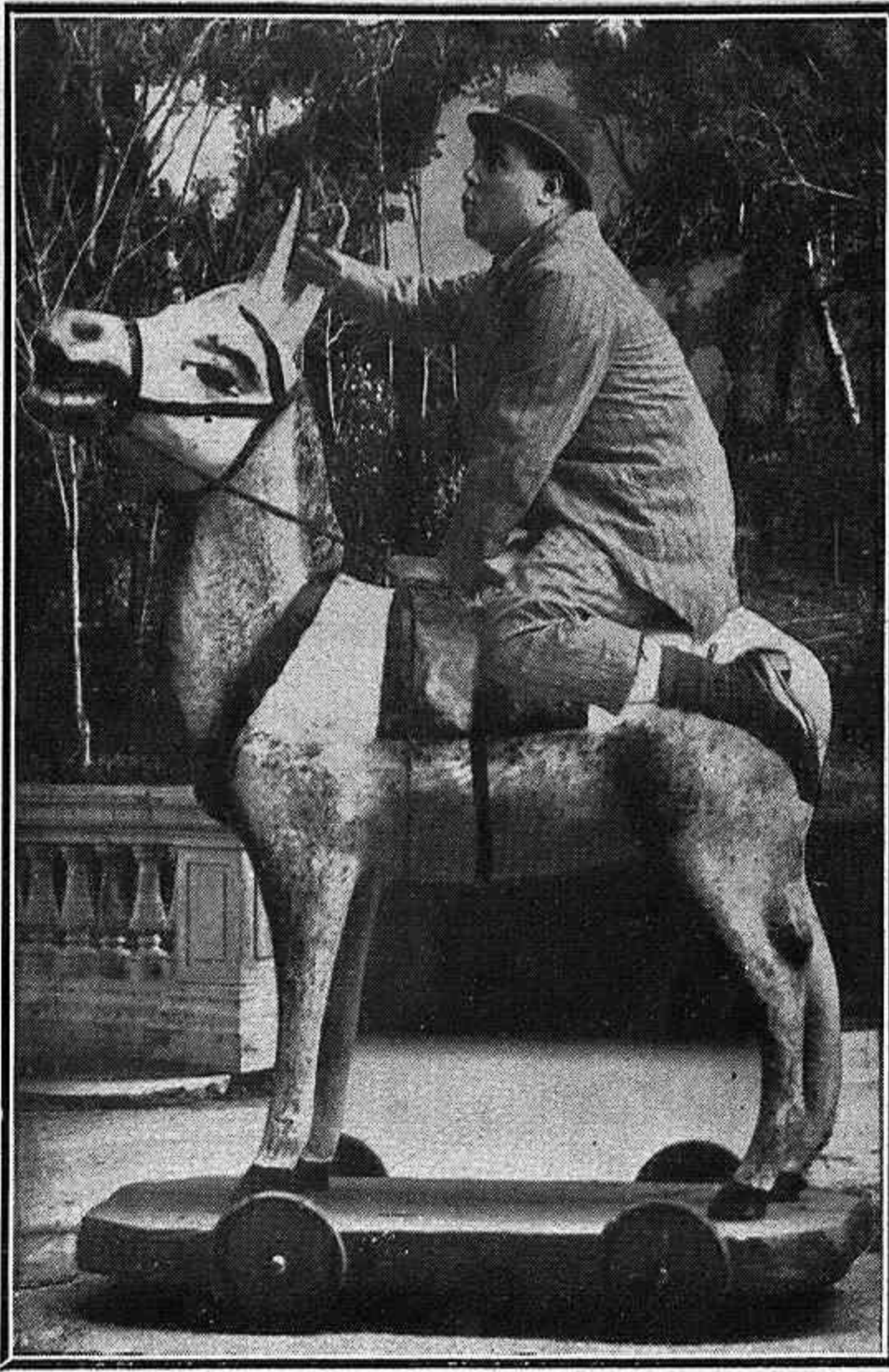
Aun quedan, por fortuna, aunque no muchos, actores proteiformes: Calvo, Morano, Borrás y algún otro tal vez; pero ellos mismos están muy distantes, y no seguramente por culpa suya, sino por culpa de los tiempos, de aquéllos. Valero, Calvo y Vico, por no citar más que tres, que tenían repertorios ingastables, lo hacían todo, y cada día eran una figura distinta del inmenso mundo del teatro castellano.

Para representar comedias de repertorio, aun sin llegar al teatro clásico, que requeriría para los actores una preparación especial—misión esencialísima del Conservatorio, que por algo se llama Conservatorio—, los actores necesitan estudiar algo más que la letra del papel, y eso es pedirles demasiado cuando ganan copiosamente aplausos y dinero sin estudiar la letra siquiera.

Si los actores estuviesen realmente enamorados de su arte y sintieran de verdad la grandeza de él, serían los primeros enemigos de ese sistema absurdo que los inmoviliza en un mismo tipo, sin perjuicio de darles apariencias ligeramente distintas, como las fisonomías múltiples de un mismo sujeto en una postura única que hacen ahora los fotógrafos con ayuda de espejos diversamente orientados.

¡He escrito tantas veces que me parece ofensivo para actrices como Catalina Bárcena y Loreto Prado, hacerles obras á la medida, que ni siquiera para generalizar el caso me parece bien repetirlo!

Sólo á un actor de los que hacen habitualmente ese teatro monocorde, he oído lamentarse de no poder hacer otro y envidiar á un modestí-



Ortas en un tipo que no olvidan los comediógrafos

simo actor de mi «Teatro de Arte» la posibilidad de crear tipos nuevos. Fué Simó Raso, que después ha demostrado muchas veces su vocación.

Autores y actores parecen encontrar sobre más cómoda, más segura, una constante repetición. Puesto que un tipo gustó, ¿para qué molestarse en hacer otros?

Así, el teatro, que debería ser constante é intensamente vario, se ha convertido en una continua repetición de tres ó cuatro clichés. Hace unos cuantos años era moda decir que hacía falta «romper moldes» de literatura teatral; desde entonces, los moldes, reducidos en cantidad, han ganado extraordinariamente en consistencia, y el oficio de actor, que poco á poco va dejando de ser arte, se ha hecho extraordinariamente más accesible. Aquel personaje de *Figaro* y aquel tartamudo de sainete que repetía insistentemente *Yo quiero ser cómico*, podrían serlo sin dificultad; todo consistiría en que les hiciesen las obras á la medida de sus defectos.

Para exculpar á los actores y culpar al público sería necesario olvidar que siempre que algún empresario ha cambiado de ruta y ha montado obras de repertorio, atendiéndolas como ellas merecen, haciéndolas ensayar y poniéndolas en escena con el mismo cuidado y aun más que si fuesen nuevas, ha conseguido el favor del público. El malogrado Arturo Serrano hizo algunos de esos intentos, por ejemplo la reposición de *Militares y paisanos*. Si fuese posible traer á cuento las cuentas de aquella temporada, quedaría demostrado que esa reposición fué, además de un triunfo para el empresario y para los intérpretes, más productiva que muchos de esos estrenos con que en el mismo teatro suelen aburrirnos los autores que escriben para él, ofendiendo á las burguesitas que suelen frecuentarle, con superlas absolutamente insustanciales.

No es, pues, la mediocridad del público, sino la pereza, el misonismo mejor, de autores, actores y empresarios, lo que determina ese exceso de producción.

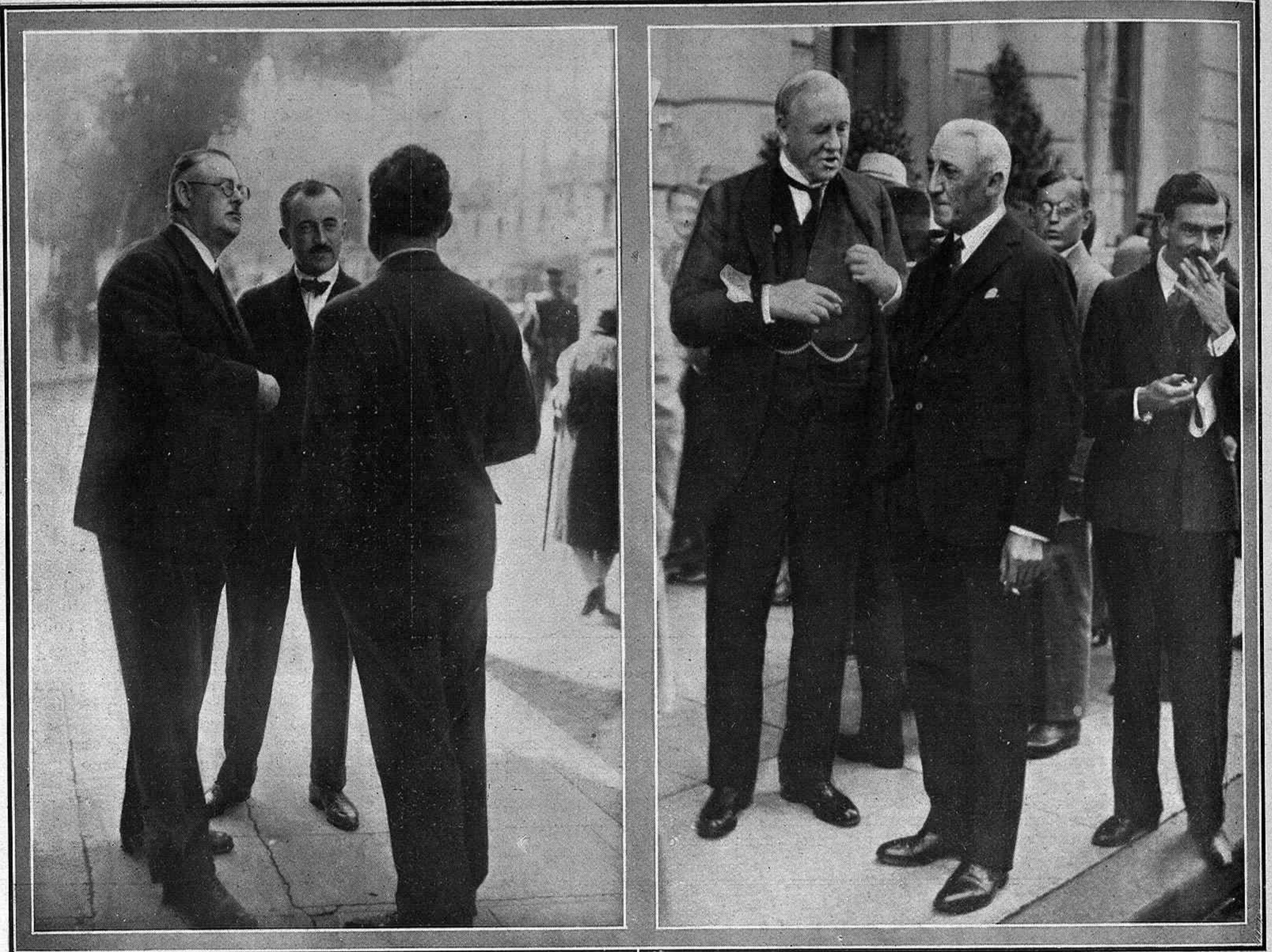
Si los autores hubieran de escribir obras realmente nuevas, escribirían muchas menos, y probablemente las escribirían mejor.

Veamos ahora otras enfermedades de nuestro teatro.

ALEJANDRO MIQUIS



Catalina Bárcena y Martori en una escena de «El pavo real», comedia de Marquina, estrenada en Eslava



El canciller alemán M. Müller, que ha sustituido á Stresemann, enfermo, en Ginebra, conversando con M. Puinde, secretario de Estado, ante el Palacio de la Reforma

Lord Cushindun, delegado de Inglaterra, discutiendo amigablemente con M. Gordon Baquall, presidente del C. I. E., al terminar una sesión de la asamblea

La novena Asamblea de la Sociedad de las Naciones

ESPAÑA VUELVE A GINEBRA

SE ha reunido en Ginebra la Novena Asamblea de la S. de N., que tiene para nosotros un interés particular, puesto que marca el reingreso de España, que, naturalmente, ha sido recibido con la mayor complacencia.

La Junta directiva ha sido la encargada de facilitar el buen éxito de las aspiraciones españolas, que seguramente serán logradas.

La Asamblea ha de resolver muy interesantes

problemas, y la intervención de nuestra Delegación, á cuyo frente figura una vez más el señor Quiñones de León, y de que forman parte personalidades muy destacadas en el mundo diplomático, tendrá en las deliberaciones la intervención afortunada que en ocasiones anteriores la hizo ser oída con la suma atención y aceptada como árbitro para cuestiones trascendentes.

La Asamblea ha reconocido el interés que para ella puede tener la presencia de España en sus deliberaciones y así ha nombrado á España

miembro no permanente del Consejo, por 46 votos contra 4, perfectamente explicables por acción de otros pueblos que aspiraban á un puesto semejante y no le han logrado.

Además, y esto tiene aún más importancia porque nos da la posibilidad de permanencia, por 37 votos, ha acordado la reelegibilidad de España para ese puesto.

Como siempre, asisten á la Asamblea los más

famosos hombres de Estado de los diversos países, siquiera falten algunos cuya abstención no sería difícil de explicar.

Osiano, Cushindun, M. Müller y Seipel, cuyos gestos característicos ha sorprendido muy acertadamente el caricaturista Hersé, llevarán el peso principal de los debates.

Ellos suelen ser, además, centros de atracción en las conversaciones que en los intervalos de

las sesiones sostienen los miembros de la Asamblea en los amenos alrededores del Palacio de la *Reformation*.

En esas conversaciones, menos solemnes que las sesiones, como es natural, quedan modificadas y definidas en privado las actitudes que luego habrán de manifestarse públicamente en el gran salón.

Nuestros grabados representan á lord Cushindun y á M. Müller sosteniendo algunas de esas conversaciones previas con M. Gordon Baquall y M. Puinde, respectivamente.



Los delegados Briand, Cushindun, Müller y Seipel, representantes de Francia, Inglaterra, Alemania y Austria, vistos por el caricaturista Hersé (Fots. Vidal)



— À UN VIEJO CONSTRUCTOR DE ZUECOS —

Humildad, eso es tu vida;
una sencilla humildad
plenamente conseguida
con noble serenidad.

¡Vivir como tú! ¡Quién fuera
capaz de vivir así!
¡Cuánto envidia para mí
tu vida simple y austera!

De las cosas del camino,
humildemente, cogiste
las que, sincero, creíste
que iban mejor á tu sino.

Trabajaste sin descanso
en pobres cosas pequeñas;
dichoso tú que no sueñas,
que tu vida es un remanso.

Tu vida ha sido un espejo
donde se debe mirar
todo el que quiera llegar
sin amarguras á viejo.

Hay que trabajar, dijiste,
y, en tu trajín cotidiano,
no diste paz á la mano;
lo que juraste cumpliste.

Toda la humilde quimera
de tu vida ha consistido
en hacer algo que ha sido
de utilidad verdadera.

Pues siempre suele pasar
lo que contigo ha pasado:
que aquel que más ha soñado,
menos consigue dejar.

Hacer un zueco pulido
de un pedazo de madera,
sólo en eso ha consistido
toda tu loca quimera.

Callada y humildemente
viviste; así morirás;
tú, al fin y al cabo, te irás
sin una sombra en la frente.

¡Vivir como tú! ¡Quién fuera
capaz de vivir así!
¡Cuánto envidia para mí
tu vida simple y austera!

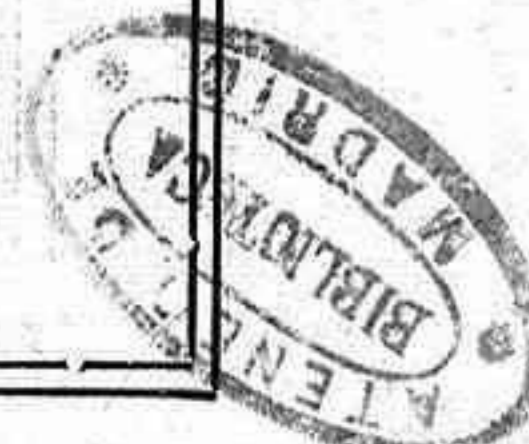
Con la vida que tú has hecho
cumpliste la ley de Dios;
yo ya sé que, de los dos,
tú vas á Dios más derecho.

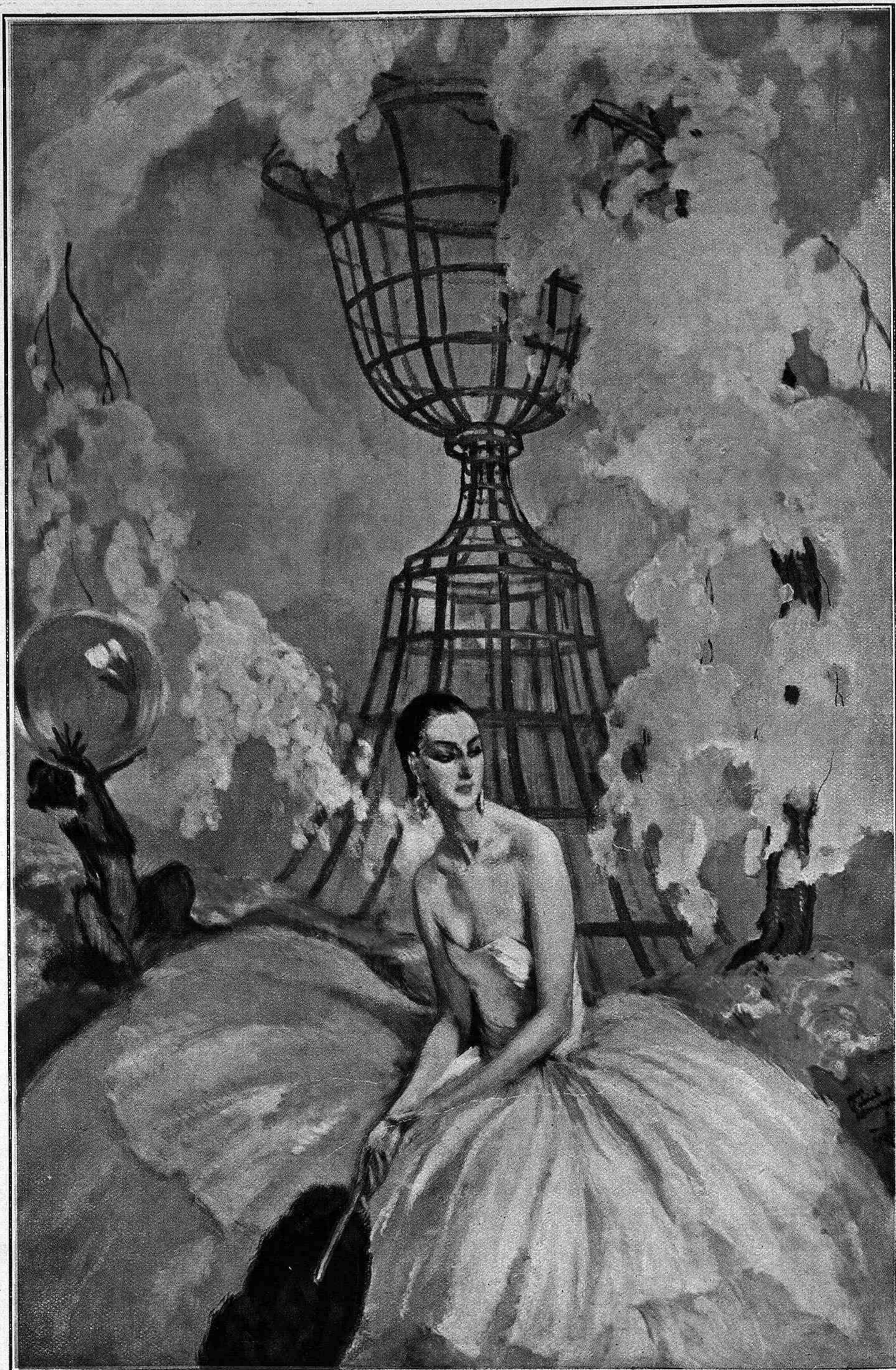
Yo, lleno de vanidad,
perdí mi vida soñando;
tú, en cambio, fuiste labrando
la tuya con tu humildad.

¿Soñar? ¿Para qué? Mis sueños
no me han servido de nada...
¡Fecunda vida callada
de los que se creen pequeños!

FERNANDO LOPEZ MARTIN

(Fot. J. M. Mendoza Ussía)





«La muchacha en flor», cuadro de Juan Gabriel Domergue, que figuró en la Exposición de Pintura Francesa del Retiro

EN los tiempos del Rey-Poeta, tiempos galantes disfrazados de religiosidad, eran los templos en donde la devoción cortesana acudía más profusamente, antes que á oír la palabra de Dios, á ver las devotas bizarras de Nuestra Señora de la Victoria, que estaba en la Carrera de San Jerónimo, el de El Buen Suceso, en la Puerta del Sol (acera del hotel de París), y el de San Felipe, á la entrada de la calle Mayor. Desaparecidos todos ellos al golpe demolidor de la piqueta urbanizadora, parece que heredó su prestigio el convento de la Orden Calatrava, que alza su gallarda mole en la parte más céntrica de la calle de Alcalá.

Su establecimiento en dicho sitio no es de los que se pierden en la legendaria noche de los tiempos; data de los primeros años del siglo XVII, en que vinieron á la capital del reino, desde la villa de Almonacid de Zurita, las señoras comendadoras de la dicha Orden de Calatrava.

Felipe IV, que, como es sabido, sabía encender una vela á Dios y otra al Diablo, las recibió muy bien y, desde luego, las acogió bajo su protección, pensando, sin duda, en repetir con ellas, si había alguna noticia de buen rejoy, la romántica aventura del Monasterio de San Plácido, aunque por cabo del episodio tuviera que regalar á la Comunidad un reloj que doblara á muerto al marcar todas las horas del día y de la noche.

Provisionalmente, las precarias monjitas de Almonacid instalaron en unas casas viejas de la calle de Atocha, cerca del Hospital de Antón Martín, hasta tanto que estuvo labrada esta magnífica mansión que la munificencia real les regalaba en la mejor vía de la Corte.

Los cronistas cortesanos han estado algo olvidadizos en asentar la fecha en que fué construido este templo calatraveño; y así, por más papeles que he revuelto, no he logrado dar con la fecha cierta en que estuvo dispuesto para recibir á las esposas del Señor y habilitado para el culto.

Lo que sí parece cosa cierta y averiguada es que, á pesar de la inmediata vecindad de otras

casas de la misma índole, las *Vallecas*, en donde hoy está lo que fué café de *Fornos*; las *Baronezas* en el lugar que se alza el mutilado palacio de Riera y Círculo de Bellas Artes; el convento del Carmen, en lo que hoy es iglesia de San José, hubo el templo de las *Calatravas* preferencia de los devotos matritenses, porque, con motivo de las repetidas fiestas y capítulos que celebraba la Orden militar que le da nombre, casi de continuo le visitaban los reyes y la espumilla de la grandeza.

Por obra y gracia de estas regias visitas, las buenas religiosas no vivían con aquella parca austeridad á que estaban reducidas en el lugar de su origen, tan cercano á la miseria, que

hartas veces el ayuno, más que penitencia para alcanzar la eterna bienaventuranza, fué cruelísima necesidad, y así se desquitaron de las privaciones sufridas, disponiendo copiosos ágapes cada vez que se recibía un caballero nuevo en la Orden y celebrando saraos á lo divino, en los que más de una vez cambió el Rey unos pasos con la opulenta abadesa, como Felipe III lo hizo en sus días con las de la Encarnación y las Descalzas Reales.

La Revolución, que dió al traste con la Monarquía de Isabel II y con buena parte de los conventos, desahució también á esta Comunidad, y, derribando el convento, hizo florecer sobre sus vastos solares muy buenas casas de vecindad.

La iglesia sigue siendo el domicilio de los caballeros calatraveños, cuya institución no ha desaparecido con el tiempo, sino que, como la de Santiago, parece mantenerse más espléndida cada día, robusteciéndose con la fuerza de los siglos.

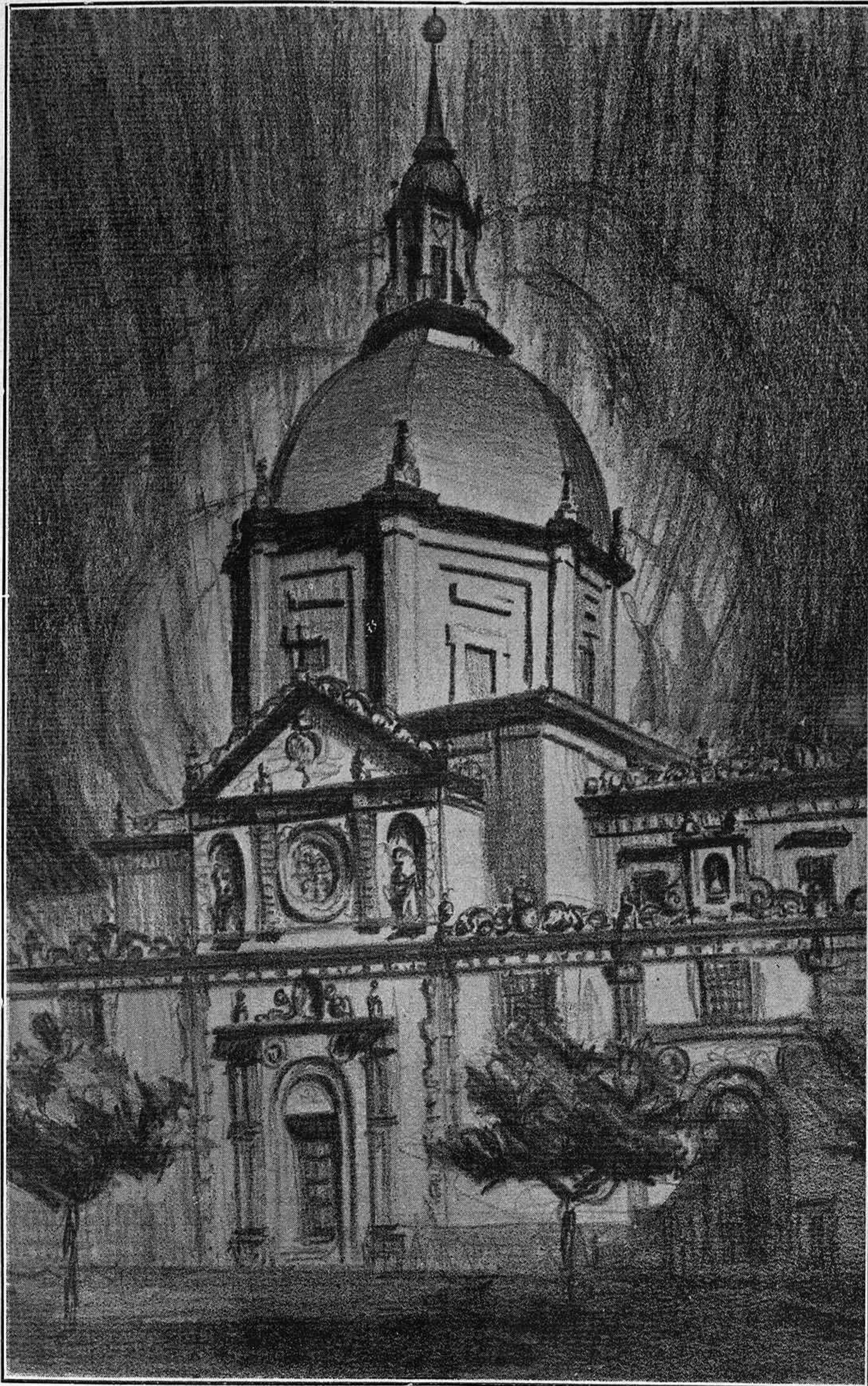
En las mañanas de disantos, las misas de once, doce y una que se celebran en este opulento palacio de Dios constituyen más que una devoción, un espectáculo cortesano, como antaño acontecía en los mencionados templos de la Victoria y San Felipe, donde, á pesar de la religiosidad tartufa del siglo de oro, más iban los fieles á rendir pecaminoso tributo al Dios-Niño y ciego que gobierna el mundo, que

á practicar ejercicios de penitencia.

La salida de misa de las *Calatravas* es un recreo muy madrileño, y que, sin duda, nos perdona Dios en gracia á los magníficos ejemplares de Eva que acuden en las mañanas domingueras á hacer como que le reverencian en el santo sacrificio de la misa, que no porque sí ni á humo de pajas dijo el clásico pintando á una de estas devotas al uso:

«A oír misa va Marfisa
con el rostro recatado;
pero atiende más sumisa
que al misterio de la misa
al galán que tiene al lado...»

DIEGO SAN JOSE



«Las Calatravas»

(Dibujo de Cabrera Hunanga)

PALABRAS DE SASSONE

«El autor teatral sabe de su oficio mucho más que la crítica»

EL MURCIÉLAGO PERDIDO

Por los corredores de Eslava pasan unos hombres con sus martillos al cinto como hachas de abordaje. En este y en aquel cuarto sueñan golpes y ruidos de tablas. Aquel boquete se ha tragado dos hombres. El de más allá devuelve uno. ¿De quién es la voz enérgica que se oye ahora?

El buque de Eslava se prepara a zarpar. Y estas horas preliminares son de vértigo, de confusión y de ruido. Guiado por la mano experta del piloto, el barco teatral se lanza a cruzar los mares de una temporada. Calma chicha, tormentas, oleajes...

—¡Buen viaje, capitán!—digo yo al bajar la escalera levantando al aire el brazo.

Un joven caro manda, ordena, aconseja, complace y corre. Cruza de un lado para otro, y semeja, con su traje negro, un murciélago perdido en la cueva. Yo lo veo como una flecha, y grito con angustia:

—¡Sassone!

No había otra palabra. Era la única tal vez que podía pararlo en su trajín. El ilustre dramaturgo viene hacia mí y me entrega violentamente su mano. Hay generosidad en su actitud. Y franqueza. Un hombrecillo de azul tina quiere llevárselo.

Sassone sonrío, como diciéndome: «Pierda usted cuidado. Este individuo no se saldrá con la suya.»

Y se hunde en un diván, levantando los brazos al aire como un naufrago.

UNA CITA CON EL DIABLO

Yo miro a Sassone de hito en hito. He aquí un hombre que no conoce la perplejidad. El sabe muy bien que la vida se traga a los débiles como la ballena a Jonás, y asalta las cosas con aire impetuoso. No es agua rarefacta y pútrida de estanque, sino río caudaloso que suelta sin miedo su caudal, porque conoce la fecundidad de sus



MARIA PALOU

Bellísima actriz, primera figura de la Compañía que ha comenzado a actuar en el Teatro Eslava (Fot. Walken)

manantiales. Su prosa es limpia como ojos de ingenua, y en ella juega el frívolo bastoncillo de Charlot con el puño aplastante de Tunney. En esta voluntad no hay ruinas. Aunque se desangra continuamente, si se hiciera el inventario dramático de su corazón, se verían grandes riquezas.

La sastrería de viejo de la opinión pública, que hace las reputaciones, es la que se encarga de darnos hecha la personalidad de los demás. Pero no acepto sus fallos. Quiero ser yo el que descubra en el cuarzo vivo y escondido de otras

el oro de su charla ninguna impureza.

Y sin esperar más, con alevosía, sabiendo arteramente que mi pregunta removerá la eterna inquietud de mi interlocutor, le espeto:

—Dígame usted, Sassone: ¿juicio de usted, ¿de qué vicios adolece la producción teatral?

He dado en el blanco. El autor de *No tengo nada que hacer* se rebulle en su butaca, tirándome las palabras como pedruscos.

—El principal vicio de la producción teatral es lo copiosísimo de ella. Se escribe mucho, se estrena más y se pierde casi todo. Los empresa-

almas sus grandezas y sus miserias.

Frente a este notable y arbitrario escritor me dan ganas de decir: —Ea, amigo Sassone, quítese usted esa apariencia, que yo quiero verle en carne viva. Usted tiene, como todos, una noche; pero lo que vale de usted es el alba, con su rosada apoteosis. Es usted el águila que se ha posado en todos los torreones. Su capa de hidalgo, como las alas de un gallo fanfarrón, ha tapado todas las rejas, para esconder sus idilios. Sus ojos se han quemado en la brasa brillante de otros ojos, y sabe la distancia que hay en la vida sentimental, entre la promesa y la dádiva. Usted, que conoce todos los caminos, podía hacer un catastro de las pasiones.

Sassone mira el reloj con impaciencia. Yo me digo:

—Este hombre tiene una cita con el Diablo.

Y pienso que lo primero que le dirá Sassone al maléfico personaje es que «está descontento de sí mismo».

LOS EMPRESARIOS NO TIENEN FE EN EL PÚBLICO. EL TEATRO NACIONAL Y LOS NOVELES

—Yo odio profundamente la interviú— me dice Sassone con aire agresivo, levantando la voz como si se dirigiera a un auditorio numeroso.

—Y yo también—retruco—. Pero necesito el diálogo con usted. Estoy seguro, segurísimo, que no mezclará en

rios no tienen fe en el público, y se entregan, para atraparlo, á una violenta furia de estrenos. Y como es natural, la producción responde á la demanda.

Y no es, amigo mío—arguye Sassone—, que yo me oponga á que haya producción de gente nueva. Nada de eso. Pero siendo nuestro teatro tan rico y espléndido, es una verdadera pena arrinconar lo bueno ya conocido para sacar al aire lo malo ó mediano.

Y hay otra razón. Con este régimen precipitado de estrenos, el actor *tiene que hacerlo todo*, sin profundizar ni especializarse, y el público no penetra en las substancias de las obras atormentado por el vértigo. Y en esta confusión y barullo de autores y público se pierde la jerarquía y el respeto, y el teatro es un juego de azar ó una abominable industria.

Y no se ve el medio de atajar el afán estrenista. El autor, si no puede dar calidad, da cantidad, y el público se encoge de hombros.

El remedio estaría —añade Sassone— en que hubiera un Teatro Nacional, que por fuerza había de ser el regulador y el que marcara un camino á todos; principalmente al público, que seguiría los derroteros señalados por las grandes obras nacionales y extranjeras. Hasta ahora, todo lo que se ha pensado respecto á este tema es vicioso.

El único criterio que debe regir para el Teatro Nacional es el mismo de la Comedia Francesa. Los autores clásicos: Lope, Tirso, Calderón, Rojas... Después, el teatro romántico, hasta llegar á la producción moderna; es decir, desde Mira de Mezcua hasta Arniches y Benavente, pasando por las grandes obras Extranjeras.

Y arguye, rápido:

—Pero sin noveles, ¡eh! El Teatro Nacional no puede convertirse en una casa de ensayos.

En España podrían hacerse, como en Francia, teatritos especiales para los noveles, con el apoyo del Gobierno, liberación de impuestos, subvenciones, etc. Allí tendrían cabida todas las audacias, todas las rebeldías, todos los gémenes de comediógrafos

y hasta todas las mediocridades. En esos tablados surgirían, sin cortapisas, los autores del porvenir, sin tener que claudicar en sus producciones.

AUTORES Y CRÍTICOS. EL ESPÍRITU DOCENTE DE LA CRÍTICA

Como si me deslizara por un camino peligroso, yo hago con cierto temor esta pregunta:

—¿Quiere usted hablarme de los defectos y virtudes de la crítica teatral?

Sassone lanza la respuesta sin titubeos. Y dice: —La crítica me parece necesaria y útil, pero siempre que desaparezca de ella toda acritud personal. No debe ser nunca subjetiva. Tiene que olvidar al hombre para desmenuzar su obra.

La misión de la crítica es educar al público,

nunca al autor, por la sencilla razón de que éste no se corrige por nada de lo que le digan. Además, que el autor teatral sabe de su oficio mucho más que la crítica. Hay que educar al público. Ese debe ser el espíritu docente de la crítica.

EL PÚBLICO DE AHORA NO TIENE TRADICIÓN TEATRAL

—El público, ¿peca de ingenuidad ó de picardía para juzgar las comedias?

—El público teatral ha cambiado completamente. Excepto pequeños núcleos aislados, por lo general carece de tradición y ha perdido el

—María no concibe el teatro si no hay drama. Toda su aspiración y todo su amor es ser actriz dramática. Le gusta hacer todo lo que tenga pasión, y su mayor pena es porque cree que ya no hay dolores, amores y choques pasionales. Ella detesta esas comedias donde se dice: «—¿Con cuántos terrones quiere usted el te?» Todo lo hueco, falso, externo, palabrero é insubstancial, la hace sufrir.

—¿Cómo estudia sus tipos?

—Ella lee la comedia dos ó tres veces y después me pregunta: «¿Este personaje es esto ó no?» «¿He entendido su carácter?» Y en seguida se pone á averiguar lo que el *personaje suyo hace en los*

entreactos. Y dice: «En el primero y en el segundo acto me ha pasado esto.» «Yo tengo que salir así.»

Además, María procura no dar del tipo que representa la totalidad en la primera salida. La acción del personaje es una curva; poco á poco ella lo va delimitando, presentando facetas y planos que sirvan al espectador para entrar en su psicología. El autor lo da hecho, y ella lo va formando.

LOS PRIMEROS ESTRENOS. MOLIERE Y PIRANDELLO. LA FUERTE PERSONALIDAD DRAMÁTICA DE O'NEILL

—¿Qué obras tiene usted para la próxima temporada?

—Tengo promesas seguras de Benavente, Arniches, Marquina y Ardaín. Todavía no sé los títulos.

El primer estreno será una tragedia de Gorbea, *Los hijos*, obra en la cual tengo mucha fe. Cuento con una comedia de Hernández Catá, *Los enemigos íntimos*. El título es ya un acierto. La comedia mía se titula: *Sí, señor, se casa la niña*. Es una obra de apariencia frívola que yo creo tiene algo dentro. Tengo también comedias de Arturo Mori y Joaquín García; de Olmedilla, de Ignacio Luca de Tena y *Beatriz Galindo*. Haré durante la temporada una obra de Molière y otra de Pirandello.

Quiero hacer un drama del escritor norteamericano O'Neill. Este autor yanqui es un temperamento fuerte, audaz é interesantísimo, digno de parangonarse actual-

mente con escritores como Lenormand, por ejemplo. Nuestro público es timorato y hay que irlo acostumbrando á ciertas audacias.

Quiero dar también en mi teatro conferencias, é invitaré á gentes prestigiosas á que las den, pagándolas, naturalmente; y, por último, teatralizaré un episodio de Galdós, que usted me disculpará que no lo descubra, porque quiero que sea una sorpresa.

Y aparece en la puerta del saloncillo la admirable actriz María Palóu, que saluda gentilmente:

—¡Ay, perdone usted! Iba á hacerle á Felipe una pregunta...

—Y yo, otra. Pero la mía ha fracasado, y se retira orgullosa de haber sido vencida por la de usted.

JULIO ROMANO



FELIPE SASSONE

Ilustre comediógrafo, que inspira la Compañía de Esclava, de Madrid (Fot. Walken)

sentido dramático. Ese público acostumbrado á ver obras de Echegaray, Dicenta y Guimerá, no existe. Tal vez sea esto un síntoma de la frivolidad moderna; pero yo creo que en el alma popular no se apaga nunca la hoguera de la admiración por lo grande y noble. A este público sin tradición hay que educarlo para recoger luego la magnífica cosecha. El espectador español es sencillo, cálido, bondadoso é ingenuo. Soporta á veces culpas que no son suyas.

CÓMO ESTUDIA SUS PAPELES MARÍA PALÓU

Yo derivo la charla hacia la notabilísima actriz María Palóu. Cómo estudia los tipos que interpreta y qué clase de obras prefiere.

Sassone me responde:



C U E N T O S D E « L A E S F E R A »

E L D E S A P A R E C I D O

No es posible dudar que en ciertas voluntades débiles la ocasión engendra el delito. Emilio Blanchet, al verse solo, separado de los suyos por una de las peripecias del combate, sintió subir á la superficie de su alma y dominar las sensaciones de miedo y de cólera, aquella idea que ya muchas veces había solicitado en vano energías para convertirse en acción:

«¿Y si yo desapareciera?—se dijo—. ¿Y si en vez de tratar de incorporarme á mi regimiento huiese hacia otro país y, aprovechando el desconcierto de la guerra, cortara todas las ligaduras con mi vida anterior?»

Y no es que su vida anterior contuviese repulsivas violencias; al contrario, era una vida fofa, una de esas vidas de proyectos continuamente pospuestos, en las cuales se dilapidan todas las fuerzas en matar las horas y en llorar de largo en largo por su muerte. No tenía hijos que encauzaran y acicataran sus esfuerzos; cuatro años de matrimonio, y el carácter frívolo de su mujer habían dado á su casa la monotonía de una fonda donde los viajeros no variasen. Se levantaba tarde; leía sin interés los periódicos; comía; iba al Círculo; recogía á su esposa de una de las cien casas que visitaba; entraban á cenar, y luego, como ella opinaba que al teatro no se debe ir ni á pensar ni á sufrir, «porque bastante tiene uno con sus cosas», se metían á oír cualquier piececilla estúpidamente picaresca. Más de una vez, en esas cortas emersiones de las energías próximas á ahogarse, sintió envidia de todo el que lucha con entusiasmo contra el bien ó contra el mal, pero con fuerza, gustando la fragancia recia de la vida; y detestaba entonces su existencia fácil, su anemia de hombre sedentario,

su rentita suficiente para no ser pobre ni rico. Todo su mal provenía de una frase dicha por su madre el día en que lo reprobaron por tercera vez en la Universidad:

—No te aflijas tanto, hijo mío... Eso es inquina de los profesores... Si no sales en cinco, saldrás en siete años; así como así no va á servirte nunca la carrera.

Aquellos estudios seguidos lánguidamente, sin ambición, torcieron su espíritu. Por eso, cuando sobrevino la guerra y lo arrancaron de la noria de su vida, sintió contento... La guerra es como una hoguera que arde de prisa; al fin, iba á vivir, ¡a vivir!

Durante las primeras escaramuzas, su extrañeza y su curiosidad adquirieron la apariencia de un valor sereno; lo mencionaron en la orden del día, y su mujer paseó por todas las casas amigas el periódico, donde, con patriótica tendencia á la hipérbole, se narraba la hazaña. Luego, ya en contacto con el vasto dolor de la guerra, cada carta que recibía de la ciudad producía á su espíritu náuseas é iba desligando de convencionalismos la intención que, al cabo, manifestóse aquella mañana, al sentirse herido en la frente por un casco de obús y ver que los suyos, impelidos por el fuego enemigo, se iban alejando, alejando, mientras él quedaba sólo bajo el abrigo de unos arbustos.

La hemorragia le produjo un desmayo, y cuando despertó ya no se oía el crepitar de la fusilería; sólo de tiempo en tiempo llegaba alguna detonación, tan distante que parecía más bien una pesadilla de los oídos. El sol tibio confortaba el paisaje y centelleaba en un arroyuelo; á lo lejos, montañas de color violado cortaban la planicie. Emilio estuvo largo rato sin alzar la

cabeza; parecía haber perdido con la responsabilidad de su vida pasada hasta su peso físico, y una alegre sensación de ingravidez lo llevó al fin á incorporarse. ¡El, que pensó que con sólo un pequeño esfuerzo habría podido volar, tuvo que acostarse otra vez! Diseminados por la campiña, bajo el silencio de la tarde, algunos cuerpos dormían sobre manchas de sangre el sueño sin fin; el descubrimiento de una cabeza cercenada con los ojos revulsos arrancó de pronto al paisaje su hechizo de calma, de paz, de oasis en la aridez de la contienda; y realizando un esfuerzo se puso en pie, vendó su herida y se dispuso á orientarse hacia la frontera, que suponía próxima, á tres ó cuatro leguas de distancia. Una vez en país neutral, le sería fácil desaparecer; pero... ¿No era prudente cambiar su documentación por la de uno de aquellos caídos? Se acercó á uno, y con repugnancia extrajo del bolsillo interior una cartera, donde se mezclaban rosas marchitas, dos retratos de niños y una medalla. No tuvo valor de remover las pobres reliquias, y volvió á colocar la cartera junto al corazón muerto... Además, era mejor la documentación de un hombre soltero. Al fin la halló... Cuando lo estaba verificando, de un grupo de árboles alzóse de súbito un caballo y comenzó á galopar enloquecido. Emilio tuvo miedo, un miedo absurdo lleno de causas sobrenaturales, y sin mirar hacia atrás, dirigióse hacia la tierra de promisión.

Durante los primeros días, una comezón extraña le hizo temer que no sería capaz de llevar á término su propósito. Respondía á las preguntas con timidez, como si deseara ser interrogado más á fondo para confesar la verdad. Pero quizás por la tensión nerviosa, quizás por las fati-



—¿Y si yo desapareciera?—se dijo

gas sufridas, una larga temporada de fiebres debilitó sus facultades y hasta cambió su aspecto externo. Al mirarse durante los días de convalecencia en las puertas charoladas de la sala del hospital y verse desmedrado, con la ancha cicatriz que iba desde la frente hasta una mejilla, desfigurándole, no se reconocía... En un instante de desvarío llegó á pensar si, en efecto, al cambiar el cuadernito militar de identificación, habría cambiado de veras su ser. Y viéndolo siempre abstraído, sin deseos de escribir, sin recibir como otros enfermos, cartas de su patria, la religiosa rechoncha que pastoreaba á los convalecientes, le decía:

—Pero, ¿usted no tiene á nadie, á nadie?

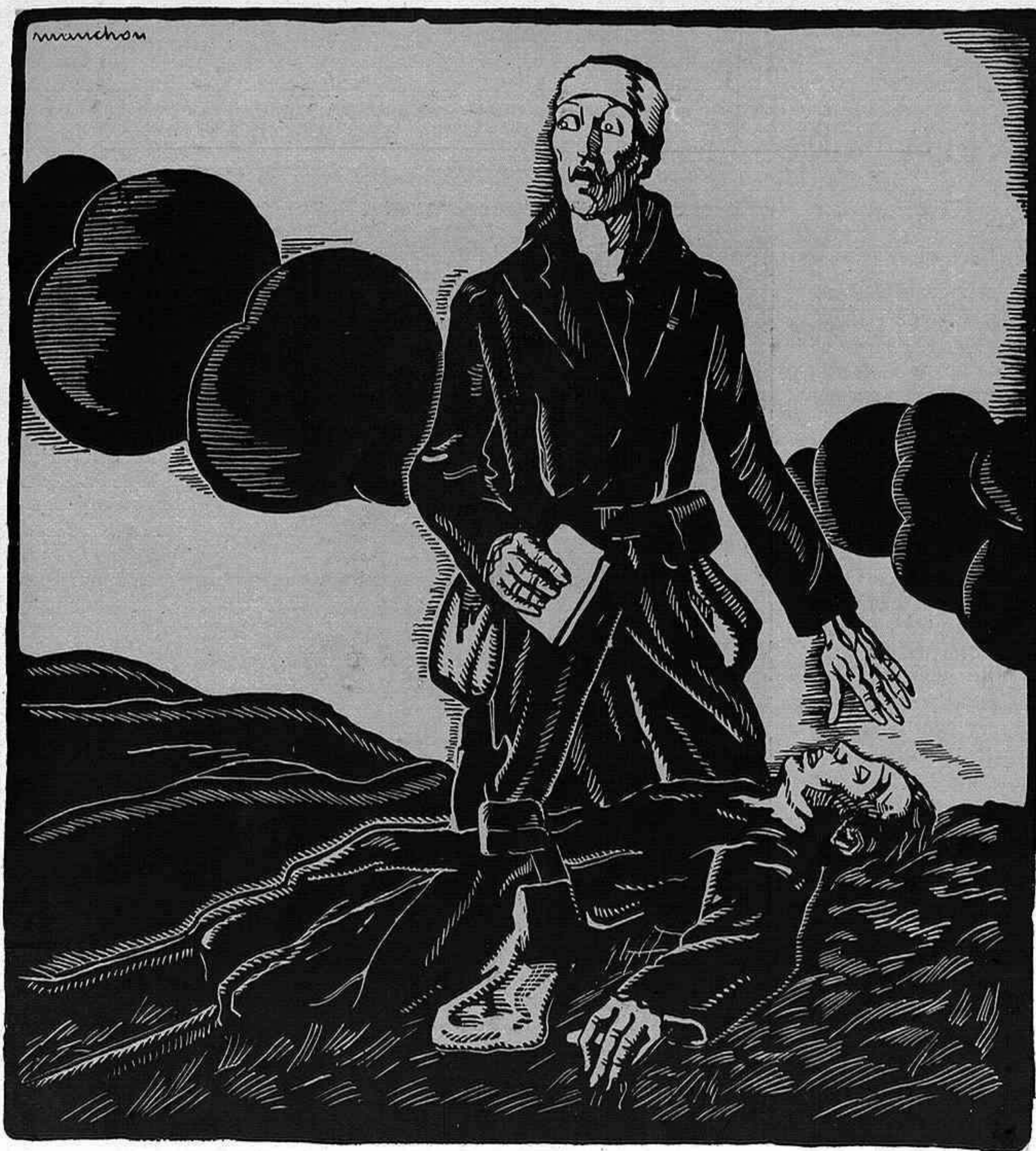
—Ya ve usted, hermana.

—Sí que es raro... Piense que siempre tiene á Dios.

—Eso es lo que pienso.

Cuando salió del hospital empleó en profesiones oscuras; estuvo en una ebanistería, en una fábrica de juguetes, en casa de un relojero... Cada minuto de su nueva vida era tan divertido, tan imprevisto, que no le dejaba añorar los días pretéritos ni el perdido hogar. Los últimos impulsos de escribir á su mujer fueron vencidos, y los días, amontonándose con esa rapidez hecha de lentitudes que siempre nos sorprende como un contrasentido, imposibilitaron toda tentativa. ¿Cómo justificar la tardanza? Además, sin duda, ella debía alegrarse de la desaparición cuando no realizó, igual que otras esposas, alguna de esas pesquisas, sin casi probabilidades de éxito, que había él visto resolverse favorablemente en más de un caso. Al primer mes sucedió muy pronto el segundo; hubo flores en los jardines; las hojas comenzaron á caer, y sobre los parques, tapizados de blancos esqueletos de árboles, tendieron su osamenta hacia el cielo obscuro; la guerra concluyó, y otra vez las flores aparecieron sobre los verdes macizos como mariposas emperezadas, y tras el sopor del estío volvió el viento de otoño á arrastrar por las avenidas hojas de oro crujiente... Durante tres años, Emilio vivió solo, de su trabajo, en un abandono feliz. Una noche, en la sombra de un cinematógrafo, oyó voces de mujeres hablar su lengua natal, y un anhelo absurdo y perentorio de volver á su tierra le germinó en el alma.

Pocos días después estaba en París. La ciudad le pareció nueva. De tiempo en tiempo cruzábase en las calles con fisonomías conocidas, que pasaban indiferentes. No; no era posible reconocerlo. Indeciso aún, pasó de noche por su antigua casa y vió los cuadros luminosos de sus balcones; sin poderse contener, entró á preguntar á la portera... Ya no



Emilio tuvo miedo, un miedo absurdo, lleno de causas sobrenaturales...

era la misma, y sus respuestas fueron torpes:

—Sí; los señores de Blanchet han vivido aquí; pero el señor murió en la guerra, y la señorita se fué no sé adonde... Creo que se volvió á casar con un antiguo novio, ó cosa así.

Emilio salió. El vago propósito de recobrar su verdadera personalidad, de abandonar el pasaporte extranjero que traía del destierro y ape-

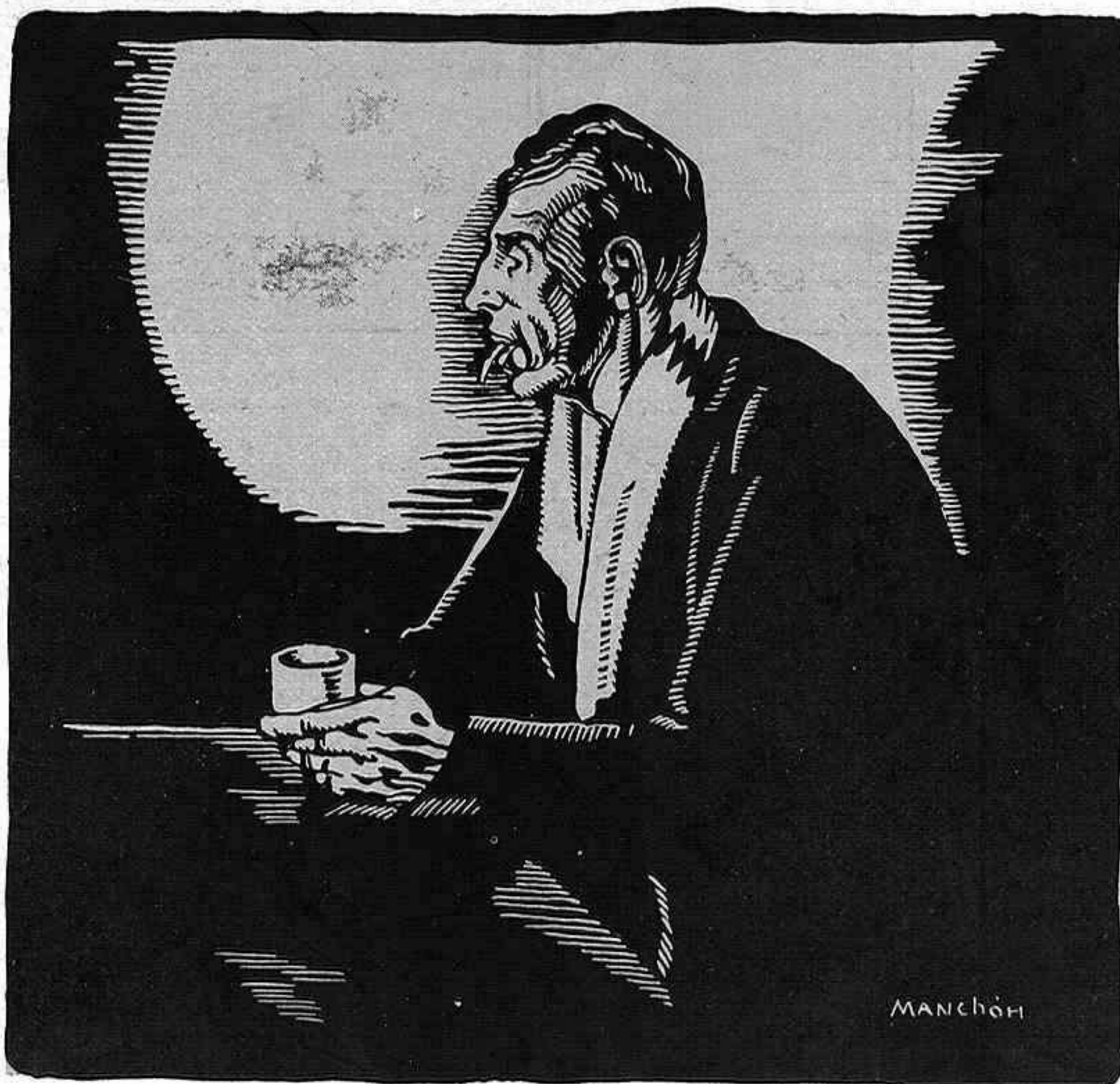
—Ya está éste riéndose de las musarañas.

Y no sabían que las musarañas eran esta idea cómica y punzante á la vez:

«Yo quise desaparecer, y es ella quien ha desaparecido.»

El tiempo siguió su camino, y las nuevas costumbres acentuaron su desemejanza con aquel otro Emilio juvenil que un día partió para la

guerra y besó á su mujer—que ahora sería de otro—en el andén de una estación. ¿Estaría en París? ¿Habría huido al fondo de cualquier provincia? ¿A otras tierras, separadas de la suya por el ancho mar? Jamás volvió á tener tratos con mujeres, y en su vida sólo hubo una cosa impura: el alcohol. Una noche, muchos años más tarde, estando en el teatro, desde su asiento de paraíso creyó ver allá abajo una mujer envejecida que... Antes de terminar la representación, bajó, nervioso, y se puso junto á una puerta para verla salir; pero se le perdió en el tumulto. ¿Era ella, ó había bebido con exceso y le haría el ajeno alucinaciones distantes? Acudió al mismo teatro varias veces y miró inútilmente hacia el mismo palco. No volvió á verla nunca más; otra porción de años cayeron sobre este incidente, y al final de su vejez, las imágenes de aquella existencia anterior que en una época había constituido toda su vida, se esfumaron y llegaron á ser mucho más borrosas que las imágenes de sus sueños.



... y en su vida sólo hubo una cosa impura: el alcohol

A. HERNANDEZ CATA

(Dibujos de Manchón)

INTERVIEW IMPROVISADA

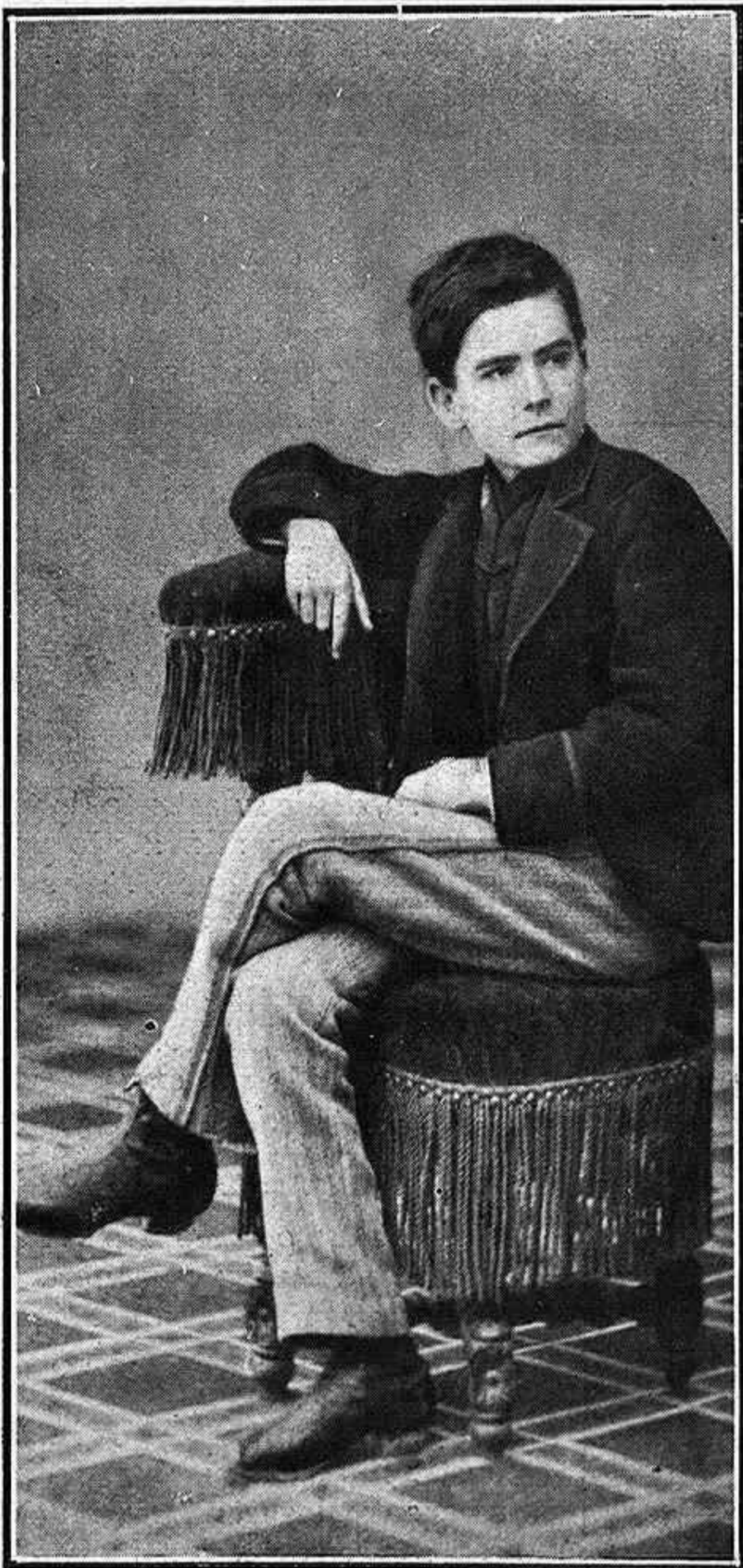
UNA CHARLA ÍNTIMA CON DON JOSÉ BENLLIURE

UNA ANÉCDOTA CURIOSA DEL REINADO DE DON AMADEO I

AGONIZABA Junio con las primeras oleadas de calor, y en la tarde de San Juan dirigí mi cotidiano paseo hacia la montaña del castillo de Játiva por el apacible retiro de la románica ermita de San Félix. Pero allí me encontré con lo inesperado: el rincón tranquilo y solitario aparecía convertido en animado campamento de jóvenes artistas, y la visigótica ex catedral setabitana parecía el mismísimo templo de Apeles. Allí estaba en funciones la escuela superior de Bellas Artes de la Real Academia de San Carlos de Valencia haciendo clase al aire libre. Y mi mayor sorpresa fué encontrar al maestro querido D. José Benlliure pintando entre sus discípulos con el mismo entusiasmo de sus lejanas mocedades.

Sentado junto al laureado artista para verle pintar, emprendimos animada charla sobre su obra incesante y fecunda, su ilustración artística de una edición monumental de *La Barraca*, de Blasco Ibáñez, su obra franciscana, su dirección del Museo de Valencia, las excursiones ó viajes de estudio de su escuela, sus proyectos y otros temas tan interesantes que los creí oportunos para una *interview*; pero el maestro se opuso, y sólo accedió á un rato de charla familiar.

Alguien dijo que era propio de la juventud mirar adelante y debilidad de viejos recordar cosas pasadas. Benlliure, que, como artista, no envejece jamás, como á hombre no puede sus traerse á la suma de sus años y siente placer en rememorar anécdotas de su vida, que realmente es muy interesante y bien merecería los honores de la publicación en algún libro ilustrado. Y al



DON JOSE BENLLIURE

En 1871, á los diez y seis años de edad, cuando pintó á los hijos del rey D. Amadeo I, en Madr.d



El duque de Aosta, en 1871, príncipe de Saboya, primogénito del rey D. Amadeo I de España

expresar la satisfacción presente, que contrasta con los trabajos de su accidentada juventud y las vicisitudes de su ya larga carrera de más de medio siglo, salpicada de toda suerte de emociones, amargada de disgustos y coronada de laureles..., me permití pedirle el relato de algo curioso de sus primeros pasos en el camino del Arte.

•••••

Y, al efecto, recordó que por no ser menos que su padre, sus hermanos y toda la estirpe de los Benlliure, ya de niño sintió vocación decidida por los pinceles, y á los doce años pintaba retratos al óleo já treinta reales! y aguantando increíbles abusos de la clientela.

—¡Qué diferencia después y en el Extranjero, cuando al pedir ocho mil francos de un cuadro me han pagado doce mil!

—Pero lo más impresionante de mi juventud—

continúa el maestro—verdadera revelación que llenó de gozo mi alma juvenil, fué mi primer episodio de naciente artista en el Real Palacio de Madrid ante Don Amadeo I de Saboya. Corría el año 1871. Los diputados valencianos Soriano Placent y Pascual Fandos y el senador Manuel Pascual, ora en broma, ora en serio, me prometían su gran protección, llevarme á Madrid y hasta presentarme en Palacio. Lo que yo juzgué un sueño de ilusión se trocó en realidad cuando un día me llamaron desde allá y á la Corte me fuí. En efecto, me presentaron al Rey, y yo, ingenuamente, le mostré unos cuadritos que bocetados me traje de Valencia. Al Rey le gustaron, y aconsejó á mis padrinos que pasásemos á visitar á la Reina, que era amante de las Bellas Artes. Así lo hicimos, y la bondadosa soberana se mostró maravillada de que un niño casi impúber pudiera pintar de aquel modo. ¿Dudará de que sean míos mis cuadros?—pen-



infantes. El primogénito, duque de Aosta, con sus tres años cumplidos, tenía resuelto el problema del movimiento continuo; ni un momento estuvo quieto en el sillón, y sufrí lo indecible para retratarlo. En cambio, el pequeño (duque de Turín) era un encanto. Sobre una piel posó quieto, y pude pintarle á placer.

Los Reyes quedaron satisfechos del trabajo, que me retribuyeron con esplendidez para mí jamás soñada, y me brindaron amistad y protección, que de raíz troncharon los acontecimientos políticos. Cuando la Real Familia salió de España, como todos sabemos, se dejaron aquí todo lastre, y como cosa de bulto, en poder de algún alto servidor, los retratos que yo hice á los infantes. Y perdióse el rastro de mi obra juvenil. Hace algunos años pregunté al Rey de Italia si sabía el paradero de estos cuadros de sus augustos primos, y contestó D. Víctor Manuel que carecía de noticias. Y los mismos príncipes retratados, en varias ocasiones me han contestado lo mismo. Mas ya perdida toda esperanza de volverlos á ver, ahora, después de cincuenta y siete años, aparecen mis cuadros, que he tenido la suerte de poder adquirir por compra, y que probablemente destinaré al Museo de Valencia. La grata noticia me la dió mi hermano Blas por encargo del Conservador del Senado que los descubrió en Madrid. Verdaderamente, para mí ha sido este hallazgo de verdadera satisfacción, mayormente cuando algún suspicaz llegó ya á pensar si esta anécdota de mi infancia era más hija de la fantasía que de la realidad. Ahora, con el testimonio de los cuadros firmados y fechados, resulta ya indiscutible su veracidad.

—Perdone usted, D. José, una interrupción. ¿Puede usted facilitarme fotografías de sus retratos de los infantes de Saboya y del niño-artista que los retrató?

—Con mucho gusto. Pero... ¿para qué los quiere?

—Para mi uso. Continúe.

—Ya he terminado. Usted me pidió una anécdota infantil, y yo le conté la que estimo de oportunidad, por ir hermanada con el hallazgo de su más elocuente testimonio.

—Le felicito por la adquisición de los cuadros que usted tanto deseaba. Y usted puede felicitar-me á mí, porque grabada en la memoria, tengo conseguida la *interview* que me propuse.

CARLOS SARTHOU CARRERES

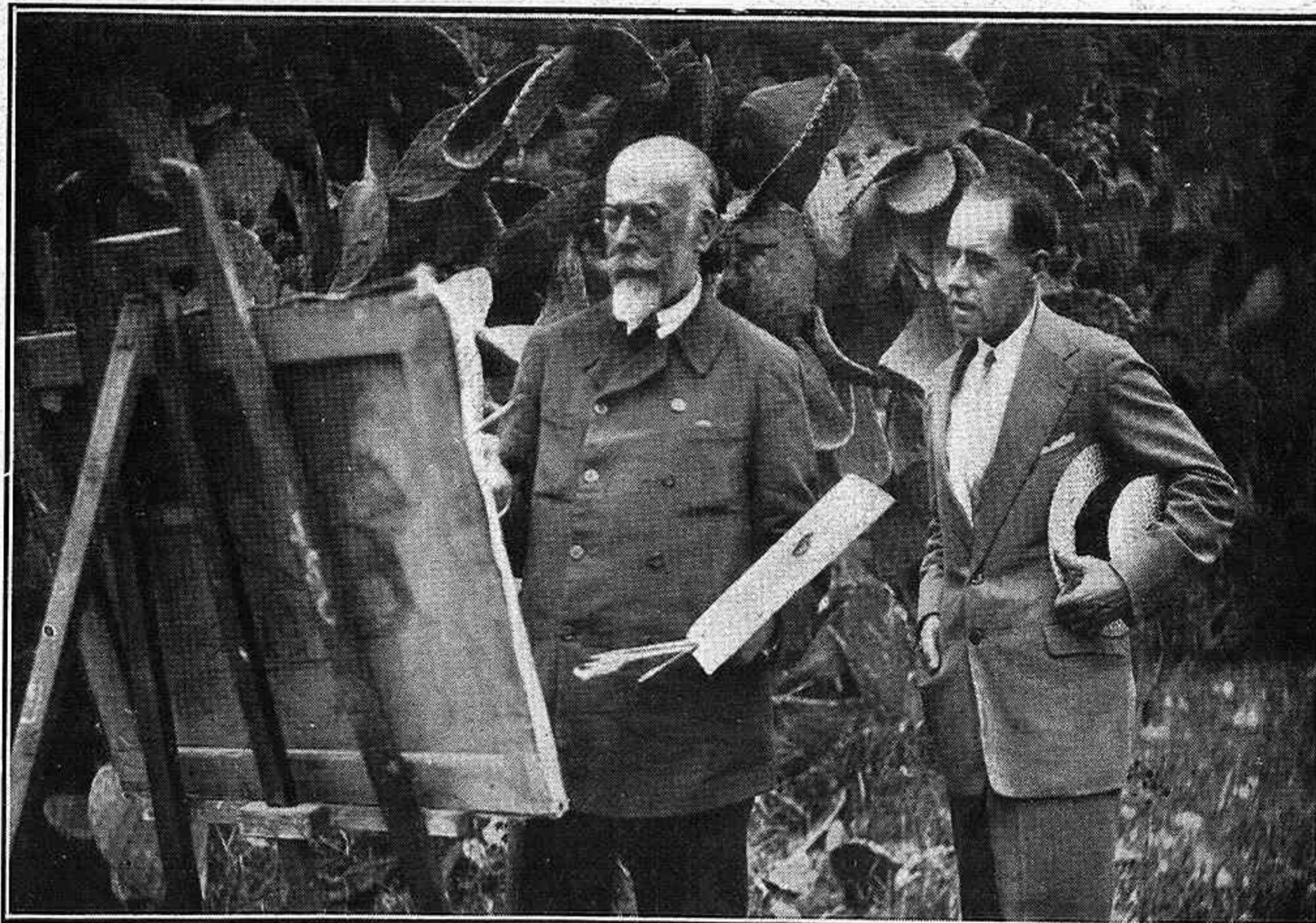
Játiva. 1928.

Duque de Turín, Infante de España, secundogénito del rey Amadeo I, pintado por D. José Benlliure en 1871, en el Palacio Real de Madrid

sé—, y ni corto ni perezoso apunté por lo bajo á un diputado que recabase de la Reina la alta merced de hacerle yo su retrato. Pero Doña María Victoria, agradeciendo la oferta, contestó estar falta de tiempo para ello, cosa que, en verdad, sentía. A esto repliqué yo mismo, en el acto, solicitando el honor de retratar á sus tiernos infantes, á lo cual accedió, de plano, complacida. «¿Cuándo?» «Cuando quieras.» «¿Mañana?» «Mañana mismo.»

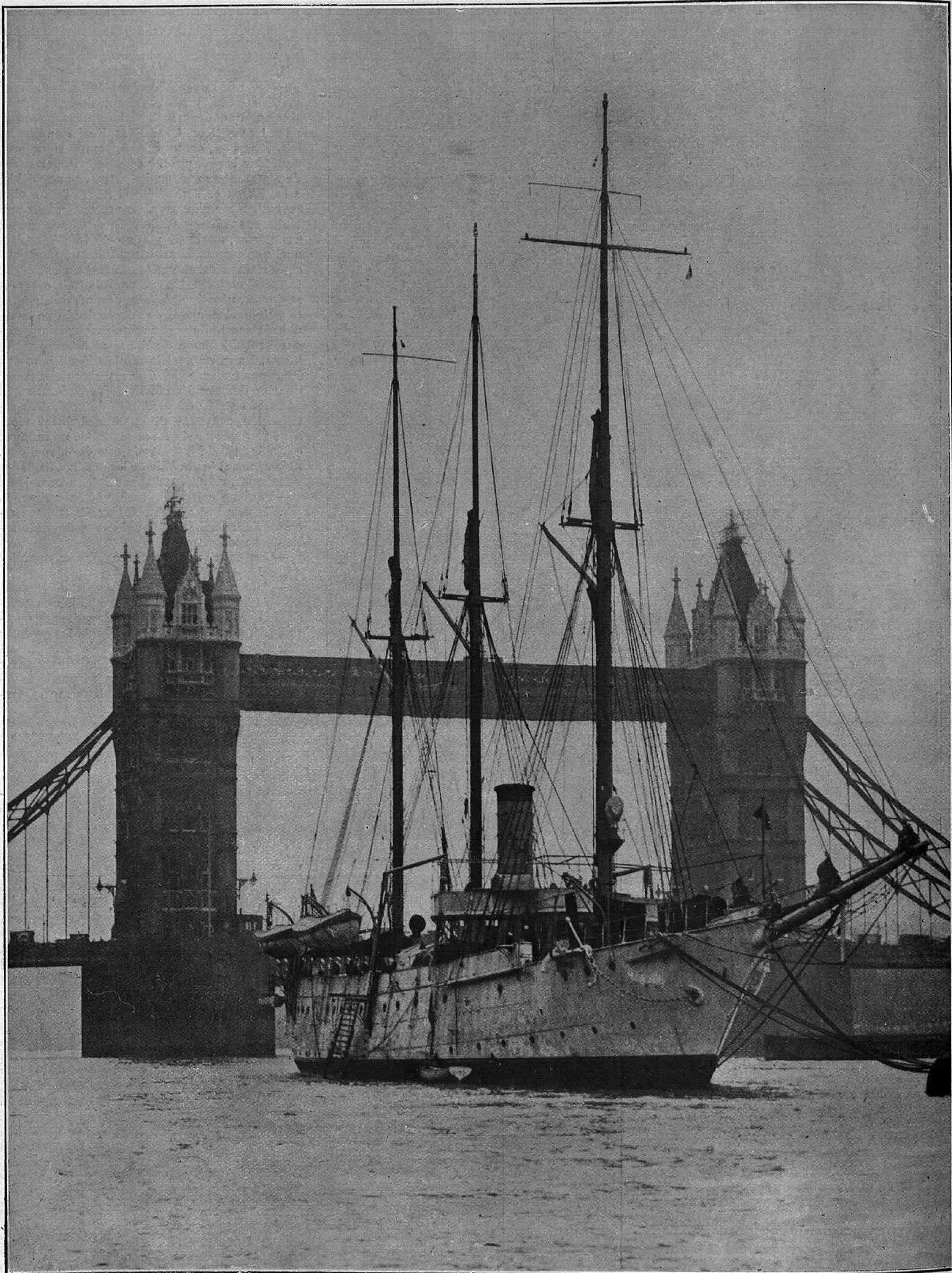
¿A qué añadir que aquella noche no dormí? A las diez de la mañana ya estaba yo en palacio, cargado de enorme bastidor, caja, caballete y pinceles. Mas topé con lo imprevisible: los guardias y servidores, tomándome por un niño loco, no me dejaron pasar. Y acudí en queja á mis diputados, que en tan críticos momentos me abandonaban al azar. Y ellos me acompañaron de nuevo, entrándome en mayordomía de palacio, donde estaba el general Rosell, setabense quizás y ayudante de S. M., que fué la llave de oro que me abrió todas las puertas hasta la cámara real, adonde entré ya directamente sin la menor dificultad.

Comencé mi labor siempre en presencia de la Reina, y algunos ratos ante el Rey Don Amadeo, quien amablemente me hacía pintar sentado, y pronto comprendieron los soberanos que el niño artista no debutaba en su arte con los egregios



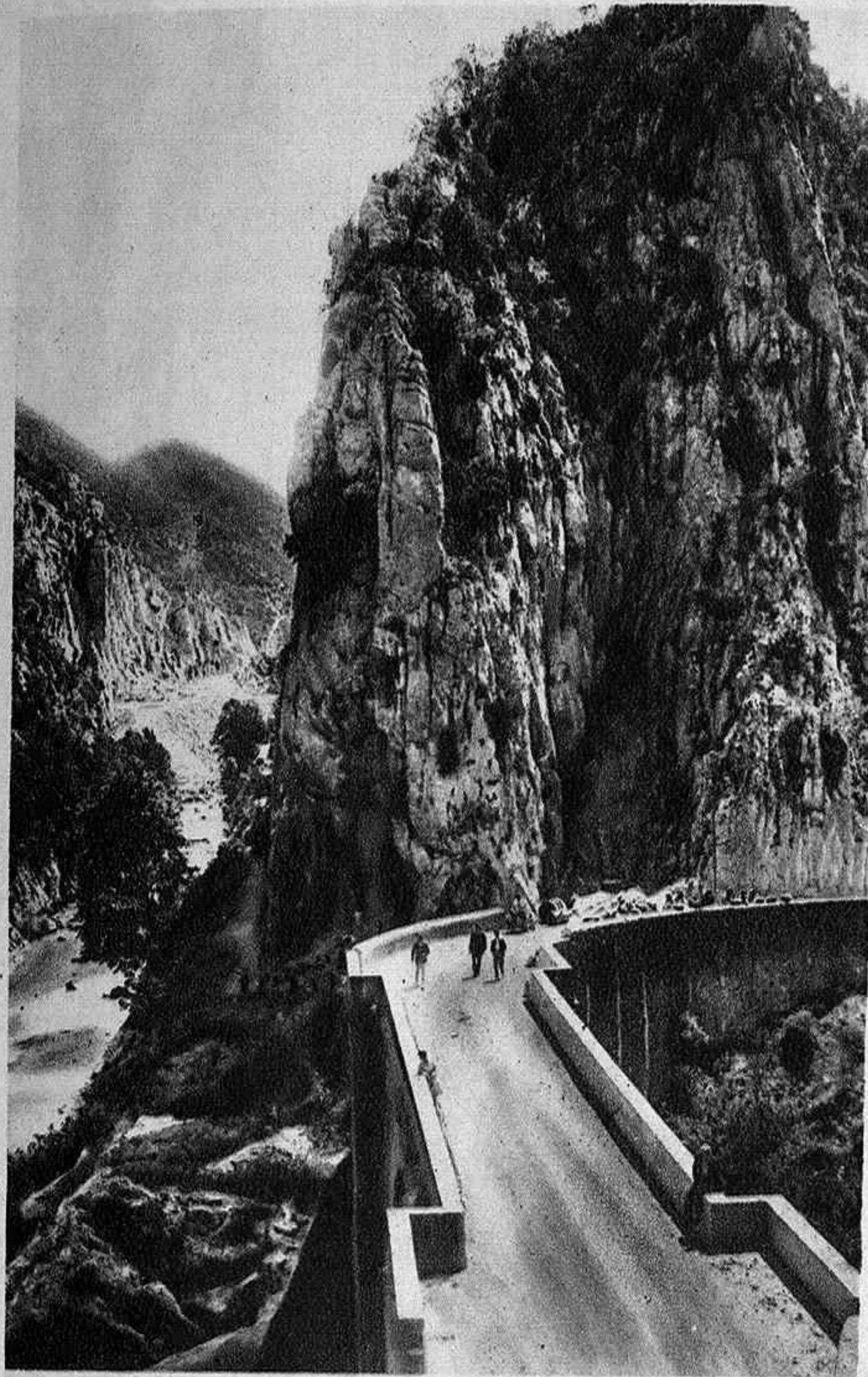
El laureado pintor D. José Benlliure Gil y el publicista D. Carlos Sarthou Carreres, en Játiva

EL VIAJE DE INSTRUCCION DEL «ANNÁPOLIS»

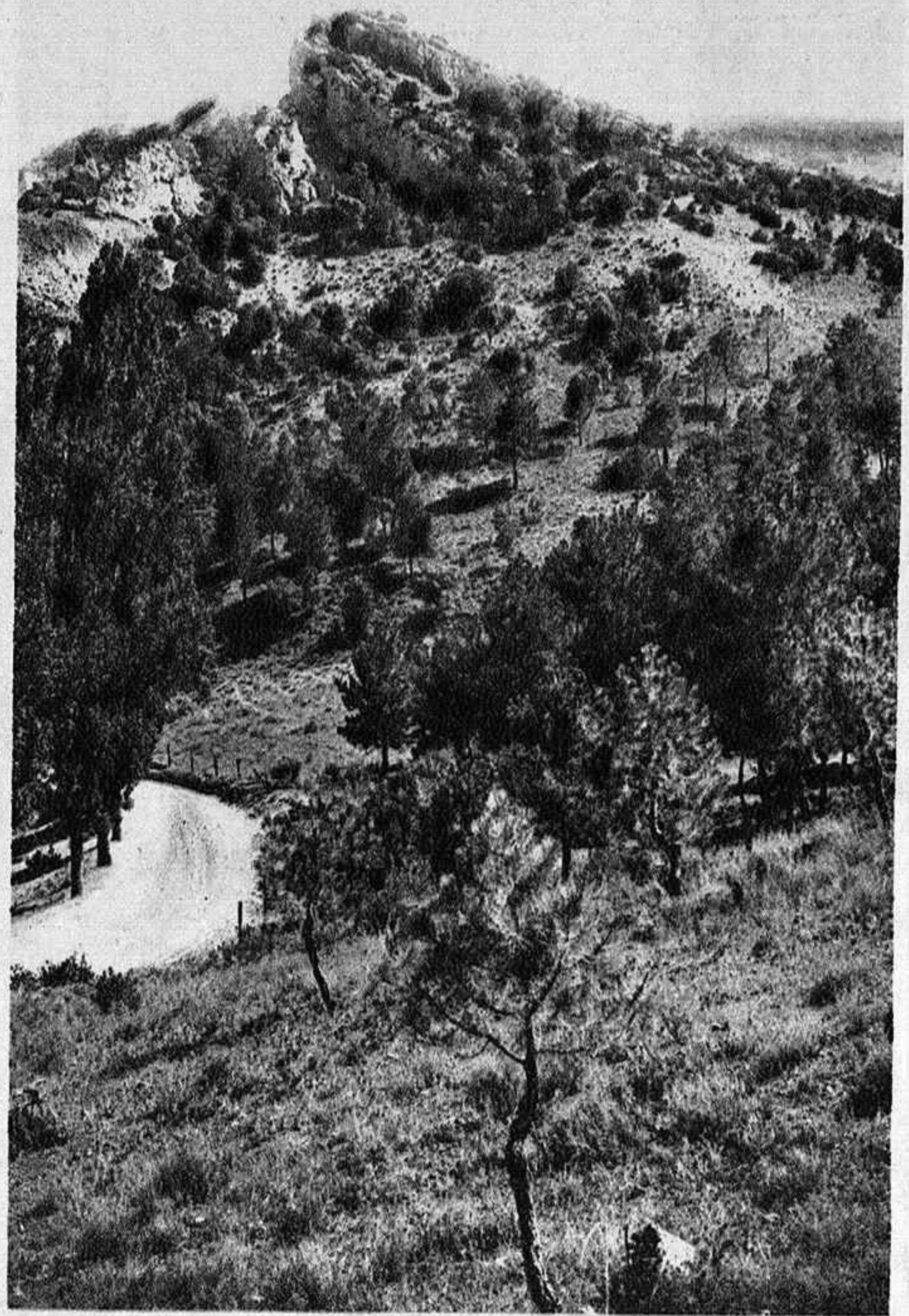


El buque-escuela de la Marina norteamericana «Annápolis», fondeado ante el «Puente de la Torre», en Londres, durante su reciente visita á la capital del Reino Unido

LOS BELLOS PANORAMAS DE CASTILLA



El desfiladero del Nela, á orillas del río del mismo nombre, á poca distancia de Oña



Un aspecto del encantado y poco conocido valle de Valdivieso

Tanto se ha hablado de la esteparia, desolada Castilla, que apenas hay quien la conciba en aquellos aspectos bajo los cuales podría competir esa región española con las más hermosas del Norte por la belleza del paisaje, la grandeza y majestad de sus panoramas, la frondosidad de sus bosques y el delicioso frescor de sus ríos caudalosos. Tal acontece, por ejemplo, con ese rincón castellano, en verdad maravilloso y hasta el presente poco visitado, que es la carretera que siguiendo el curso del Ebro, une las villas de Oña, célebre por su monasterio benedictino, y Trespaderne, en la provincia de Burgos.

El referido trayecto, aunque su extensión no excede de algunos kilómetros, ofrece al viajero una ininterrumpida serie de gratas sorpresas, de inefables

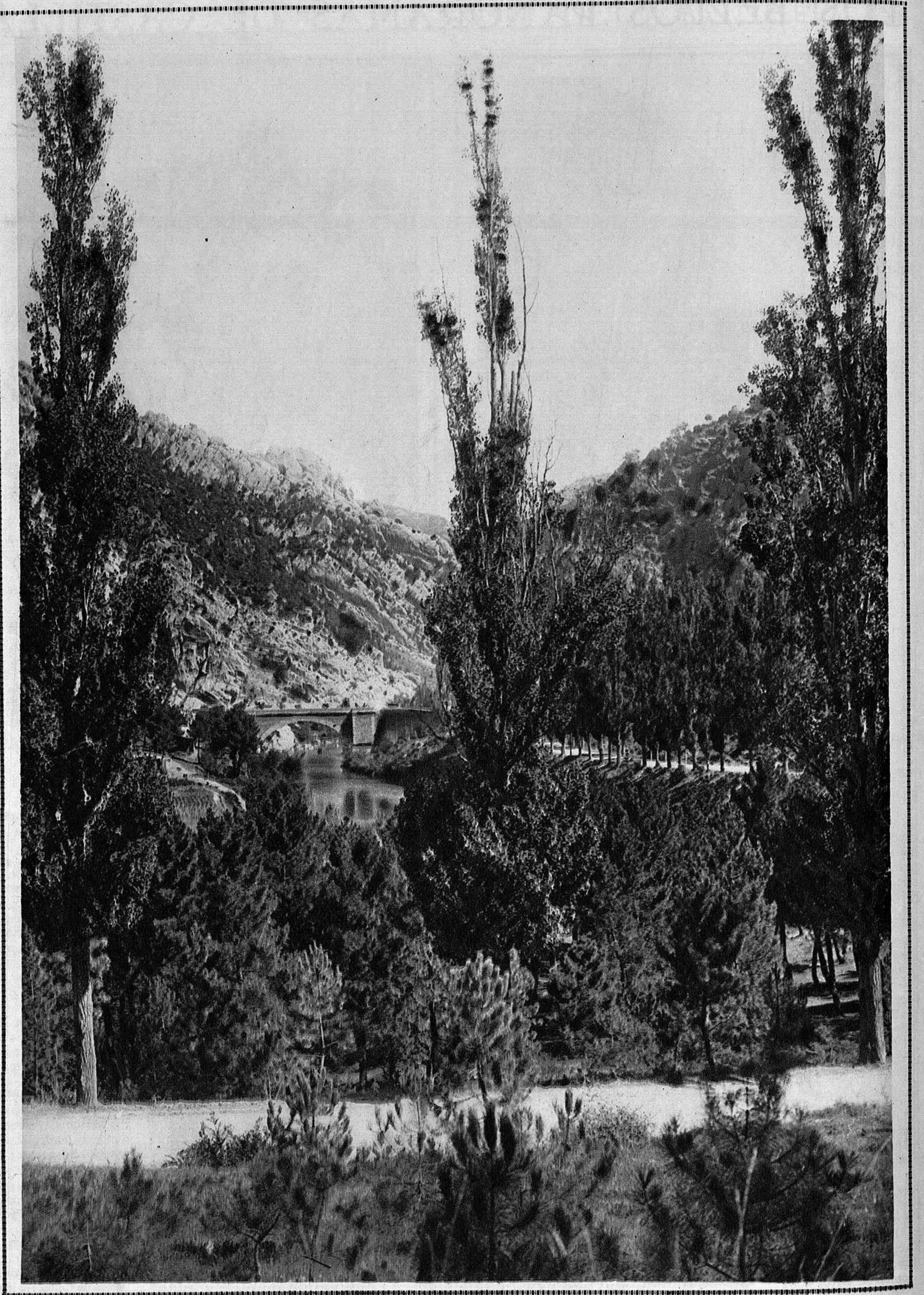


Otro de los más pintorescos rincones del valle de Valdivieso

(Fots. Díaz Casariego)

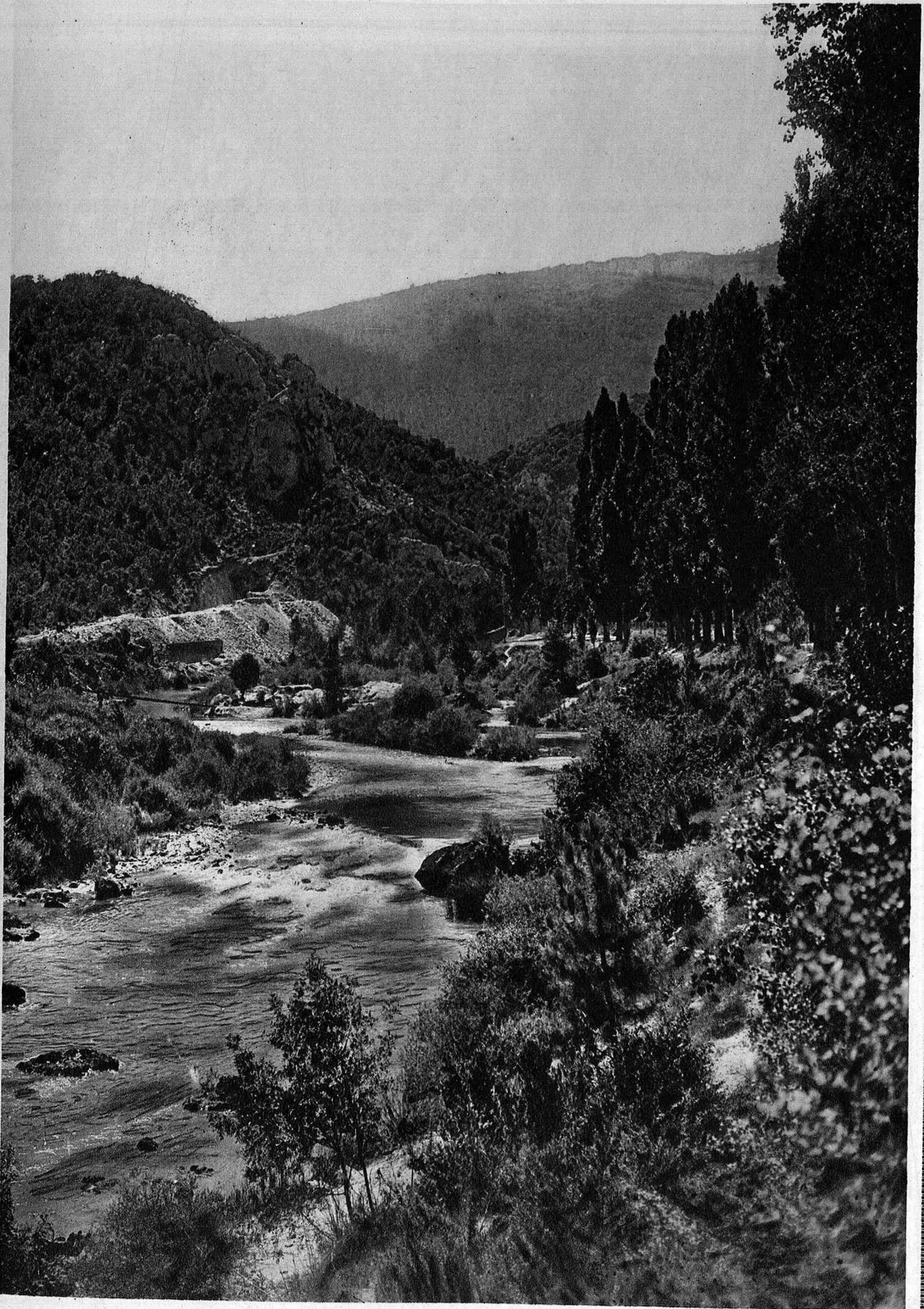
emociones. Las aguas del Ebro, leguas antes plácidas y de una diáfana cristalina, labran allí su cauce en un lecho de rocas y cantos rodados, hacen turbulenta y espumosa y salvan los desniveles, ya juguetonas y suavemente cantarinas, como la artificial cascada de un parque, ya con el fragor de un torrente en los saltos bruscos y elevados. A veces se remansa la corriente, y al crear un lago minúsculo, refléjanse en él las ingentes masas rocosas del desfiladero donde la madre Naturaleza labró con su cincel mágico fantásticas imágenes de guerreros, de monjes, de castillos y góticas catedrales.

Nuestras páginas presentan algunos de los lugares más pintorescos de dicha región, que dentro de poco será recorrida por la línea férrea.



La carretera de Oña á Trespademe, en la provincia de Burgos, que sigue durante algunos kilómetros el curso del Ebro

(Fot. Díaz Casariego)

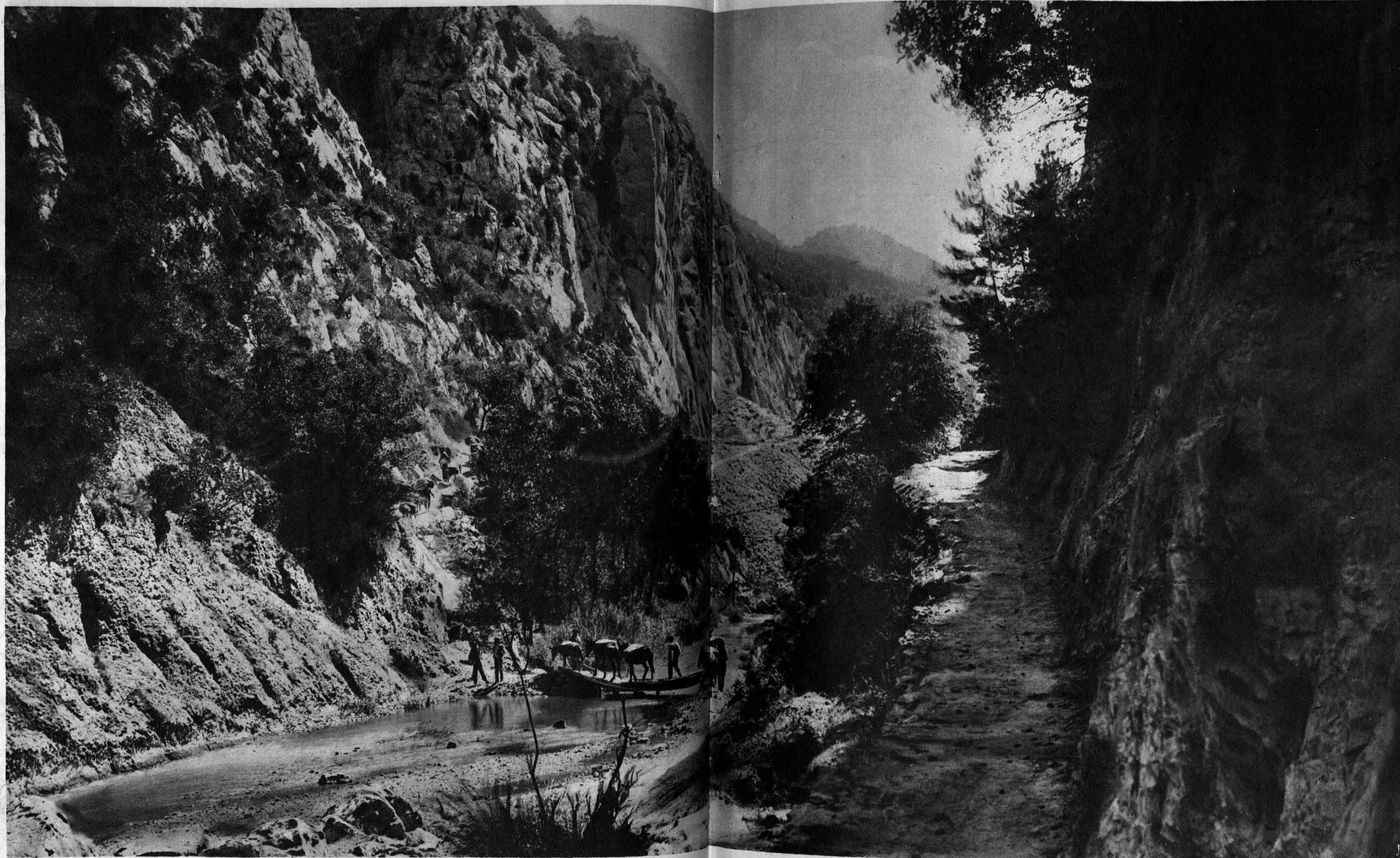


Poético recodo del río Ebro, en la carretera de Oña á Trespaderne, en la provincia de Burgos

(Fot. Díaz Casariego)



LAS GRANDES BELLEZAS NATURALES DE ESPAÑA



Imponente aspecto que ofrece el desfiladero de Oña á Trespaderne, en la provincia de Burgos, y en la parte del mismo que sigue el curso del río Nela

(Fot. D. Castriego)





La Puerta del Sol, de Vigo, en que al fondo, entre edificios de arquitectura pasada, destaca el moderno de un hotel para viajeros

LA MODERNA CIUDAD DE VIGO Cómo se transforma un pueblo

ESPAÑA se transforma rápidamente. Las viejas ciudades, siguiendo el ejemplo de Madrid, rompen sus calles vetustas para formar espléndida; avenidas y trazan sus ensanches obedeciendo á los más modernos preceptos de la ciencia de urbanización.

El efecto de sorpresa que produce á muchos extranjeros que por primera vez vienen á Madrid, el aspecto de las calles principales de la Corte, se repite en muchas de las poblaciones españolas, singularmente, como es lógico, en las del litoral.

Sin hablar de Barcelona, que se anticipó algunos años en su transformación modernizadora, ni de Sevilla, que en los preparativos de la próxima Exposición, sin perder sus elementos propios y característicos, conservando su carácter en muchos barrios y lugares, se ha rejuvenecido también rápidamente, basta recordar Bilbao, Valencia y Santander, como ejemplo.

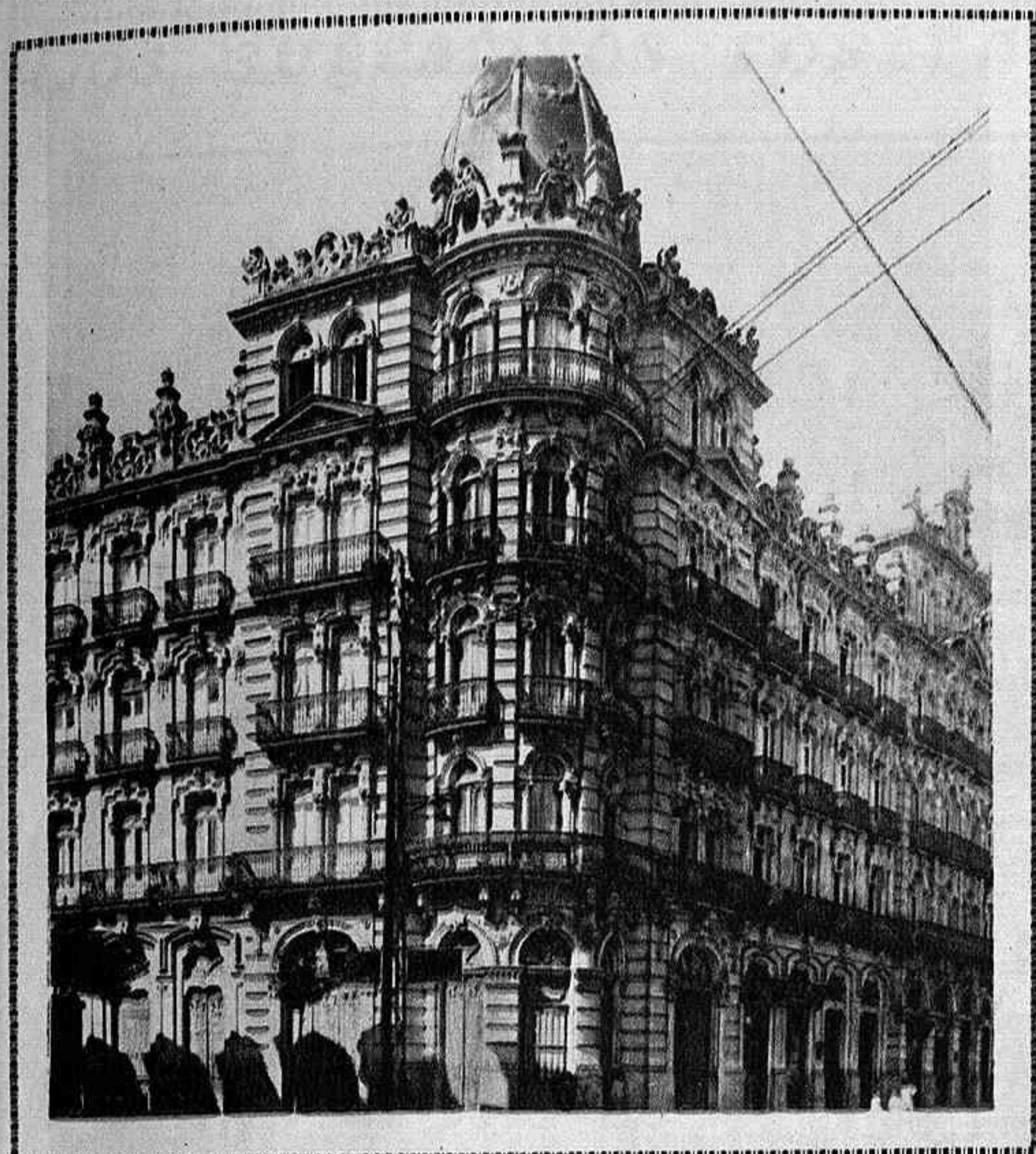
Vigo, por su parte, merece mención especial, por múltiples razones. Gracias á su maravillosa bahía y á su situación privilegia-



Edificio moderno del Banco Pastor, de Vigo

da como centinela avanzado en el Atlántico, que hacen de su puerto uno de los más ricos y frecuentados de España; por la constante emigración de capitales gallegos amasados allende el mar y por la actividad febril de su vida, consecuencia del movimiento del puerto mismo, necesitaba una transformación, para la cual disponía de medios abundantes gracias á su propia riqueza, consecuencia lógica en un círculo fecundo de esa misma actividad.

Vigo tiene motivos para sentirse orgulloso de su puerto, que muchos consideran el primer puerto del mundo. Con una buena organización ferroviaria, Vigo sería, indudablemente, la puerta de entrada en Europa de todos los viajeros trasatlánticos, y España sería, desde hace mucho tiempo, uno de los países más visitados por el turismo más codiciado en todas partes. Vigo, modernizándose con la intensidad y con la riqueza con que lo ha hecho, ha servido bien á ese interés nacional: realmente, resulta hoy un admirable vestíbulo que da una idea de



Edificio particular en el Vigo moderno



Edificio particular en la calle de Colón, de Vigo

España actual muy digna de ella. Tal vez por esa misma frecuencia de comunicaciones con otros países y por el deseo de ser algo más que una ciudad de tránsito, en que el turista no permaneciese sino el tiempo indispensable para trasladarse del trasatlántico al tren que había de conducirlo al resto de España, Vigo fué precisamente una de las primeras ciudades españolas que sintieron ese anhelo innovador, de verdadero renacimiento, que hoy impulsa á las mejores.

Realmente, se comprende que ciudades verdaderamente históricas, llenas de monumentos artísticos dignos del mayor encomio y de la perpetua veneración, sientan dolor al renovarse. La mayoría de esas ciudades, además, están hun-

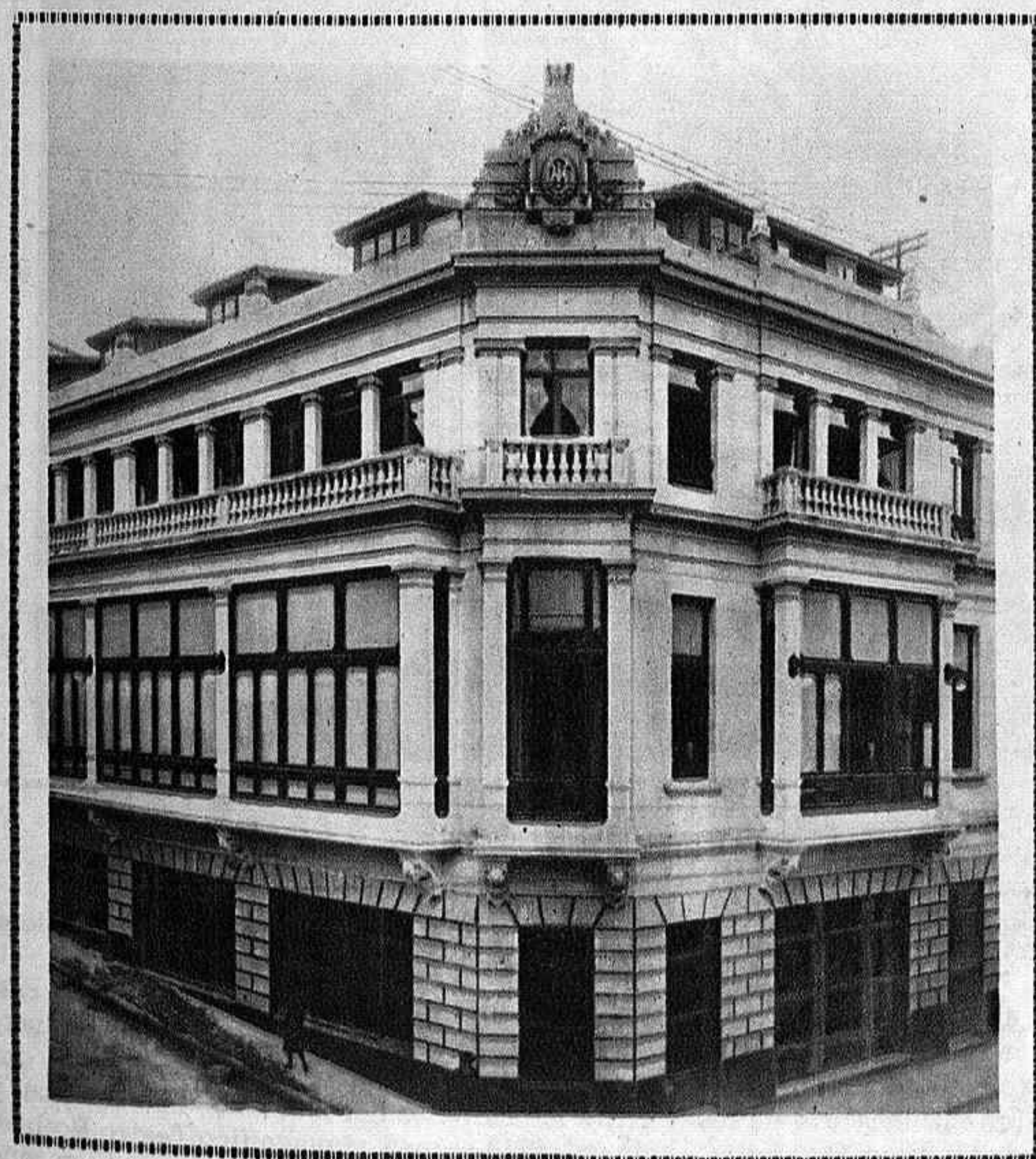
das en el interior, sin comunicaciones constantes con pueblos de vida más intensa y moderna, y en ellos hasta llega á ser plausible el espíritu conservador. Esas ciudades deberían ser consideradas íntegramente como monumentos nacionales, y cuando su vida actual requiriese expansiones muy justificadas, no faltarían fórmulas de ensanche que permitieran conservar lo antiguo sin perjuicio de crear lo nuevo.

Ese respeto á lo tradicional tantas veces olvidado, que en Santiago, por ejemplo, tan cerca de Vigo, debería haber respetado las rúas que hoy tienen en sus flancos construcciones absurdas que son como heridas sangrientas, Vigo no tenía que sentirle. Todo, pues, invitaba, facilitaba su transformación.

En muy pocos años, Vigo, un poco adormecido antes tal vez por falta de elementos capaces de dirigir un movimiento artístico arquitectónico, se ha transformado en una ciudad muy moderna, con magníficos edificios, públicos unos y privados otros, algunos de muy singular belleza.

Aun conserva en algunos lugares, en la misma Puerta del Sol, edificios del tipo que pudiéramos denominar clásicos—sin absoluta propiedad del vocablo, ni mucho menos—de la arquitectura corriente y usual en las ciudades gallegas del litoral; pero al lado de esas casas viejas, se alzan, como puede verse en nuestro grabado, edificios de buena y artística modernidad, sana y de buen gusto.

En la calle de Colón, una de las mejores del



Círculo Mercantil



Casa de Correos

Otro tipo de arquitectura moderna en Vigo



Teatro Borbón, uno de los edificios más interesantes del moderno Vigo

Vigo actual, hay también magníficos edificios de propiedad privada, y muy distantes, si no por su destino idéntico, por su traza, riqueza y proporciones, de las antiguas casas de vecinos; y junto á esos edificios, otros públicos proclaman igualmente la pujanza de una generación de arquitectos gallegos, en que descuellan Antonio Palacios y Manuel Gómez Román, y de que hubiera sido figura preeminente, si la vida no hu-

biese truncado su carrera demasiado pronto, Benito Gómez Román.

La Casa de Correos y el edificio del Círculo Mercantil é Industrial, corresponden á un tipo de arquitectura modernísimo también, pero de mayor sencillez aparente que la mayoría de los edificios nuevos de Vigo, de ese Vigo tan sugestivamente moderno, pues las elegantes proporciones de sus líneas las dan, dentro de aquella

suprema sencillez, un sello de artística belleza, muy digno de encomio.

Otro edificio interesante es el del Banco Pastor, muy bien situado para lucir su belleza; pero quizá pudiera afirmarse, sin miedo á errar, que entre los edificios del moderno Vigo culmina, y de un modo seguro, el magnífico Teatro Borbón, no sólo uno de los mejores edificios de Vigo, sino uno de los más bellos teatros de España.

Los sugestivos rostros temeninos del «Cine»



Sin alcanzar todavía la alta calidad de «estrella», Madge Bellamy, la figulina ingenua de la «Fox», es una actriz relevante del teatro del silencio, que ha dado una excepcional personalidad á los papeles de las últimas comedias en que ha actuado. Rostro de matices suaves, de expresiones tiernas, su éxito ha sido indiscutible en Cinelandia



BOCETO DE NOVELA

LOS CELOS MÁS CRUELES...

VETE! ¡En seguida!—le gritó él, áspero de voz hasta la estridencia, y totalmente descompuesto hasta la ridiculez, de no ser tan solemne el momento—. ¡Vete á donde no vuelva á saber de tí! ¡Porque si lo llevo á saber, iré á matarte!

No esperaba ella, niña mimada, como hija dilecta, sin serlo carnal, del insigne artista, el desastroso efecto de su ingenua confianza que iba á desenlazar dramáticamente aquel raro idilio del viejo pintor y la joven modelo, gozado inconscientemente durante dos lustros como sueño de mágica felicidad.

Cuando se conocieron parecían él en plena exuberancia de vitalidad, bien sostenidos y secretos sus cincuenta y cinco años, por artes de la higiene y por milagros rejuvenecedores de un perdurable éxito sin eclipses ni ocaso; ella, en lastimosa pendiente hacia una rápida senectud inverosímil á los catorce mal contados y peor vividos, por maleficios de la miseria que empezó á maltratarla desde el claustro materno, para privarla en absoluto, después de nacida, de todos los afectos, aun los más naturales que ni á los cachorros faltan, y de cuidados y de consideraciones los más ínfimos. *La niña viejecita* llamola él apenas verla, frente al Círculo de Bellas Artes, pocos días después de regresar de un largo y triunfal viaje por América que había acabado de consagrar su nombre y de redondear su fortuna, despojándole de todo motivo de inquietud para el resto de su existencia. *El señorón guapo* le había denominado ella para sus adentros, pues así mostrábasele su gratitud al puñado de monedas de plata que le había regalado y al interés entre paternal y curioso con que la abrumaba á preguntas acerca de su menesteroso vivir en una cruel noche de hambre y de frío, cuando más negro veía el porvenir y más imposible le parecía la subsistencia.

Por primera vez percatóse él del vacío de su corazón que, absorbido por su inteligencia creadora, si latió siempre por anhelos de su vocación artística, sin hacerle sentir la más tenue necesidad de un cariño de mujer, sorprendíale entonces demandando apremiante el dulce empleo de un fondo de ternura afectuosa por él insospechada. En el umbral de la vejez, apoderósele un púbero afán de amar en el que lo de menos era hallar correspondencia; florecíasele el corazón como las plantas, por deleitarse en

sus propias corolas sin ánimo de deleitar á nadie con sus colores y el hechizo de sus perfumes. Por su parte, la chicuela, que nunca había echado de menos caricias y mimos cuyo dulce sabor ni sospechaba siquiera, pobre bestezuela acosada y derribada por todas las hostilidades, advertía de pronto paralizado su instintivo impulso de huir que la acometía frente á toda persona superior que la mirase algo más de un momento, pues solamente espanto, rencor y desconfianza habíanle inspirado cuantas trató, y en cambio, se notaba una extraña y cálida inclinación á confiarse á aquel guapo y apuesto caballero, y como si descubriera un bello horizonte jamás imaginado, presentía emocionada el tibio goce de ser exclusivo objeto de amor. En su egoísmo infantil, doblado por lo miserable de su condición que por necesitar de todo, nada podía ofrecer, no sentía la más leve necesidad de amar, sino ávidamente la imperiosa de ser muy querida por un ser superior bueno y fuerte como aquel que la hablaba en tono tan atractivo como nunca lo había soñado; de verse mimosamente protegida y amparada contra todas las crueldades de la vida; de dejar de ser un guiñapo á darle al cual con el pie todos tenían derecho; de ser, por fin, algo y alguien en el mundo. El amor es un sobrante de vitalidad. Por eso ella, tierno rosado de reciente y mísera nascencia, no podía dar aún flores, vivir de dentro afuera; necesitaba, por el contrario, apoderarse de cuanto, nutriendo su cuerpecito y su alma famélica, desarrollase su personalidad.

La quiso, pues, él sin saber por qué ni para qué. ¿Para hija? Nunca se había creído dotado del santo instinto de la paternidad. ¿Para amante, algún día, cuando floreciera la juventud de la niña viejecita? No habiéndose enamorado nun-

ca, ni sido capaz sino de amoríos fáciles y fugaces, parecía imposible enamorarse ya pasada la edad del amor. En su egoísmo de viejo—par del infantil—no llegó á imaginar que ella llegaría á ser mujer, á enamorarse de otra juventud y pretender escapar para formar también su nido propio. No pensó apenas nada, sino en satisfacer aquel capricho sentimental, y se la llevó al estudio con las mismas ilusión y alegría que habría llevado un pajarillo vistoso y cantarín y una brazada de rosales, por iluminar con gorjeos, flores y aromas de juventud el apergaminado ambiente de su vejez solitaria, y por darle á su corazón un ser en que emplear el tesoro intacto de su ternura.

Y ella se dejó querer y llevar inconscientemente, sin preguntarse adónde ni para qué; con ese orgullo de los favorecidos por inesperada suerte, sin considerar por qué méritos, gozosa de la suya, de haber hallado un dios tutelar de su existencia.

•••••

Se les fueron como en un breve y mágico sueño diez años de espléndidas generosidades é inagotables ternuras, de adoración por parte del artista que había sido para ella más que el mejor de los padres, el más amoroso y condescendiente de los dioses, todo mimos y dulzuras sin minuto de enojo ni de aspereza, como si solamente hubiera nacido para criarla, educarla, regalarla y divertirla, para darle por vivir una constante fiesta. En su corazón ya no hubo otro cariño ni en su estudio otra modelo. Bien es verdad que la chiquilla, cada día más bella y graciosa, colmábale de encantos la vida, y que cada lienzo por su hermosa figura animado, después de hacerle gozar un extraño rejuvenecimiento

de sus facultades y una renovación de su técnica, sorprendente hasta para sí mismo, pues no era preconcebida, sino hija de súbita inspiración, para despecho de rivales, imitadores y envidiosos que mucho más jóvenes no podían asombrar con tan osados alardes de juventud, superaba en éxito á los anteriores, y peniales más de moda, á pesar de que su ruptura de todo trato social y de su negativa á vender ningún cuadro de esta última época, pues pintábalos por darse gusto y por dejarle á la muchacha una fortuna cuando muriese, eran cosas las más á propósito para ha-



—¡Vete! ¡En seguida! ¡Vete á donde no vuelva á saber de tí! ¡Porque si lo llevo á saber, iré á matarte!

cer el vacío alrededor del nombre y de la labor más prestigiosos. Su genio artístico hacía perdonarle lo que todos llamaban sus genialidades.

Por eso, después de haber disfrutado aquella adoración de un alma que solamente vivía para hacerla dichosa, oíale ella pasmada gritar airado y descompuesto, hostil á su felicidad. Trocado en viejo niño el guapo señorón de tiempo atrás, aparecíasele como un desconocido y cruel padrastro, cuando la niña viejecita, ya hermosa mujer, pretendía metamorfosearse en guapa señorona, como le decía ingenuamente, casándose con un mozo neoyorquino norteamericano que, hacía una temporada, era el único y asiduo admirador admitido en aquel santuario, y el mejor y más espléndido cliente, que compraba sin regatear y á veces ofreciendo cantidades que ni el artista habría osado pedir para ahuyentar al comprador.

Había ella esperado, para aquella confianza—que el norteamericano, buen psicólogo, había hecho temer sin descubrirle el motivo—, al momento de más condescendencia del artista; durante un descanso de su labor creadora, cuando la satisfacción de su maestría le rebosaba y ella descendía del sillón donde posaba, para sentarse con él sobre la alfombra de la tarima—estrado regio de la adoración del pintor—y jugarle como chiquillos y burlarse ella de la pintura y él del original, hasta que unos besos estrepitosos poníanles de acuerdo en lo único indiscutible para ambos: en que no había cariño más grande ni bello que el suyo, ni hombre más bueno que él ni mujer más adorable que ella.

—¡Vete!—gritábala él enfurecido, sin darle espacio á la réplica—. ¡Vete! Porque te odio con tal furia... Porque...—y como loco dejó escapar su alma en esta lamentación que explicaba su dramática actitud—, porque yo te amo más, infinitamente más que ese hombre—y por si ella no le había entendido—, con todo el ardor de un corazón mozo... y con el dolor de un viejo que conoció demasiado tarde el verdadero amor...—Inclinada la cabeza, y atropellado el verbo por la vergüenza de la confesión, proseguía cada vez más exaltado...—Yo ofrecí á los mejores médicos toda mi fortuna por una renovación de mi juventud, por unas horas de amor, deleite de mi imaginación y desesperación de mi alma al no poder vivirlas... Y entonces disfracé mi loco afán con las bondades y las ternuras del sentimiento paternal, resignado á todo con tal de conservarte siempre á mi lado, de sentir á mi alrededor la alegría de tus risas y de tus canciones, el perfume de tu cuerpo, el tibio calor de tu presencia que me era tan necesario como el aire para respirar.

Medio desplomada sobre la alfombra de la tarima, mirábale ella con ojos llenos de ansiedad y de temor, la boca levemente contraída por el espanto ante el ser desconocido que se le mostraba, y á la vez, por el asombro levemente gustoso ante el resplandor de hoguera de aquella gran pasión que no había sabido vislumbrar; también, por el dolor de la infelicidad de aquel dios tan bueno hasta entonces, y á quien había querido hacer dichoso, y por el miedo á que frustrase la felicidad que su corazón le exigía.

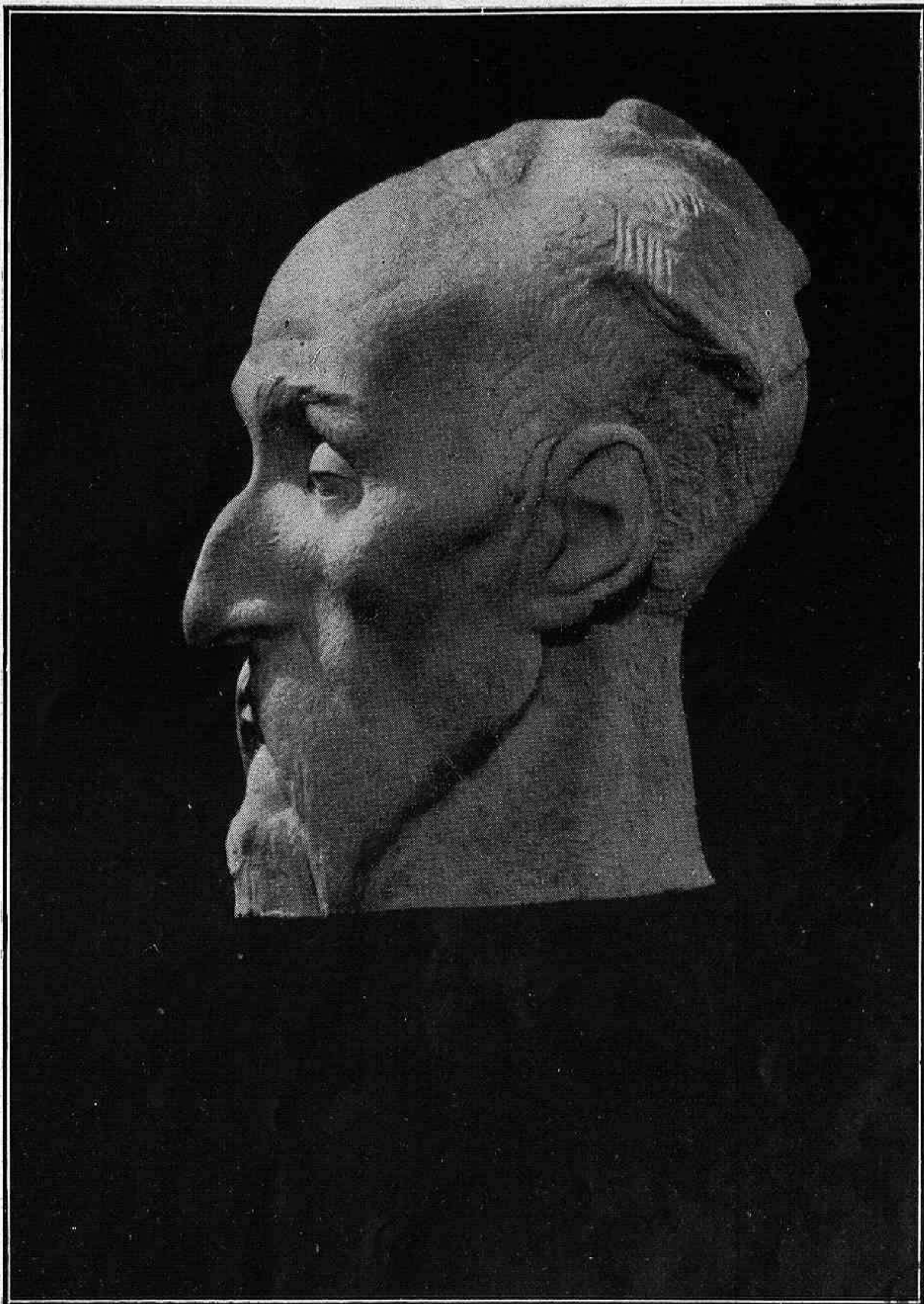
De pronto, derrumbándose su energía, cambió de tono, y a'ogado de amargura, y dejándose caer en la tarima, gimió más que habló:

—Y si no, no te vayas... ¿Qué más me da?... De todas suertes, me he de acabar en pocos días... No sabría, ni podría, ni quiero compartir tu cariño con nadie... Siento, pero con más cruel dolor, los mismos celos de un amante y la misma amargura de un marido que descubren la infidelidad de su mujer... Sin ser dueño único de tu corazón, y ya sé que eso es imposible, se me ha roto el único sostén de mi vida...—Y llorando:—¡Yo me había hecho la ilusión de morir antes de que esto llegase!... Y...—echado de bruces, la cabeza reclinada sobre los brazos para llorar á triste gusto—: Señor, si yo fuí bueno para esta niña, ¿por qué no garme el premio de morirme ilusionado con que era su único amor? ¿Por qué este castigo que...

No acabó la frase; su corazón enmudeció para siempre...

ENRIQUE GONZALEZ FIOL

Nueva interpretación escultural de Don Quijote



La figura de Alonso Quijano el Bueno es acaso, con la de *Hamlet*, la creación literaria que más ha tentado al arte. Así como los glosadores escoliastas y críticos añaden incesantes interpretaciones eruditas y psicológicas del famoso personaje cervantino, es también ilimitado y creciente el número de alusiones é interpretaciones plásticas.

Pintores, escultores, dibujantes de todo el mundo, han procurado hacer vivir por la magia del color ó la armonía de las formas el extraordinario desfacedor de entuertos y defensor de doncellas desvalidas.

El tesoro iconográfico de *Don Quijote* podría llenar varios Museos.

Porque no en vano todos tenemos un concepto personal y distinto de los demás de esta magna figura literaria.

Han de ajustarse, sin embargo, los artistas á aquel retrato incomparablemente escrito que hace Miguel Cervantes del Ingenioso Hidalgo, y que luego, á lo largo de la obra imperecedera, va añadiendo nuevos detalles y más acusados rasgos.

Difícil era, pues, conseguir una interpretación sugestiva y original. No obstante, éste es el caso de Vicente Navarro, joven y notabilísimo escultor valenciano que en Barcelona viene dando muestras de su arte inteligente y experto.

Vicente Navarro ha modelado también su *Quijote*. Es una testa donde el extraordinario parecido se ve realizado por una fuerte, expresiva y sobria espiritualidad.

Es realmente el Caballero de la Triste Figura y de la Noble Alma este que Vicente Navarro añade á la inmensa serie iconográfica.

Su rostro magro y agudo—rostro de místico, de poeta—tiene una serena expresión de melancolía. La nariz cabalga sobre los labios finos que cubren los bigotes lacios. La frente se desnuda hacia arriba en una convexidad noble. Los ojos miran al mundo, visible sólo para él, de la fantasía.

Es, por lo tanto, una obra maestra de factura, de sentimiento y de sugestión estética, digna del ilustre artista que la ha creado.



GALERIAS EXTRANJERAS

EL MUSEO DEL CAPITOLIO

EN el centro de esta severa plaza del Capitolio, la estatua ecuestre del bien amado Marco Aurelio nos saluda con su grave gesto de emperador: saliente el pecho y el brazo tendido hacia adelante, majestuoso.

A ambos lados de la ancha escalinata se alzan dos fornidos dioscuros, con los dos recién domados caballos. Al fondo, la escalera diseñada por Miguel Angel nos conduce al Palacio del Senado, sobre el que levanta su sencilla firmeza la Torre Capitolina.

Perpendiculares á este frente, dos claustros, miguelanquescos también, abren paso, uno al Museo de esculturas; otro, al Palacio de los Conservadores.

En éste hay cuadros, no muy numerosos, ni de un subido valor, en su mayoría. Algunos pintores de la decadencia italiana—Guido Reni, el Guercino, Dominico Tintoretto, el Dominiquino, Dosso Dossinos—presentan mediocres producciones.

Nuestro Velázquez tiene un autorretrato—«retrato de gentil hombre», dice la cartelita—que, habituados como estamos á sus obras del Prado, nos desilusiona un poco. Enfrente, una cabeza de Buonarrotti, que se atribuye á Volterra, nos mira con su duro ceño peculiar, y á su lado, Van Dyck destaca su acostumbrada elegancia en las figuras de los poetas Killigrew y Carew.

La misma sala exhibe un lienzo de autor genovés incógnito que muestra visiblemente la influencia que en la escuela genovesa ejerció el gran discípulo de Rubens.

Tiziano y Veronés no están dignamente representados aquí. Del segundo hay un «Rapto de Europa», más celebrado que valioso.

Giovanni Spagna, en cambio, triunfa con sus diez frescos, puestos demasiado altos para nuestro afán escrutador. Son lo más bello que, en pintura, conserva el Capitolio. Representan á las nueve musas y al buen Apolo tocando su rubio violín, bajo la aurora. La pintura moderna, con

sus gamas claras y su sentido sobrio y rítmico de la composición, nada ha hecho que supere á estos frescos. Las femeninas figuras doblan las cabezas y portan los atributos con alada gracia. Son castas y suaves, y están trazadas finamente sobre paisajes de encantadora transparencia. En los amortiguados tonos rojos, verdes, azules y amarillos se descubren matices grisáceos, caros á la vista.

Triste es pasar de ellos á los colorines que adornan las dos primeras salas del Palacio; triste pasear, bajo frescos de Laurenti y Arpino y entre esculturas de Bernini y Algardi. ¡Cómo se ve que el arte pierde su sereno espíritu y adopta gestos

llamativos y contorsionados ademanes, con los que sale á nuestro paso reclamando, inútilmente, nuestra admiración!...

•••••

El Museo de Esculturas del Capitolio no es tan completo como el del Vaticano, y á nosotros nos place menos que el Nacional de las Termas; pero puede verse en él un grupo no pequeño de esculturas bellísimas.

Sin saber á cuál de éstas dar la preferencia, no se la daríamos, desde luego, á la célebre Venus Capitolina que, aun extraordinariamente delicada, como buen ejemplar griego, nos ha dejado algo fríos.

Más nos agrada el Galo, que, herido en el costado derecho, del que mana sangre, deja caer, con el abatimiento precursor de la muerte, el elástico cuerpo desnudo. Su cabeza baja contempla tristemente la espada que no acertó esta vez á salvarle la vida.

Cerca del Galo varias estatuas nos ofrecen el prestigio de su mármol; un Antinoo, un Apolo de la escuela praxitelica, una Amazona tomada de un original de Fidias, un enérgico retrato de Bruto el menor...

En la sala contigua, llamada del Fauno, dos sarcófagos nos atraen por el armonioso primor de sus relieves; uno relata el mito de Diana y Endimión; otro, un combate entre griegos y amazonas, muy movido. En la tapa, siete pequeñas figuras femeniles inclinan las cabezas con doliente actitud, como holocausto á los vencidos.

Digno es también de citarse el bajo relieve del sarcófago de Gerontia (siglo III de nuestra Era) que representa á Prometeo formando al hombre con arcilla.

En la mayor de las salas del Museo, dos centauros, en mármol bigio morato, prestan sus líneas decorativas, y, entre ellos, un Fauno, en rojo, sostiene alegremente sus uvas.

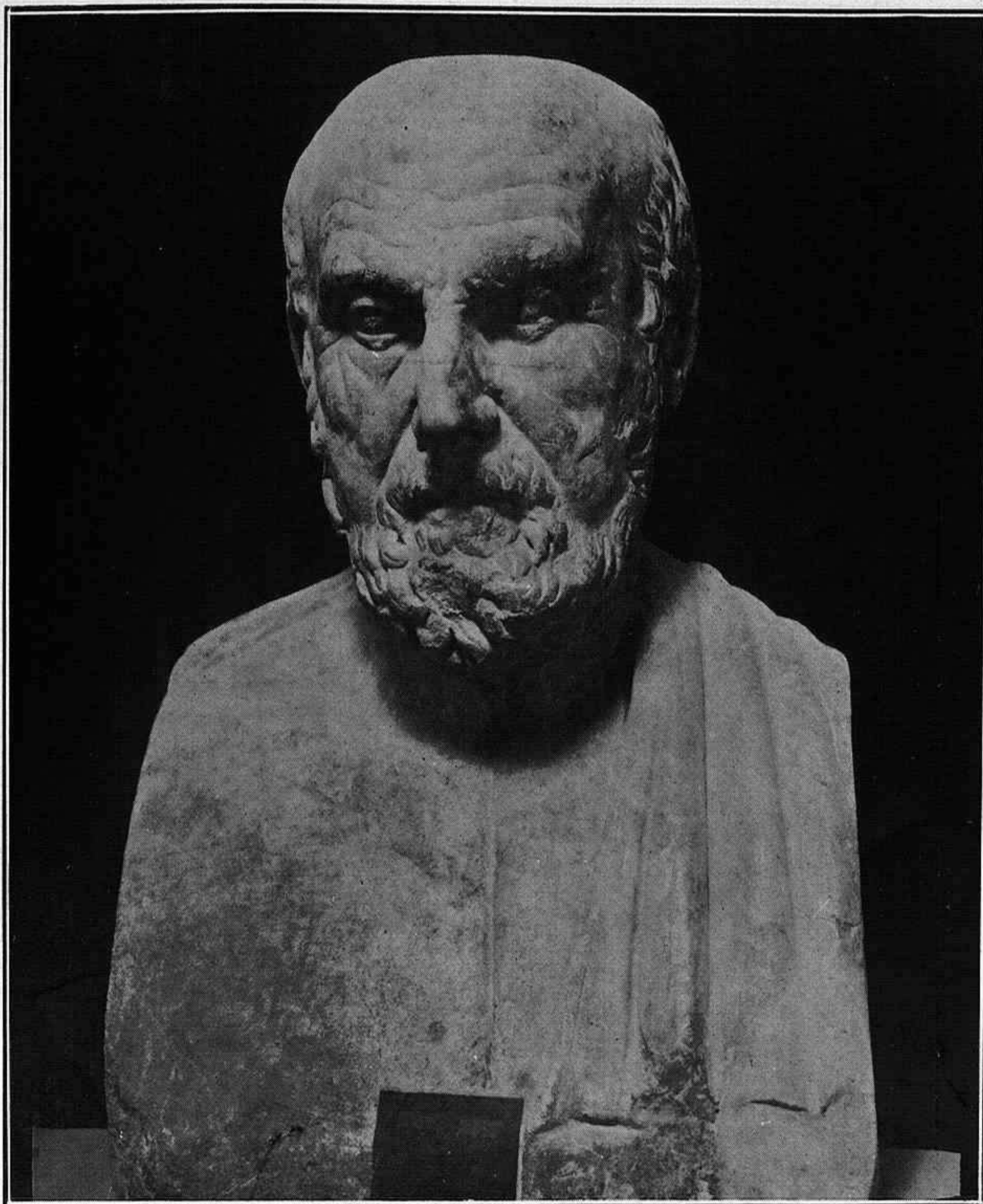
¡Pasemos á las salas de los bustos; en una aparecen los emperadores romanos; en la otra, los



«La Musa Melpómene», fresco de Giovanni Spagna, existente en el Museo del Capitolio

filósofos griegos. Aquí, severas cabezas de ancianos barbados, con la mirada serena y la arruga pensadora de las frentes. Van desfilando: el Padre Homero, que alza su testa como pidiendo la luz que no tienen sus ojos; Sócrates, el de la barba triangular y la chata nariz levantada; Esquilo, que sella con la amargura de su boca la redondez de su faz; Sófocles, mostrando su expresión enigmática; Eurípides, con su gesto presuntuoso; Leodemas, con su sonrisa levemente burlona; Demóstenes, con su entrecejo lleno de voluntad; Platón, que esconde la fluencia divina de sus labios en la espuma de sus barbas; Epicuro, que nos da la ascética largura de su rostro, como una máscara de su sibaritismo; Teofrasto, con su mirar castigado por la experiencia; Hipócrates, reposado en la bondad de su vejez; Pitágoras, Antístenes, Metrodoro, Apuleyo, Crisipo, Zenón...

Son algunos de los hombres gloriosos que concentran la filosofía helénica; he aquí ahora muchos de los que resumen el poderío de Roma. Si en aquéllos resplandece el alma, la luz ideal, en estos otros vive el carácter dominante, la fuerza que,



«Hipócrates», escultura griega, existente en el Museo del Capitolio

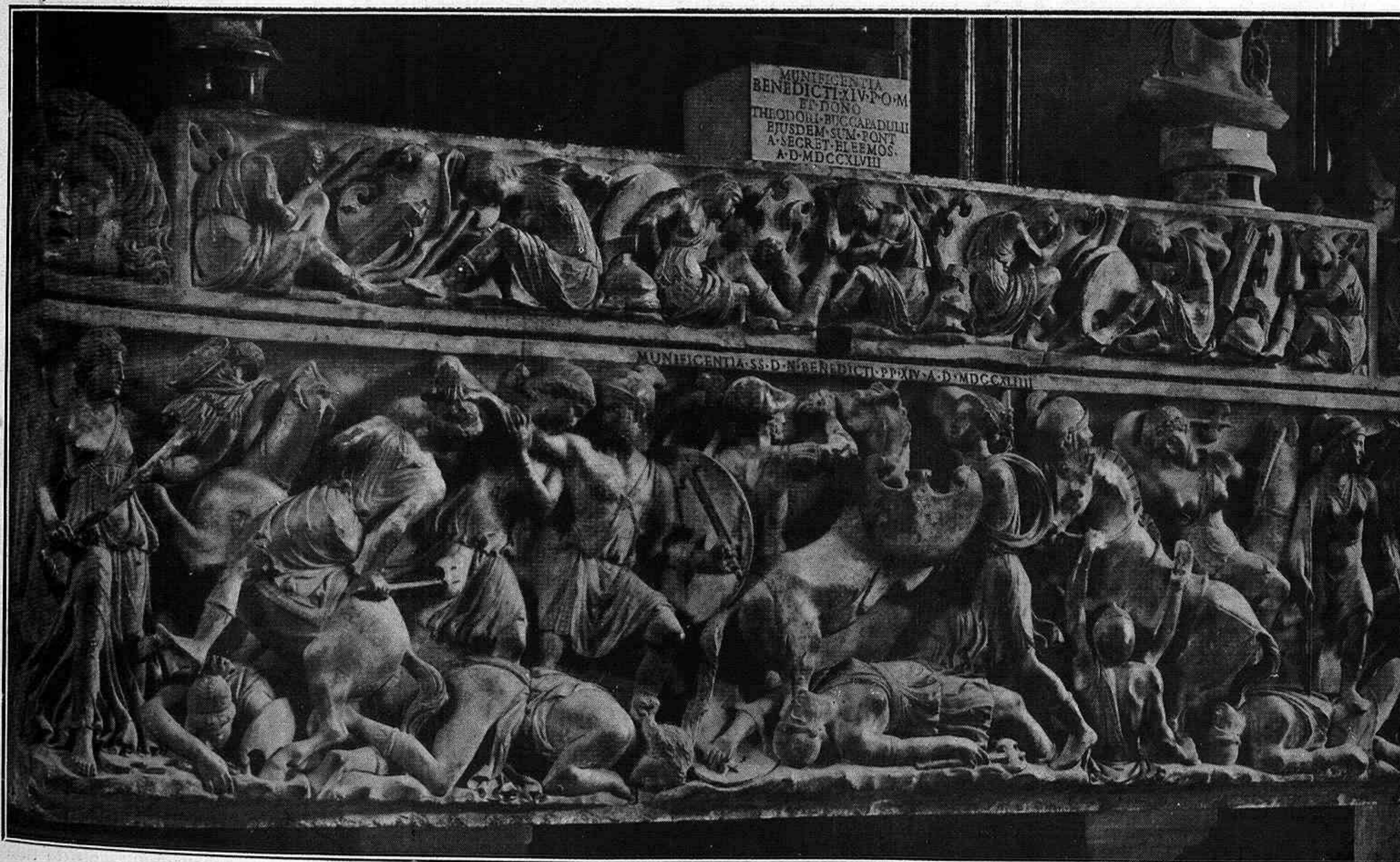
torcida y sin freno, llega á la degeneración sensual, al cruel libertinaje, á la barbarie refinada.

Ved, por ejemplo, el ceño duro de Nerón, férreo para la impiedad, y el gesto, relajado por el abuso del placer, de Heliogábalo (una de las cabezas más expresivas, por cierto, de la estatuaría romana).

Entre todas estas facces viriles—algunas tan hermosas y nobles como la de Trajano—una figura de mujer muellemente sentada nos detiene. Es Agripina, la infortunada madre del monstruo. Con la mirada abstraída, parece leer en sus propios pensamientos melancólicos. Habrá visto pecados del Imperio..., maldades de su hijo... y pensará—vagamente—que una patria asentada sobre la inmoralidad y la crueldad no puede durar mucho. Roma tendrá que hundirse, lo mismo que una fruta podrida...

(Días después cae la matrona, asesinada por su hijo. Roma dura aún cuatro siglos, pero, al fin, cae también, destrozada por un huracán de hombres rudos que viene de las selvas germánicas, como una ciega fuerza de la Naturaleza...)

BERNARDINO DE PANTORBA
Roma.



«Batalla de las Amazonas», relieve de un sarcófago griego, existente en el Museo del Capitolio



POR EL VIEJO SOLAR CASTELLANO

EL REAL MONASTERIO DE LAS HUELGAS, DE BURGOS

INFANTAS Y PRINCESAS TROCARON UN DÍA SUS RICAS TOALETAS DE CORTE POR EL HUMILDE HÁBITO DE LA ENCLAUSTRADA

SANTA María la Real de las Huelgas... Fué ayer este suntuoso Monasterio mansión santa, en el que Infantas y Princesas de España, trocando un día las ricas vestiduras de su rango real por el modesto hábito de la enclaustrada, buscaron en la oración y en la penitencia un sedante para sus espíritus atormentados.

Es hoy esta señorial mansión refugio santo de aristocráticas damas que abandonan para siempre las magnificencias y esplendores del gran mundo para consagrarse al Dios Todopoderoso por vocación ó acaso para buscar en la oración y en el retiro el olvido á un amor triste y sin ventura...

Tiene Burgos el noble y legítimo orgullo de su grandeza histórica y de su grandeza artística. Tiene Burgos un fervor santo por su Cartuja de Miraflores y por su Real Monasterio de Santa María la Real de las Huelgas.

Cuando el turista, el visitante, el forastero ha pasado días y más días sin noción del tiempo en éxtasis contemplativo ante la señorial basílica, ante el retablo de San Nicolás, ante los que fueron palacios solariegos, ante las puertas mudéjares de sus murallas, ante sus viejas calles, angostas y retorcidas como juncos sarmientosos, una voz suave, dulce y blanda, voz de misterio y de ensueño, murmura á su oído quedamente, para romper la sugestión y el encanto:

—¡Santa María la Real de las Huelgas!... ¡Relicario de arte!... Mansión santa y señorial de sacrificio y de reposo, de amor y de renunciación... Allá, no muy lejos, en plena vega, entre perfume de flores é incienso, que al esparcirse por el espacio lleva á lo alto, al infinito, ilusiones y ensueños sin calor y sin fortuna...

Y el turista, el forastero, el visitante encamina sus pasos hacia las afueras de la ciudad donde la santa mansión, vestida de blanco como una novia, reposa en el regazo de la perfumada vega, arrullada dulcemente por las tranquilas aguas del Arlanzón, bajo la caricia de los rayos del sol poniente...

LA REAL ABADESA DOÑA MISOL

Era Burgos por aquellos días cámara de los Reyes de Castilla... Y fué voluntad del Rey Don Alfonso VIII, *el Deseado*, y de su mujer, Doña Leonor de Inglaterra, que se cumpliera el deseo de su padre, Don Sancho, de construir una santa y regia mansión, en la que damas de sangre real pudieran consagrar sus votos al Dios del Sinaí.

Solemnemente, el día 1.º de Junio de 1187, siete años después de iniciado el propósito de

los Reyes de Castilla, el vencedor de las Navas de Tolosa entregaba el Santo Monasterio con la real cédula de propiedad á las Religiosas Cirtercienses llegadas del Monasterio de Tulebras, junto á Cascante. Eran tres: Doña Sol ó Misol, la principal; Doña María y Doña Sancha, las tres de estirpe real.

Fué la primera abadesa de este Monaste-

con tan pésimo gusto, con tal desconocimiento del arte, que desdice del resto del edificio... Ni supieron conservar el estilo ojival, ni supieron darle armonía ni belleza... La impresión al contemplar este pórtico no puede ser más desagradable.

Desde su fundación se le llamó Monasterio de las Huelgas, por estar emplazado en lugares que en todo tiempo fueron de recreo y de placer; de descanso, que en castellano se dice huelga.

Del pórtico se pasa al atrio llamado de los Caballeros, y en él se hallan los sepulcros de los caballeros de la Banda. La entreejiva es el adorno de ellos, con un rosetón artístico de pequeñas columnas con bellos capiteles. Forman un conjunto admirable.

El atrio da paso á la capilla de San Juan Bautista, amplia, espaciosa. Sirvió en tiempos pasados para enterramiento de los capellanes del Monasterio y Comendadores del Hospital del Rey.

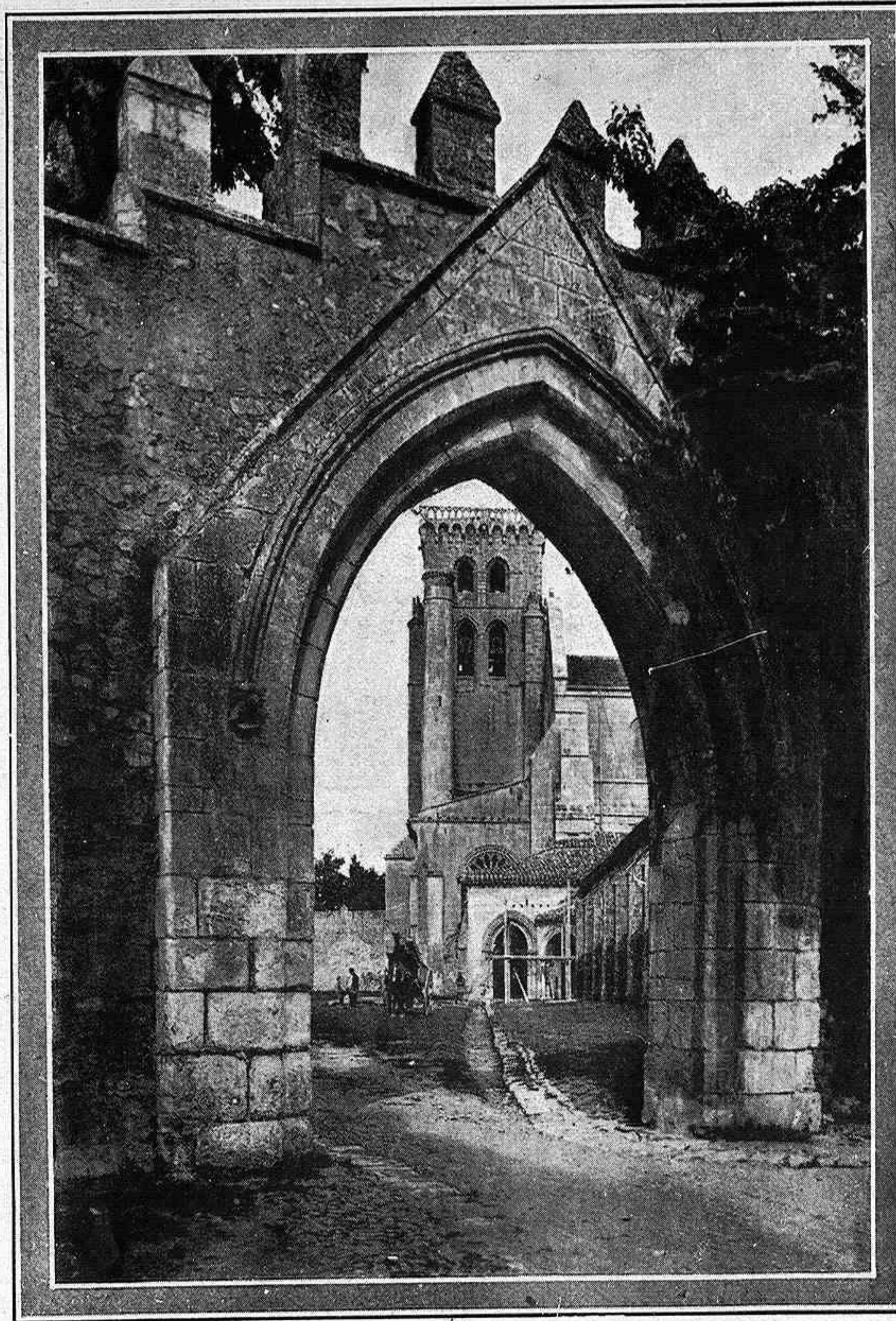
Artística, bella, suntuosa, es la iglesia. La bóveda, airosa y arrogante, de gran elevación, está sostenida por primorosas columnas, resultando un conjunto hermoso su delicada construcción y sus grandiosas ojivas. Es lamentable que sean todos sus altares de la escuela *churrigueresca*, que desentonan de tan armónico conjunto.

El coro de los capellanes se halla al lado izquierdo de la nave. Sencilla es la construcción de su sillería, de dos lados; pero no exenta de gusto artístico, principalmente los escudos que adornan los respaldales.

Frente al coro de capellanes puede admirarse perfectamente el de las religiosas. Es de una suntuosidad pocas veces vista, produciendo en el ánimo del visitante una grata sensación de arte, un efecto grandioso, sorprendente. Sus largas sillerías de nogal, talladas por artífices geniales; sus reclinatorios de la misma madera, suntuosos y artísticos, y coronando la sillería los escudos de León y de Castilla, de talla tan artística y señorial como la de la sillería y reclinatorios.

En el centro del coro álzase majestuoso y sublime el sepulcro de los regios fundadores, trabajado con tanto primor y arte que al contemplarle se duda si fueron los hombres quienes pudieron labrar tal maravilla.

Si el visitante se halla en el templo á la hora en que la Comunidad acude al coro, la visión es hermosa y fantástica. A través de la celosía, las siluetas de las monjas, airosas, de porte señorial, rítmicas y aladas, con sus blancos hábitos, se destacan poderosamente sobre el fondo obscuro de la sillería ó postradas de hinojos en los reclinatorios. Y sus voces dulces y cristalinas, entonando los salmos, resuenan bajo la airosa y arrogante bóveda del templo como música de ángeles, como música de fontana en el silencio de una noche santa.



Portada y atrio del convento de las Huelgas. Al fondo la torre de la iglesia

rio Doña Misol, y poco tiempo después ilustres damas hijas y nietas de Príncipes y Reyes hacían sus votos en esta santa casa, llegando á formar una Comunidad numerosa.

EL MONASTERIO Y SU CONSTRUCCIÓN

Es este Real Monasterio de Santa María de las Huelgas de gran mérito arquitectónico.

Pertenece á esa época tan definida—la época de la transición—en la que cesa el semicírculo bizantino y comienza el ojival. En este edificio tal estilo está desarrollado con maestría y acierto insuperables, con gran sentimiento de arte, con gran belleza.

La acción del tiempo puso en peligro el pórtico del Monasterio, derrumbándose en parte. Se reconstruyó no hace muchos años

LOS SEPULCROS REALES

En el coro, repetimos, se encuentran enterrados los fundadores, Don Alfonso VIII y Doña Leonor de Inglaterra. También se hallan en este lugar el sepulcro de la Infanta Doña Berenguela, monja, hija de San Fernando; de la Reina Doña Berenguela, hija del fundador, el rey bueno; de Doña Margarita de Austria, de la duquesa de Saboya y de la Infanta Doña Blanca, nieta cuarta de Alfonso VIII.

En la nave de Santa Catalina se hallan enterradas veintitrés, con Doña María de Aragón, abadesa, tía de Carlos I. En la nave de San Juan Evangelista, seis, con la Infanta Doña Blanca, monja, hija del Infante Don Pedro. En la capilla de San Juan Bautista, la Excm. Sra. D.^a Ana de Austria, abadesa perpetua, nieta de Carlos I é hija de Don Juan de Austria. Nueve religiosas más yacen en esta misma capilla.

En la del Capitulo, la primera abadesa, Excm. Sra. D.^a Misol de Aragón; la excelentísima señora D.^a Sancha de Aragón, tercera abadesa, y la Infanta D.^a Elvira de Navarra, vigésima abadesa.

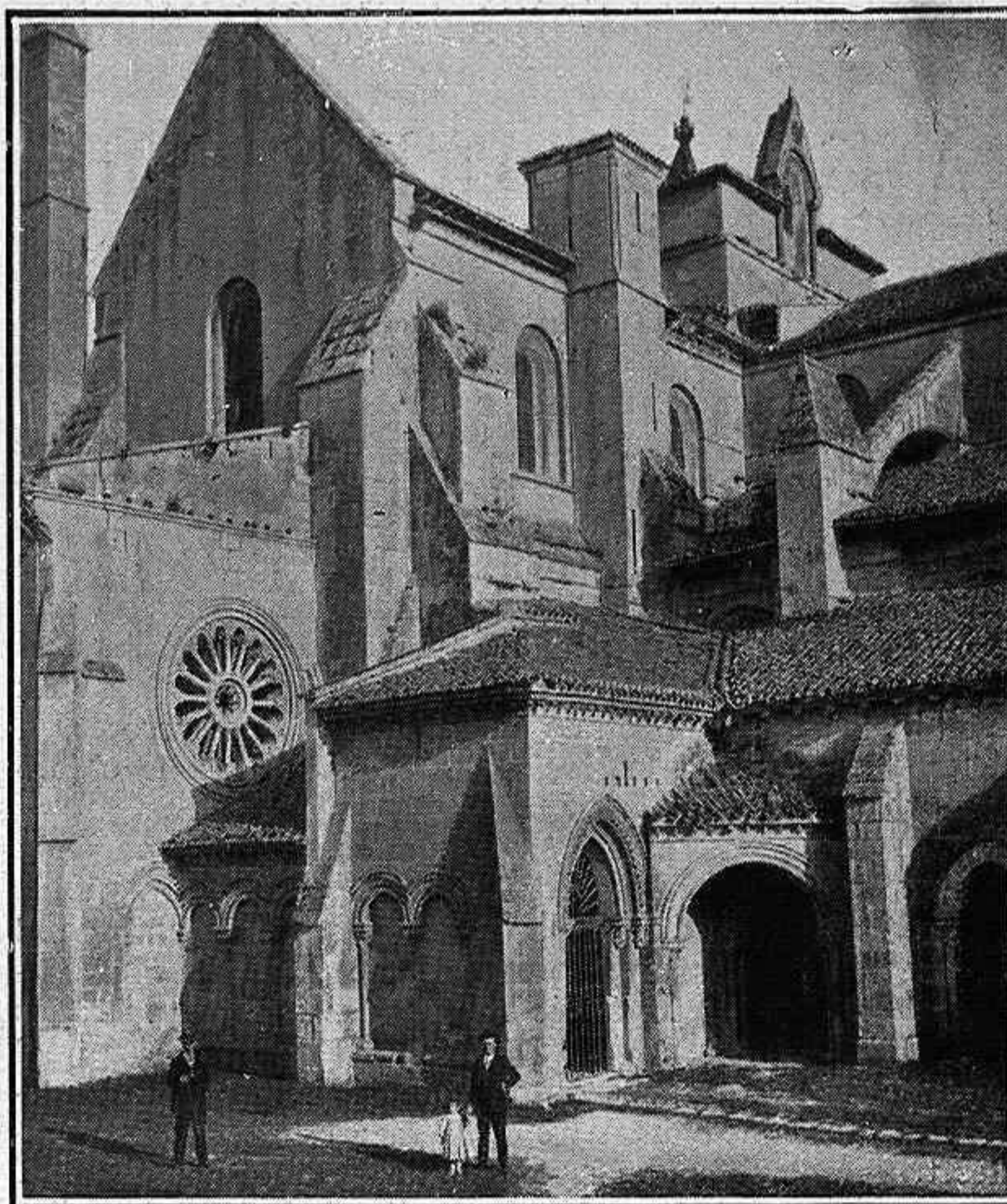
ACONTECIMIENTOS REALES QUE TUVIERON LUGAR EN ESTE MONASTERIO

Fué voluntad de Alfonso VIII que este Real Monasterio gozara de preeminencias y

privilegios, obligando por ello á que todo hecho memorable que pudiera ocurrir para ser celebrado en iglesia libre se efectuase en Santa María la Real de las Huelgas, como la más estimada y propia, que para ello la elevó al rango de excelencia.

El Rey Fernando el Santo, nieto del fundador, eligió este Monasterio para la solemnidad de armarse caballero, ceremonia que se celebró con gran pompa el día 27 de Noviembre de 1219.

Don Alfonso *el Sabio*, hijo del anterior, armó caballero en este mismo templo á Eduardo, Príncipe heredero de Inglaterra, en el año de 1253, y en esta iglesia se verificaron las grandes funciones con que al tiempo de celebrar sus desposorios en Burgos el Príncipe Don Fernando de la Cerda fueron armados caballeros los Infantes, condes y señores de Francia que componían el séquito de la Princesa Doña Blanca. Fué esta solemnidad en el año 1269, á la que dieron brillantez y pompa la presencia de Reyes, Príncipes, Infantes y poderosos caballeros,



Detalle exterior del convento de las Huelgas



Panteones de Don Alfonso VII y su hijo, Don Sancho III, en el Monasterio de las Huelgas

que en gran número vinieron á Castilla de todas las Cortes de Europa.

En este Real Monasterio fué coronado en el año 1379, día 25 de Julio, festividad del Apóstol Santiago, Don Juan I, recibiendo la corona en el mismo sitio y día su esposa doña Leonor. Después del coronamiento, el Rey Don Juan armó caballeros á cien señores que asistieron á esta solemnidad.

«DEL SALÓN EN EL ÁNGULO OSCURO...»

La tarde va cayendo mansamente; tarde tibia de otoño. Los rayos postreros del sol poniente penetran por las policrómicas vidrieras del templo... La luz solar se va extinguendo con los últimos salmos de las aristocráticas religiosas...

Terminada la cración, la Comunidad abandona el coro lentamente, en doble fila, como procesión de blancas palomas... El eco de las pisadas se pierde á lo lejos en el interior del claustro.

Las que fueron en el mundo elegantes y bellas damas, halagadas y mimadas por todos los dones, por todas las fortunas de la tierra, van á refugiarse en la intimidad de sus frías celdas, tristes y silenciosas, con el espíritu en Dios y con el pensamiento ¡quién sabe dónde!...

Al abandonar la santa mansión, ya en los postreros destellos del día, mi imaginación quiere penetrar en el interior del Monasterio, y me parece ver deslizarse por los solitarios claustros la alada y espiritual silueta blanca de una religiosa que suspira y llora corazón adentro.

Y mientras mis pasos se encaminan á la ciudad, mis labios, parodiando la poesía *El arpa*, de Bécquer, murmuran en silencio:

Del convento en el claustro sombrío,
sobre esbelta columna apoyada,
recordando su vida de joven
se encuentra sor Angela.

¡Cuántos sueños de amor y de gloria
como la hoja que el viento arrebató,
tronchó el fiero destino, agostando
en flor su esperanza!

«¡Ay!—pensé—Cuánta duda y zozobra
cubrió á de tinieblas su alma,
hasta que oiga una voz que le diga:
¡La tumba te aguarda!...»

JOSÉ L. BARBERAN

UN CONCURSO CANINO EN RICHMOND

LA FEALDAD DE MODA

EL perro, ese amigo del hombre al que, según un humorista no le falta para ser perfecto sino el poderle pedir dinero prestado, no pierde su interés, á pesar de los cambios y evoluciones que en todo van sufriendo gustos y costumbres.

Ni el *sport*, ni los avances del feminismo, ni el vértigo de velocidad, que son las características de nuestra época, han logrado anular la «personalidad»—dicho sea sin intención equívoca—que el perro ha tenido y tiene entre los humanos: su fidelidad es ya tópico aun en las especies más feroces, y, guarda y compañero, las mujeres siguen haciéndole objeto de su predilección.

Todas las naciones se complacen en perfeccionar con orgullo sus razas caninas. Pero la moda, que en esto también impera, esta tiránica deidad, hace á veces universal, en el favor de las mujeres, un tipo especial de perro. El «pomera-
nia», el «pequinés», el ruso, se han impuesto por temporadas en todas las latitudes.

Recientemente, en Richmond se ha celebrado un campeonato-exhibición de ejemplares de la raza canina. Los principales triunfadores en ese concurso decoran esta página. Y puede apreciarse la gran diferencia entre los perros favoritos de los expertos. El lulu blanco, de rizada pelambre y negro y agudo hocico, no decae en el favor de las damas. Pero, en contraposición, ved los otros ejemplares premiados... Son los perros feos, los raros animalitos que



Miss Perry Samoyed con su perrito «Loga of the Arctic», que, á falta de gran premio, ha obtenido una condecoración especial en el concurso de Richmond

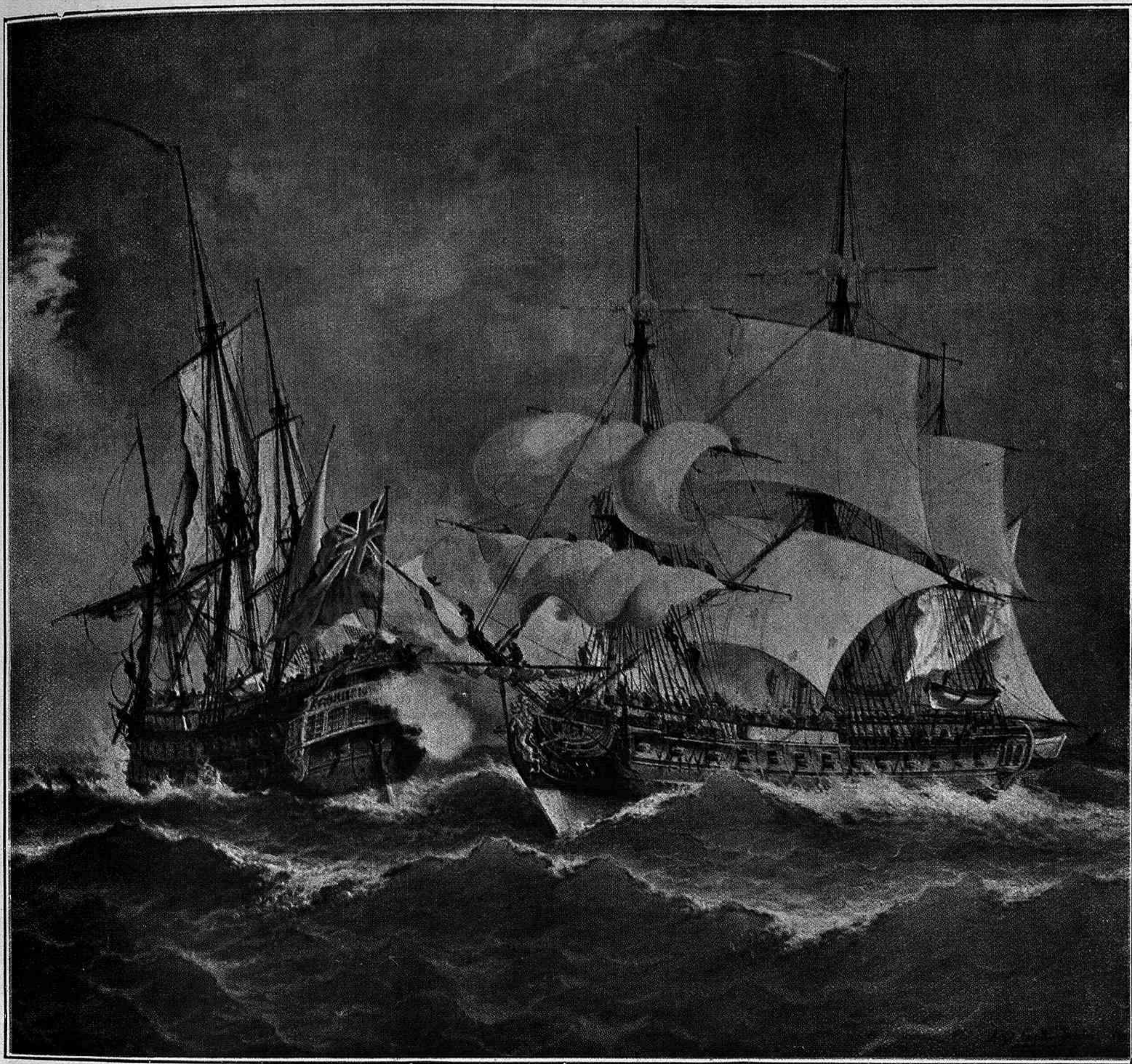
El peludo can «Firozof Zarni», tan maravilloso ejemplar, á juicio del Jurado, que para él han sido los tres primeros premios del campeonato



hubieran producido horror á nuestras abuelas. Y, sin embargo, son los dilectos de las mujeres de hoy. La fealdad está de moda. Se ama lo raro, lo extravagante y lo grotesco. Como en las muñecas—¡oh, cuán lejos aquellas *peponas* empalagosamente bonitas!—, en los perros triunfa el de más repulsivo aspecto. Las gentes han cambiado de sentido estético. Y así como sobre las melodías clásicas triunfa el horrisono *jazz-band*, el juguete grotesco y el perro feo son los más apreciados... ¿Qué concepto de la belleza se prepara con todo esto á la sensibilidad de las generaciones futuras?

La pareja fraterna «Albourne Reveller» y «Ch. Albourne Braw Lass», que han obtenido un valioso certificado en la Exposición de Richmond, que acredita el mérito de su limpia estirpe canina
(Fots. Agencia Gráfica)





«Victoria de la fragata mandada por Blas de Lezo sobre el navío inglés "Stanhoppe"», cuadro de Angel Cortellinque, que se conserva en el Museo del Ministerio de Marina

G E S T A G A L A N T E D E L C I D

Los pendones castellanos
 en las mezquitas ondean;
 triunfante, con su mesnada,
 el Cid ha entrado en Valencia.
 La fama del de Vivar
 repiten todas las lenguas,
 que si es con los hombres duro,
 es galán con las doncellas.
 Zoraida, la noble mora,
 está en lágrimas deshecha,
 que ella adora á Aliatar
 y hoy al vencedor la entregan,
 que ebria de sangre y victoria
 reclama la soldadesca
 tributo de plata y oro
 para su flaca gaveta
 y para barraganía
 las más gentiles doncellas.

Zoraida solloza, en tanto
 que sus criadas la peinan.
 —Al caballero cristiano
 deslumbrará tu belleza.
 —Se lleva la flor más pura
 de los huertos de Valencia.
 —¡Malhaya de mi donaire,
 malhaya que así me lleva
 al capitán enemigo
 como una nupcial ofrenda!
 Como las alas del cuervo,
 negras son sus largas trenzas;
 sus ojos, aunque están tristes,
 son de extremada belleza.
 Para las trágicas nupcias
 ya está Zoraida dispuesta,
 y va llorando hilo á hilo
 como una dulce cordera.

Un hidalgo de Castilla,
 soñador como un poeta,
 anda al claro de la luna
 por las torcidas callejas.
 Viendo llegar á la mora,
 galán, el paso la deja,
 y con el puño en la espada
 pregunta y ella contesta:
 —¿Dónde va la más garrida
 de las mozas de Valencia?
 —Voy, porque Alá así lo quiso,
 al dolor y la vergüenza,
 que amando al moro Aliatar,
 voy, porque el Cid lo desea,
 á pagar con mis caricias
 los tributos de la guerra.
 —¡Miente quien dijo que el Cid
 hace fuerza á las doncellas!

Allá en tierras de Castilla
 me está aguardando Ximena,
 que es la doncella más casta
 y de más alta belleza.
 ¡Por Ximena y por la cruz
 de mi espada, libre quedas!
 Dile al galán á quien amas
 cómo el Cid tu amor respeta,
 que si es con los hombres bravo
 y es de hierro en la pelea,
 ante una mujer que llora
 tiene el corazón de cera.
 Y hasta el umbral de su casa,
 para que nadie la ofenda,
 llevó al Cid como escudero
 la morisca de Valencia.

EMILIO CARRERE

El amor á través del tiempo, visto por el «film»



La canción eterna en una época no muy lejana, y que, sin embargo, parece viejísima: la damisela pudorosa y el galán «cow-boy», en la floresta saturada de aromas, se dicen sus amores



En la umbría que tiende sus sombras cerca del mar, los enamorados actuales entonan el lírico diálogo en los mismos trajes con que luego buscarán las caricias de las ondas

HACIA las postrimerías de la famosa comedia benaventiana aparecen Pantalón y el Doctor. Siempre fueron amigos, aunque en este momento no lo parezcan. Y quizá es un precavido acierto del autor no habernos descubierto su amistad en momento tan grave como el de administrar justicia. Algunos latines del doctor prendieron, sin embargo, en las vestiduras del señor Pantalón. Así, á las veces, demasiado conocedores ambos de sus mutuas trapacerías pseudoeruditas, discrepan, disputan y discuten. Así también en algún instante de la obra de Benavente. (Y se apunta con ello otro acierto del autor.)

Tal como le vemos ahora no parece corresponder Pantalón al prestigio de su nombre. Este proviene, en efecto, de la sincopación de las palabras *pianta di leone* (planta de león), que parecen prestigiarle con cierto aire bizarro y gallardo. Pero no conviene creerlo demasiado. En definitiva, le ha ocurrido quizá con el nombre lo mismo que con la vida: es una víctima del engaño. Porque su origen veneciano, al pie del león de San Marcos, puede haber sido, sin duda, la única causa de ese nombre con que le bautizaron más por burla y befa que otra cosa.

Pero oigamos ahora á Pantalón en *Los intereses creados*:

Al aparecer en escena, ya nos hiere los oídos con su desgarrado gemir imprecatorio: «¡Justicia! ¡Justicia! ¡Mi dinero! ¡Mi dinero!» A cada momento repite esta terrible y desolada queja. Y sólo deja de decirla para interpolar en la común contienda frases como estas:

«¡No escapan! ¡No escapan!» «Como nada perdisteis.» «¿Dónde está el otro pícaro?» «Todo fué quedarnos sin nuestro dinero.»

No hay por qué oírle más. Su desventura está clara. El pobre Pantalón—bien se ve—ha sido víctima de un engaño. Perdió ó le arrancaron con malas artes su dinero. Y grita y se desespera.

Pues bien, este es el destino de Pantalón. Desde sus orígenes—*Euchlón*, en Plauto; *Casmar* y *Pappus*, en las *Atelanas*—, Pantalón—por dura ley de una fatalidad implacable—es víctima del engaño y la marrullería del prójimo, su amigo, su hijo, su criado. (En la comedia de Benavente, víctima de Crispín.) A este solo rasgo puede reducirse la biografía escénica de Pantalón. Benavente ha demostrado conocerle á fondo, al trasladarlo al retablo vivo de *Los intereses creados*. Y todavía se comprende esto más al examinar en esta obra las otras cualidades que á Pantalón adjudica el autor.

Veamos, en efecto, qué es, en definitiva, lo que á Pantalón le ha sucedido con Crispín y Leandro. El mismo nos lo va á narrar con descompuestas y doloridas voces:

«Dejadle, señor Polichinela, que éste es asunto nuestro, que al fin vos no habéis perdido nada. Pero yo... ¡todo mi caudal, que lo presté sin garantía! ¡Perdido me veré para toda mi vida! ¿Qué será de mí?»



V PANTALÓN Y SU AMIGO EL DOCTOR

Asoma aquí—hasta en el dolor con que alude á la falta de garantía—la condición avariciosa de Pantalón. Si algo había de poder más que ella, fué, sin duda, la vanidad. Dos rasgos esenciales que el autor ha recogido diestramente. Sólo prescindiría de la garantía por la cobranza de la amistad de un tan alto señor como Leandro. En este juego de granjerías cree haberlo perdido todo, y entonces la vanidad cede paso á la avaricia. Magnífico acierto. (Recuérdese que en el siglo XVII á Pantalón le habían crecido desmesuradamente las uñas, según se le veía aparecer en la farsa.) Téngase en cuenta que de esta arcilla avariciosa de Pantalón creen muchos que se formó el barro en que fueron modelados personajes molierescos, tales como Arpagón y Orgón.

Hemos dicho, siguiendo la trayectoria de Pantalón en *Los intereses creados*, que la vanidad cede el paso á la avaricia. En el juego escénico de la obra, tan bien logrado, ello motiva precisamente las frases de menosprecio y censura que el atribulado personaje dirige á su amigo el Doctor. En aquel momento no atiende más que á su dinero perdido y á su deseo de que se haga justicia pronta, radical y absoluta. Por eso pasa á segundo término su amistad con el Doctor, que es hija, ante todo, de su vanidad, de su deseo de aparecer *personaje*, persona de autoridad y prestigio.

Ahí quiebra la amistad. ¡Al diablo los miramientos! «¡Dejadnos de embrollos, que bien conocemos vuestra justicia!» «¡Basta, basta, que acabaréis por decir que fuimos nosotros los culpables!»

¡Ah!, qué estúpidos le parecen ahora al pobre Pantalón los diálogos que antes juzgara amenos é importantes con su sabio amigo el Doctor.

Este doctor, amigo de Pantalón, es personaje de muchas campanillas. Aparece en todas partes, lo revuelve todo, de todo entiende, en todo dictamina. Finalmente, con este carácter proteico sube á escena en 1560. Drucharte, que le ha seguido en todos sus pasos, dice que ha sido «filósofo, astrónomo, hombre de letras, cabalista, abogado (he aquí el ascendiente del Doctor benaventino), gramático, diplomático, médico». Es hombre prosopopeico, pero ladino. No ignora nada, de *omnia re scibili*. Uno de los primeros nombres que adopta al pisar las tablas—y con él

se define—es el de Pluscuamperfecto doctor Gracián Partesana de Francolín.

Bastan estos antecedentes sumarios para comprender con cuánta exactitud conoce el autor de *Los intereses creados* la filiación de este doctor pluscuamperfecto. Quien recuerde la obra lo comprenderá fácilmente y admirará todo el acierto que resplandece en ella al comprobar el que patentiza el pergeño escénico de un personaje que, como el Doctor, es episódico y secundario en la farsa.

Guárdense en la memoria algunas de las profundas y magníficas sentencias y definiciones que formula el Doctor benaventino con su huera y calma prosopopeya enfática, y compárese, por ejemplo, con estas que entresacamos de las «ciento quince conclusiones del Pluscuamperfecto Doctor Graciano Partesana de Francolín:

«El que siempre yerra tiene más razón que otro.»

«Un navío en alta mar está lejos del puerto.»

«Quien duerme no está despierto.»

«Un hombre de Ferrara no puede ser de Mantua.»

Basta esta sencilla comparación para comprender cómo el Doctor de *Los intereses creados* está íntimamente ligado, en cuanto á su pergeño literario, con aquel otro lejano Pluscuamperfecto Doctor de la Comedia italiana.

También se advierte en seguida, á poco que se ahonde en el estudio de esta figura, que de ella arranca el conjunto vivaz, regocijante y famoso de los médicos molierescos.

Por lo demás, los asuntos de este Doctor, que sabe tanto sin saber de nada, se hallan en muchas y distintas obras del teatro contemporáneo.

Recuerdo á este respecto, y lo cito ahora como curiosidad, el *sabi Bricaut* de una obra lírica de Apeles Mestres (con música del maestro Morena), que, si no recuerdo mal, se titulaba *Joan del os*. De él decía otro personaje de la misma obra, el valiente *Verdolaga* (Scaramouche), que «conoce todas las ciencias, palabra por palabra», y otro personaje añadía:

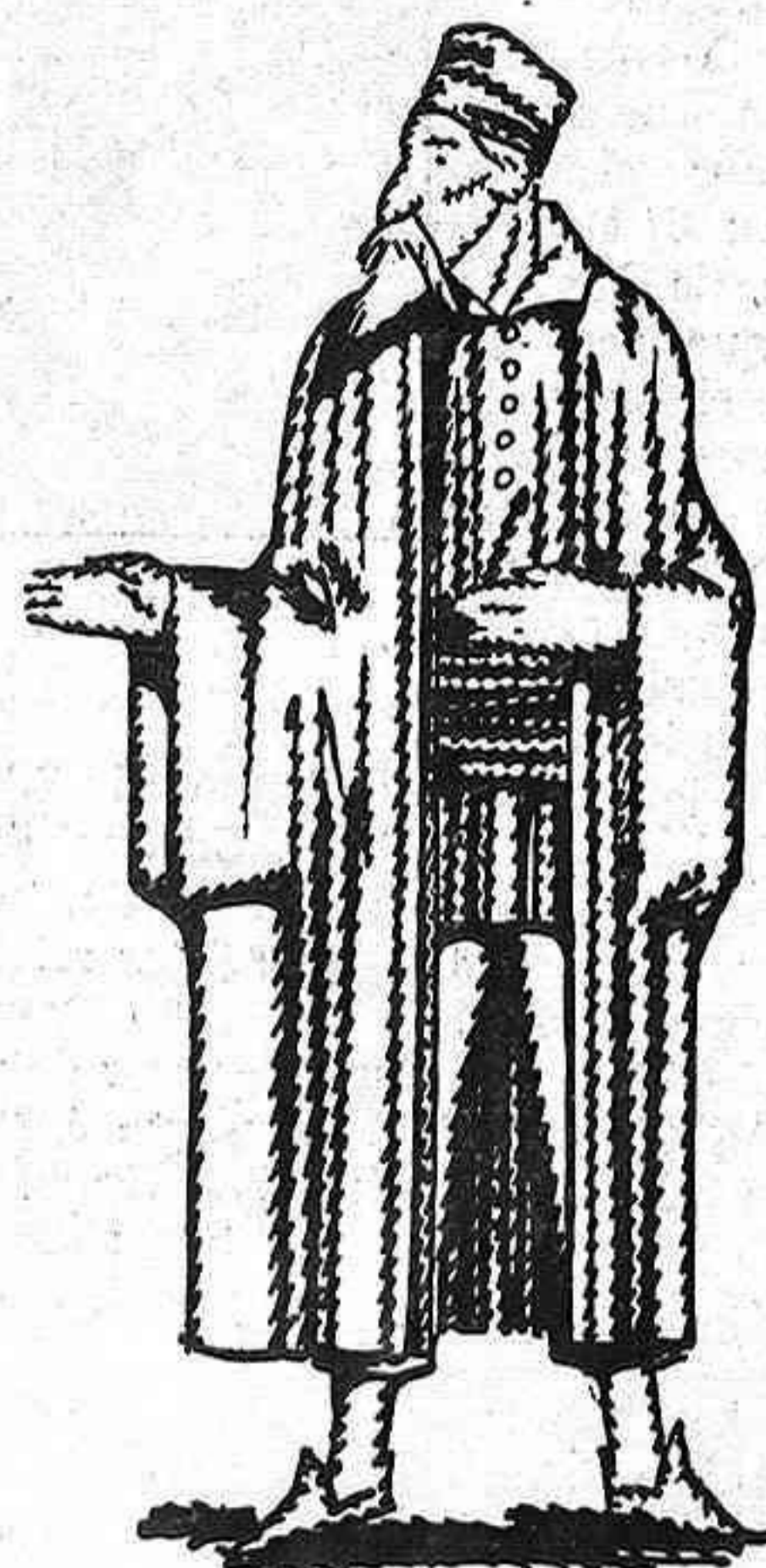
«El sab que la terra,
se sembla a un formatje,
que'l mar cria peixos,
que'l most emborrata,
que'l mes de julio!
no es bo pendu el sol...»

Que traducido á prosa llana quiere decir: «El sabe que la tierra parece un queso, que el mar cria peces, que el mosto embriaga, que en el mes de Julio no es bueno tomar el sol...»

Volviendo á nuestro asunto, conviene declarar que las dos figuras de Pantalón y el Doctor son, finalmente, de las que con más fidelidad ha llevado á las tablas el Sr. Benavente, entre todas las que ha escogido del vasto cuadro de la Comedia del Arte.

RAFAEL MARQUINA

(Dibujos de Aristo-Téllez)



COMO SE ENGENDRA EL MODERNISMO

(DE REMBRANDT A CEZANNE)

UN crítico francés que ha revisado recientemente, encomiándola como merece, la obra de Honorato Daumier, comenzaba su estudio con estas palabras: «Por diversas que sean las formas de actividad intelectual de que está compuesta la actividad humana, todas tienen un sello común.»

El hecho es cierto, y se explica por qué, á través de todas las diferencias psicológicas, étnicas, de tiempo, de lugar, etc., que son más ó menos limitadamente individuales, hay siempre un *substratum* específico, común á todos los hombres, del que nacen tipos diversos por los diversos tipos de cultura.

Por esa razón, suele ser fecundo en ideas y en observaciones el estudio comparado de artistas de épocas y países diversos y aun remotos entre sí, y ha de ser forzosamente más fecundo, aun cuando se tiene la fortuna de hallar para la comparación elementos tanto más directamente comparables cuanto más grandes sean sus semejanzas aparentes, ó, mejor dicho, externas.

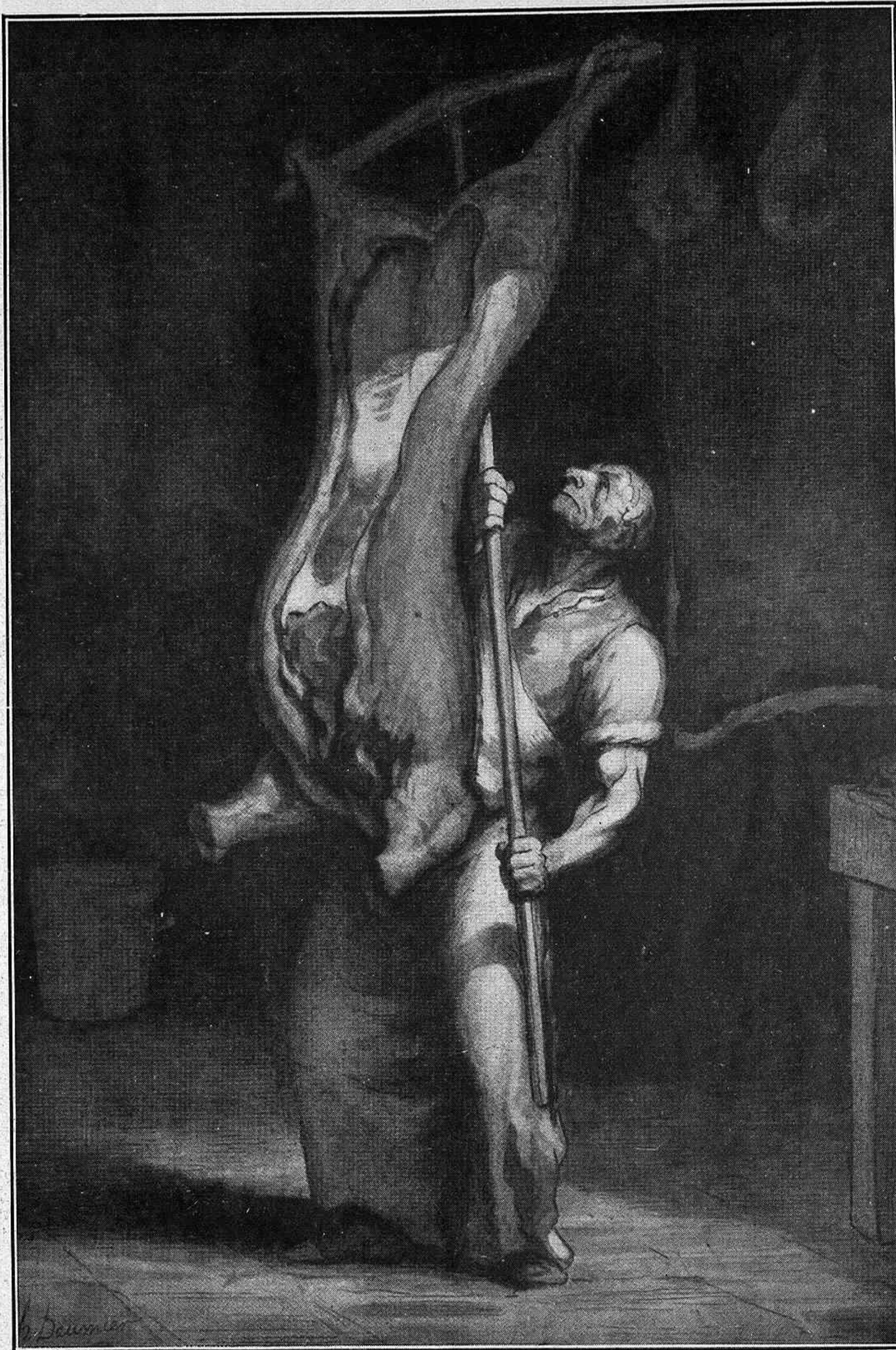
Así, tiene excepcional interés comparar las dos obras pictóricas que reproducimos con estas líneas: *El buey desollado*, de Rembrandt, que se conserva en el Museo del Louvre, y la acuarela de Daumier *Le boucher*, conservada en una colección particular y reproducida en

el estudio de Zervos, á que hemos aludido, y ha publicado la revista francesa *Cahiers d'Art*.

La comparación tiene más interés actualmente, porque los pintores modernistas reivindican como propia la obra de Honorato Daumier, á quien consideran como un precursor de un arte novísimo: Eduardo Fuchs dice que á Daumier deben su celebridad Millet, Van Gogh, Dugas, Rodin, Cézanne y Toulouse-Lautrec, nada menos.

«Una parte del arte contemporáneo —afirma Fuchs— depende de Daumier.»

Pero el mismo autor reconoce que Daumier, y en esto le considera igual á todos los grandes artistas, por innovadores que sean, no es fruto



«El carnicero», cuadro de Daumier, de propiedad particular

de generación espontánea: tiene antecedentes que están en Miguel Ángel, en Rembrandt, precisamente en Rembrandt, en Jordaens y en Goya.

De Miguel Ángel—según Daumier mismo— tuvo la espiritualidad: de él aprendió la grandeza del gesto; de Rembrandt, la emocionante fuerza de concentración interior que enseña á traducir los secretos más íntimos del espíritu; y de Goya, el audaz «salvajismo», que había de llevarle á una concepción más personal y más nueva del arte pictórico.

Daumier no plagió, sin embargo, á ninguno de sus modelos; con personalidad recia y robus-

ta se los asimiló, y se hizo un arte personal y propio que había de ser fecundo en orientaciones nuevas al caer sobre otros espíritus privilegiados. Daumier sentía muy hondamente el arte y pintaba tal como le sentía, sin exageraciones ni dislocamientos de escuela; era novísimo é innovador, porque sentía la pintura de una manera nueva, no por deseo puramente mercantil de seducir al cliente. De seguro, hay en su pintura más satisfacción personal que anhelo mercantilista.

Quizá en eso está su fuerza de perduración: Daumier, como tantos otros maestros del arte, pudo ser desdichado en su tiempo; pero la revisión ha comenzado ya, y Daumier es de los artistas que perdurarán. No puede asegurarse otro tanto de algunos «maestros» actuales, de esos que han hecho escuela más por la estridencia que por la solidez de su arte. Daumier no fué jefe de escuela, en ese sentido idolátrico; pero su influencia sobre Cézanne y Rodin, por ejemplo, fué un verdadero y real apostolado.

Un cuadro de Daumier muestra claramente la orientación espiritualista del gran pintor: es el que representa á *Don Quijote y Sancho*, existente en una colección particular y reproducido ahora con motivo del estudio de Fuchs. Discutible quizá en muchos

aspectos, muestra bien la elevación ideológica del personaje capital, y hay en la desproporción y en la desarmonía del caballo en que le monta algo de rebuscamente irreal que sería caricaturesco si no tuviese otro fin más alto.

Precisamente la acuarela que con estas líneas reproducimos—*El Carnicero*—demuestra, como tantas otras obras de Daumier, que su autor era un apasionado del natural y sabía reproducirlo. No sólo en la pintura de trozos, sino en cuadros que dan una honda sensación de realismo, como *El vagón de tercera*, y en cierto modo también *La lavandera*, que puede admirarse en el Museo del Louvre, y en que, como en *La ronde*, por

ejemplo, se ve claramente la influencia, en el buen sentido de la expresión, de Goya, y hasta qué punto Daumier trabajaba amorosamente sobre el natural.

De Daumier, en ese sentido, podría decirse lo que Tubino, con tan justa razón, dijo de Murillo: que para llegar á la espiritualidad de sus figuras célicas se hizo antes una preparación, que se revela con toda claridad en el *Muchachomendigo*, que se despioja en el Museo del Louvre.

Tal vez la acuarela de Daumier que reproducimos hoy es un alarde de ese dominio del natural: no es dudoso que el pintor francés conocía *El buey desollado*, de Rembrandt, que seguramente vió y estudió en el Louvre, y más que el carnicero, aunque ese sea el título de la obra, interesa en la acuarela la reproducción realista del buey que está colgando.

Ese trozo de la obra es el que puede concentrar la atención comparativa preferentemente.

Ese camino que siguieron en los grandes aciertos de la pintura aun los pintores más aparentemente espiritualistas, es el camino lógico, y no es otro el que siguieron los más grandes poetas para llegar á sus obras más intensamente imaginativas; digan lo que quieran los que creen que en la poesía todo es imaginación, es fácil encontrar en las obras que parecen más alejadas de la realidad la huella intensa de la realidad misma: la imaginación construye siempre sobre sensaciones, que pueden ser más ó menos remotas y aparecer más ó menos esfumadas; pero existen siempre, y sólo pueden ser fruto de los excitantes

que ofrece la realidad misma. Zervos, en su estudio sobre Daumier, percibe y señala bien esa necesidad de sensaciones afirmada antes por los psicólogos. Así escribe:

«Daumier ha comprendido, más que ningún otro pintor francés del siglo XVIII, el sentido exacto de la abstracción pictórica, que preocupa en el más alto grado á la verdadera pintura actual. Estudiando bien su obra, se comprende que la abstracción no es sino la descripción de lo que hay de esencial en la Naturaleza y la demostración de la potencia de síntesis del espíritu humano.

«Contrariamente á todos los pintores actuales,

que quieren crear la abstracción de la Naturaleza sin conocer su significación exacta, sin poder dar la precisa definición de los elementos que la componen, Daumier ha comprendido que el primer paso hacia la abstracción consiste en tener verdaderas impresiones ante la realidad; que

la relación exacta de ella con la Naturaleza.

«La llama de su imaginación transformaba completamente lo real, hasta el punto de modificar de un modo absoluto sus apariencias.»

Pero no sería difícil encontrar, á través de esas apariencias nuevas, que bien pudiéramos denominar falaces, la realidad misma, de que partieron. Esa es la diferencia esencial con otros pintores que buscan la abstracción huyendo de la Naturaleza; en ellos la realidad no aparece nunca, y por no tenerla por base, su obra forzosamente ha de ser inconsistente, como todos los artificios de la moda.

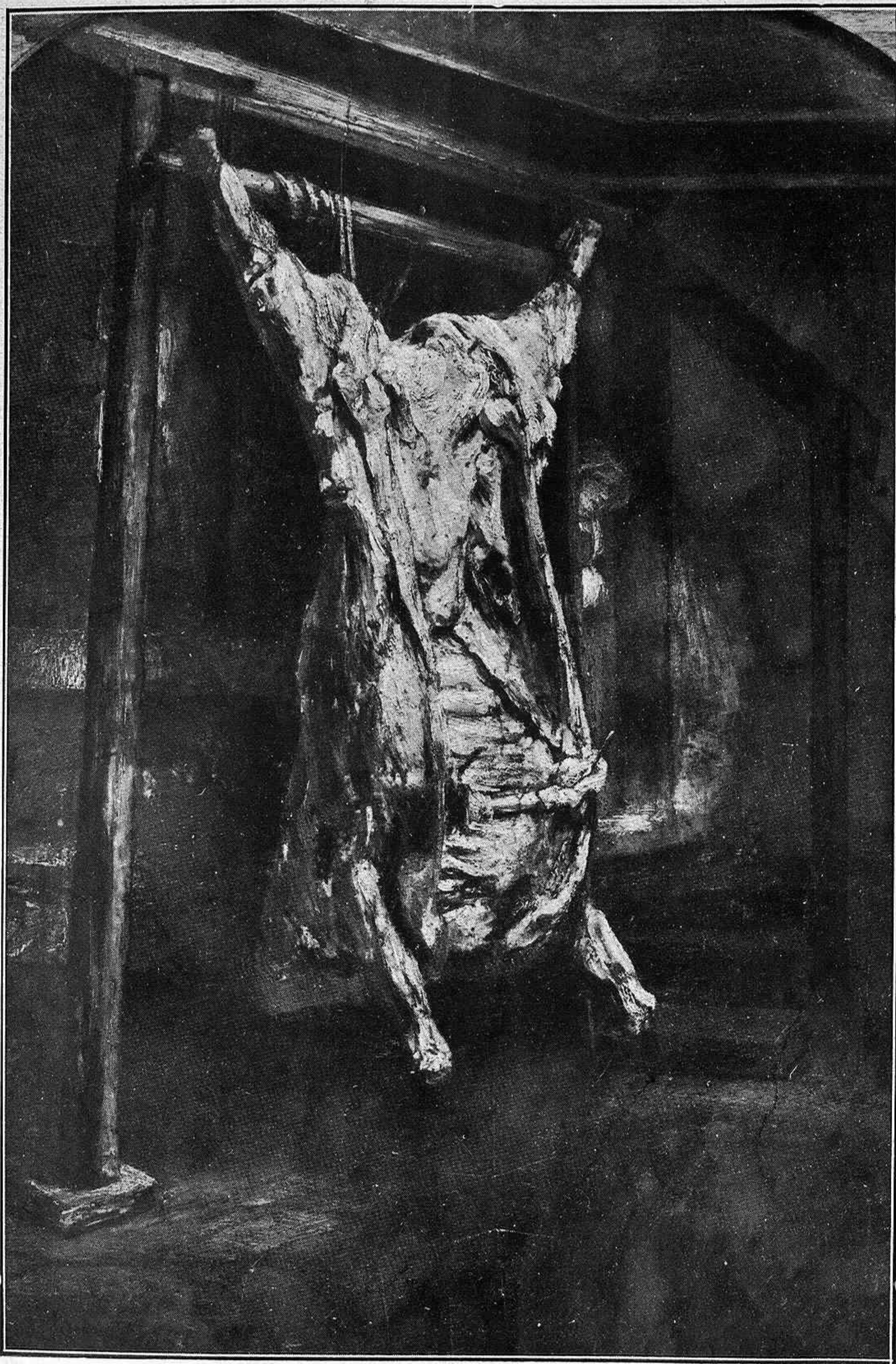
Ciertamente que no puede llegarse, partiendo de ese punto de vista fundamental, á la afirmación de que el arte ha de vivir encerrado en ese realismo seco y sin finalidad ulterior ó más elevada: son los extremos viciosos de que siempre es necesario huir; en el único sentido en que cabe admitir ciertas exageraciones del arte actual, es como reacción contra esa tendencia de la pintura que ha perdurado durante algunos años, y que limitaba el arte pictórico á lo que se llamó justamente «pintura del trozo». Ese puede ser un momento de la evolución de un artista, pero no una fórmula definitiva de arte.

No es lícito encerrarse absolutamente en lo real, pero lo es menos prescindir absolutamente de él. Zola, el pontífice del naturalismo, dijo que el arte era la realidad vista á través de un temperamento. Los dos factores son igualmente necesarios, y si uno se anula, diría un matemático, el producto se anula.

De todos modos, de la comparación de las obras de Rembrandt y de Daumier, que reproducimos, podría sacarse una conclusión vieja que olvidan demasiado los que piensan que los genios pueden darse por generación espontánea. Ninguno de los más grandes artistas del mundo ha negado sus antecedentes, y no sería difícil, con los datos de las pinacotecas, seguir las filiaciones más interesantes.

De Rembrandt á Cézanne, pasando por Daumier, hay ya una larga serie de obras y de autores, y esa serie se prolonga indefinidamente, porque ni Rembrandt la inicia ni Cézanne la pone fin.

SANTIAGO HERRERA



«El buey desollado», cuadro de Rembrandt, existente en el Museo del Louvre

es necesario al artista vigilar todas las imágenes que existen en el mundo, todas las apariencias exquisitas de los objetos, todas las potencias, atractivos que la vida ofrece, para producir esa especie de impresión más ó menos particular, más ó menos única, á que denominamos abstracción.

«La obra de Daumier nos muestra que cada objeto tiene virtudes propias para ponernos en el camino de lo innominable. Lo importante para él era, pues, recordar en cada instante y dejarse emocionar profundamente por la presencia de las cosas. Desde ese momento no necesitaba saber lo que era la abstracción, ni cuál era



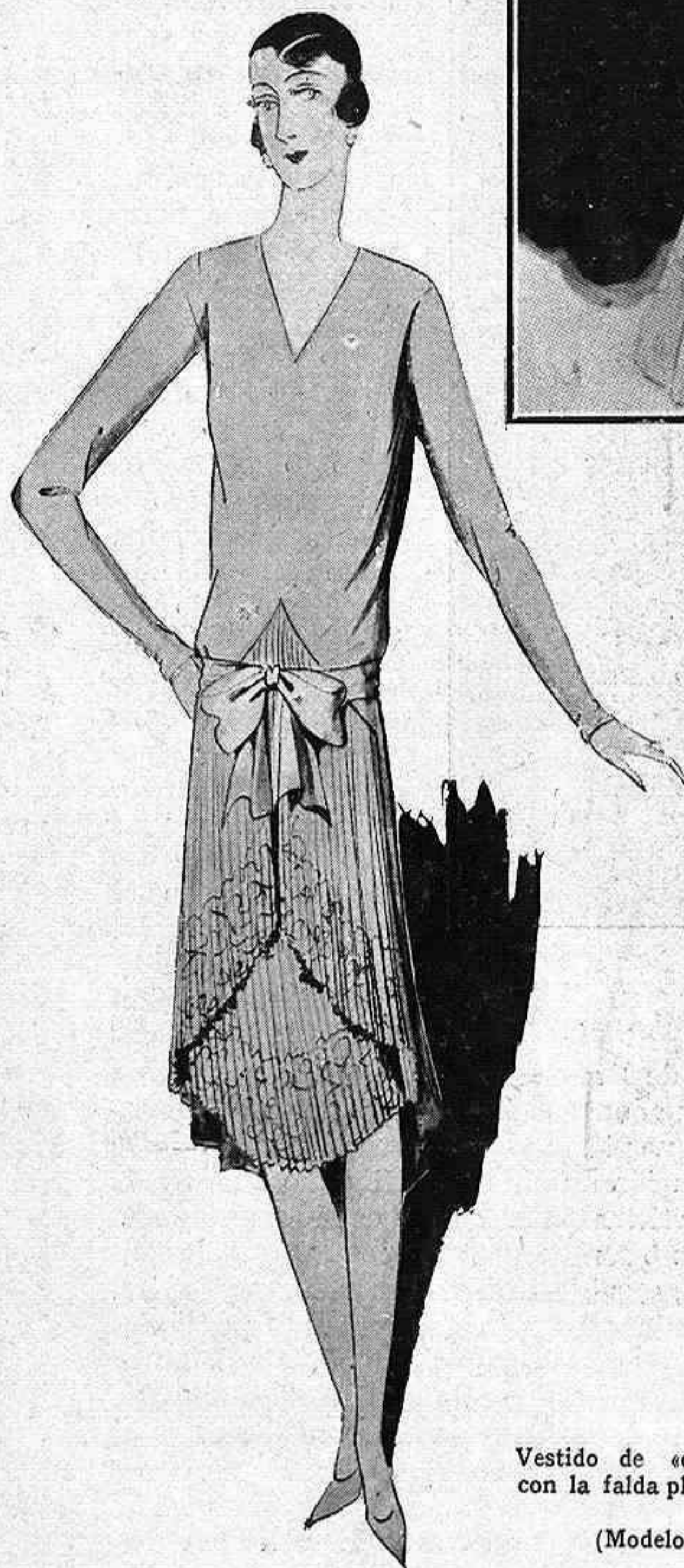
Elegancias



Vestido de tul bordado con una gran lazada al lado derecho

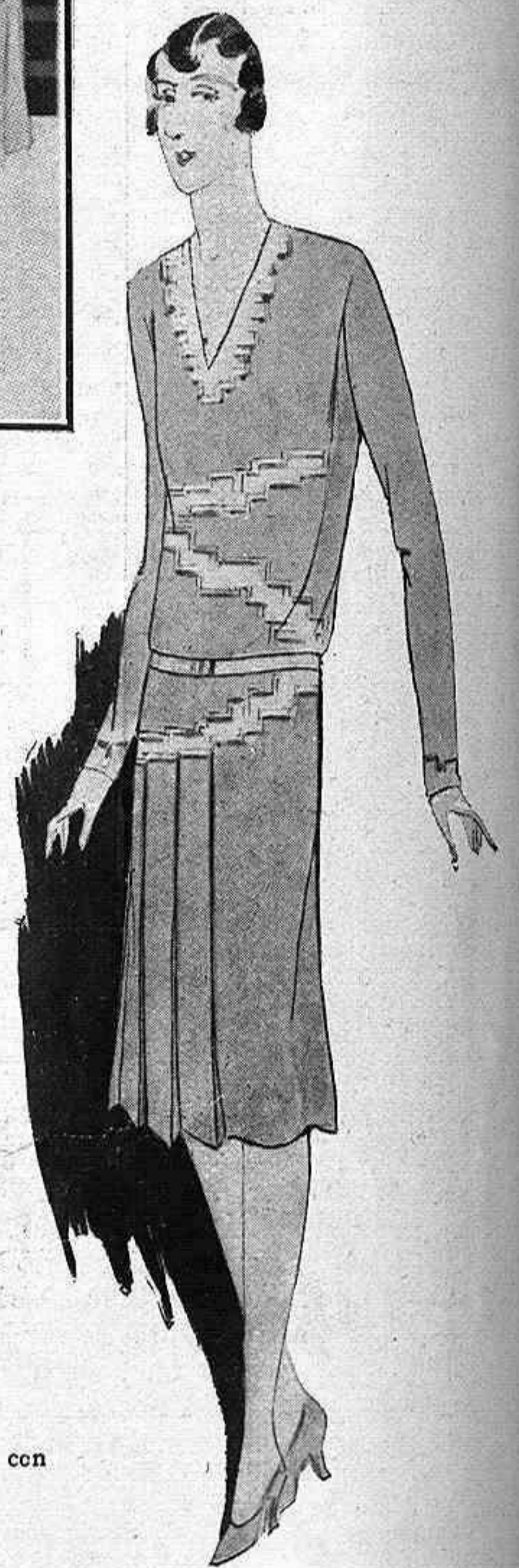
Vestido de tafetán azul pálido

Vestido de crespón negro con un lazo de tul azul



Vestido de «crêpe georgette» con la falda plisada y bordada

(Modelo Drecoll)



Vestido de «crêpe marocain» con bordado en seda

(Modelo Goupy)

LA moda ofrece en la próxima temporada de invierno muchas novedades dignas de tenerse en cuenta.

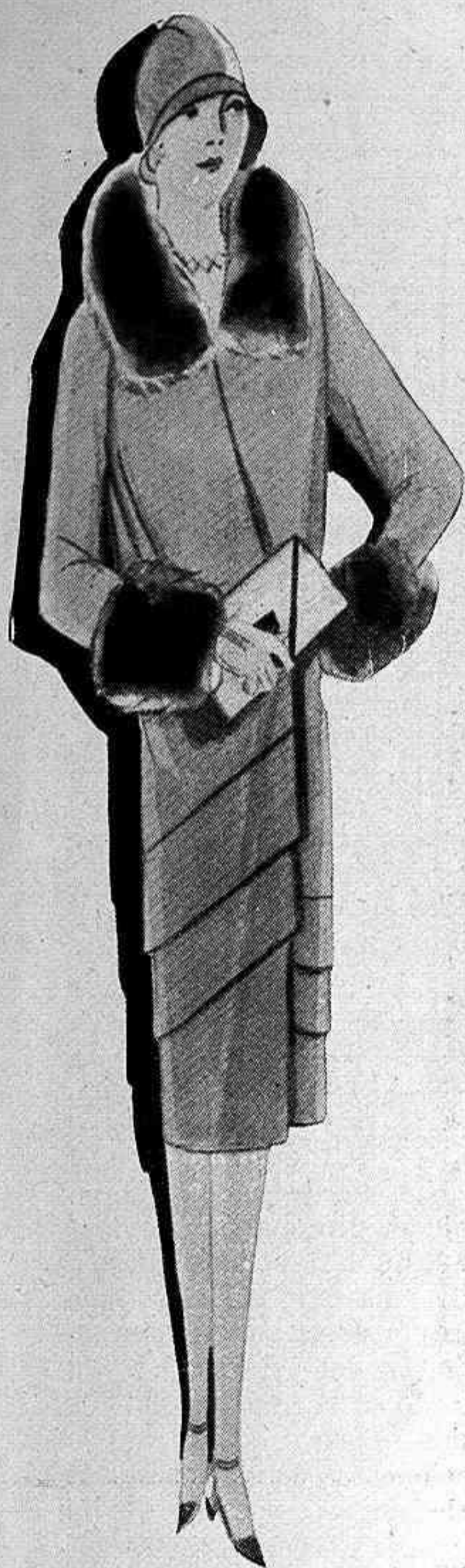
Los *jerseys*, prenda esencialmente deportiva, se verán mucho en la ciudad, produciendo una orgía de colores luminosos.

Hemos de ver uniones de colores muy extrañas, como, por ejemplo, *beige* y negro, amarillo y azul añil, azufre y azul marino, rojo y castaño oscuro, cuero claro y rojo fuego, gris y amarillo tierra.

La lana tejida con hilillo de plata produce creaciones maravillosas; ahora se estudia el procedimiento de realizar este trabajo en seda, esperándose que los resultados han de ser prácticos y bellos.

Nuevamente van á llevarse los *moirés* estampados de calidad muy fina.

Los *lamés*, ligeros como las alas de una mariposa y con idénticas irisaciones y tonalidades que ésta, ocupan ahora puesto preeminente para los trajes de noche, bellos y suntuosos.



Abrigo de «crêpe marocain» con guarnición de «skung»



Vestido de seda negra con el talle en su sitio

(Modelo Nicole Groult)



Abrigo de «crêpe marocain» azul marino con adorno de trencillas

Los abrigos de entretiempo, ó para los días tibios del invierno, se hacen de un tejido de lana de aspecto muy grueso; pero, en realidad, fino y de poco peso. Es una tela muy adaptable y de un confort exquisito que ha de tener mucha aceptación.

Los jerseys tricotados á mano, haciendo malla como las cotas de los guerreros, son lindísimos, y más aún las sedas creadas al efecto; en la madeja son unas brizas de hilo tan poco consistente como la lana denominada «pelo de cabra»; pero en el conjunto del jersey nos dan la sensación de una cosa fuerte y consistente.

También son muy lindos los jerseys tejidos á la manera de un encaje sumamente fino.

Las clásicas lanillas inglesas hacen furor, sobre todo las que forman dibujos en diagonal, espiral ó motivos oblicuos. Son tejidos de una complejidad dis-

creta, cosa que caracteriza á todas las telas que hemos visto en las colecciones del invierno próximo.

Los terciopelos han resurgido después de tantos años de estar relegados al más lamentable de los olvidos. Realmente, no se comprende tamaña indiferencia después de contemplar y reconocer lo que este bello tejido favorece y lo bien que cae y se adapta al cuerpo.

Los terciopelos actuales son algo maravilloso, principalmente en lo que se refiere á la estampación, conseguida de manera perfecta, á pesar de las muchas dificultades que ofrece este tejido, siempre susceptible á chafarse. Son lindísimos los terciopelos negros decorados con grandes flores y pájaros á todo color. Ellos ofrecen á la fantasía de los modistos franceses motivos é ideas muy originales para la creación de sus trajes de tarde.



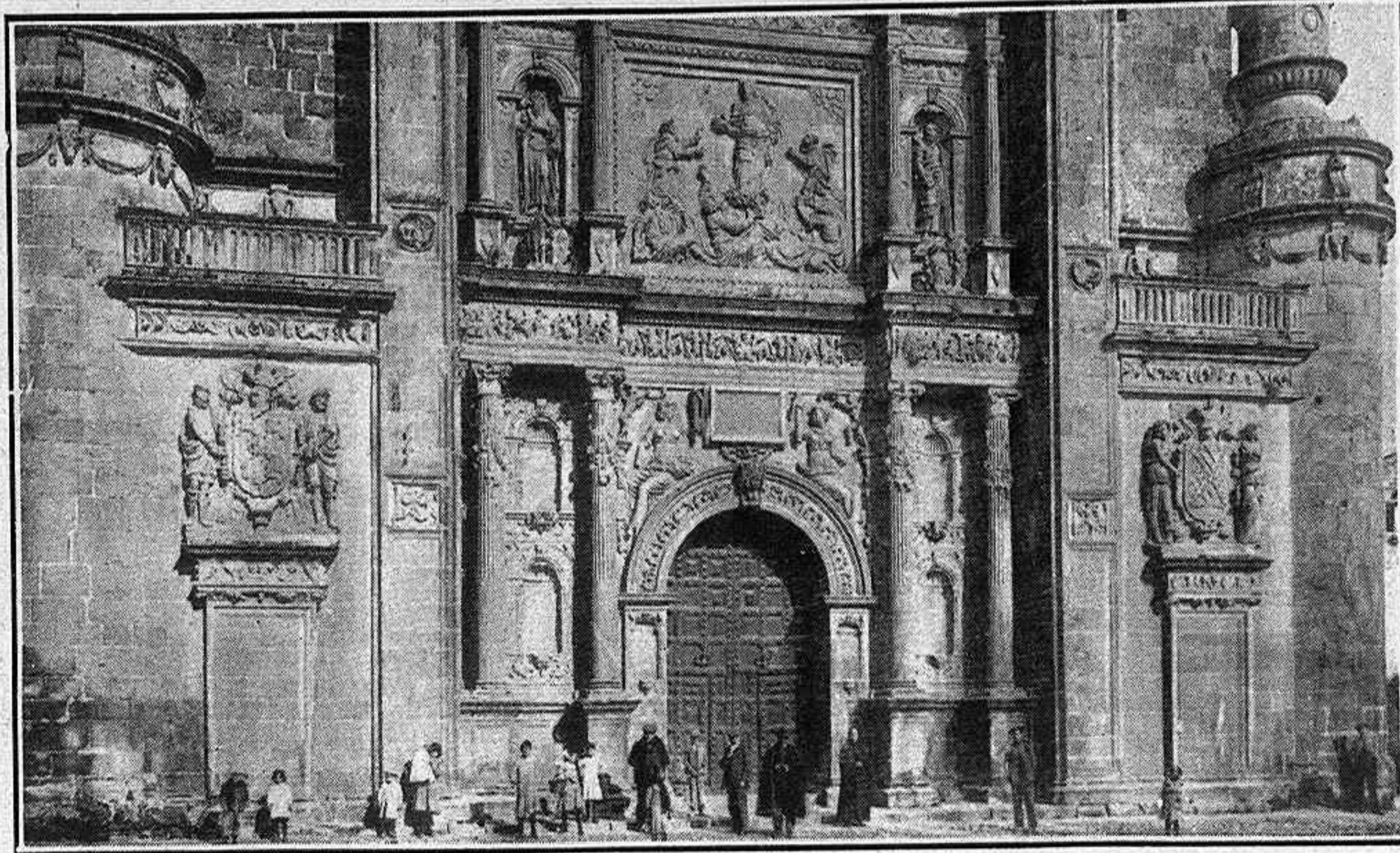
ANGELITA NARDI

CIUDADES DEL RENACIMIENTO

LOS TESOROS DE ÚBEDA

EL SALVADOR

HEMOS vuelto á Ubeda, atraídos por su belleza, un poco mustia, como si temiéramos que de un día á otro desaparezca y ya no la volviéramos á encontrar. Vivirá, sin embargo, más que nosotros, y cuando ya no quede en pie ni una de estas piedras en que ciframos hoy su encanto, los olivos se encargarán de levantar otra ciudad. Pero Ubeda será para nosotros la ciudad hermana de Salamanca. Ciudad del Renacimiento. Más joven, más graciosa de líneas, por ser, en general, sus proporciones más pequeñas, nos produce mayor melancolía verla envejecer. Sólo el Hospital de Santiago tiene dimensiones amplias y vastas, como si se hubiera querido fundar el derecho real al dominio sobre la ciudad, en ideas de protección y de beneficencia. Los otros monumentos de Ubeda son casi siempre joyas muy labradas, en las que lo principal es el arte. Citemos como ejemplo de gracia la fachada del Ayuntamiento viejo, con sus dos arquerías. En este edificio hubo luego escuelas primarias, y ahora está la de Artes y Oficios. Tengo entendido que allí trabaja Cristóbal Ruiz, uno de los pintores españoles más personales, cuya retina se ha educado en la luz de esta loma de Ubeda. Y si lo cito por modelo, no es porque el Ayuntamiento viejo sea lo mejor de Ubeda, que otras cosas hay allí de mejor empeño, sino porque ninguna otra revela en menos espacio la



Fachada de la Capilla del Salvador

armonía y la belleza de uno de los momentos más felices del arte en España. Todavía le supera en finura el patio de la casa del condestable Dávalos,—hoy convertido en cuadras, pajares, es decir, en corral de casa de labranza—. Fachada severa, muy maltratada por los años, pero de gran interés arquitectónico é histórico; patio más novelesco, más romántico aún, porque parece una estampa inglesa de viaje por España á mediados del siglo XIX, cuando dormían y cocinaban los gitanos en los salones y en los jardines de la Alhambra.

En este viaje, sin programa y sin itinerario de turista, hemos recalado con todo sosiego en la plaza de Santa María; y allí, sentados en un banco de piedra, frente á la Colegial, se nos ha aparecido, como si le hubiéramos evocado, el cronista de Ubeda, gran enamorado de la ciudad y singularmente de este paseo, que él llama, con razón, plaza del Arte aunque tampoco está mal su viejo nombre de las Delicias. Don Manuel Muro, que ha escrito mucho de Ubeda y sus claros varones—conozco el ensayo biográfico sobre el condestable Ruy López de Dávalos—, sabe que aun estimando el palacio de las Cadenas y el de los marqueses de Donadío y la cárcel del Obispo, así como la propia Colegial de Santa María, aun admirándolo todo en conjunto y por separado, los pasos del viajero, que ya tiene hecho su primer aprendizaje de Ubeda, van hacia la capilla del Salvador.

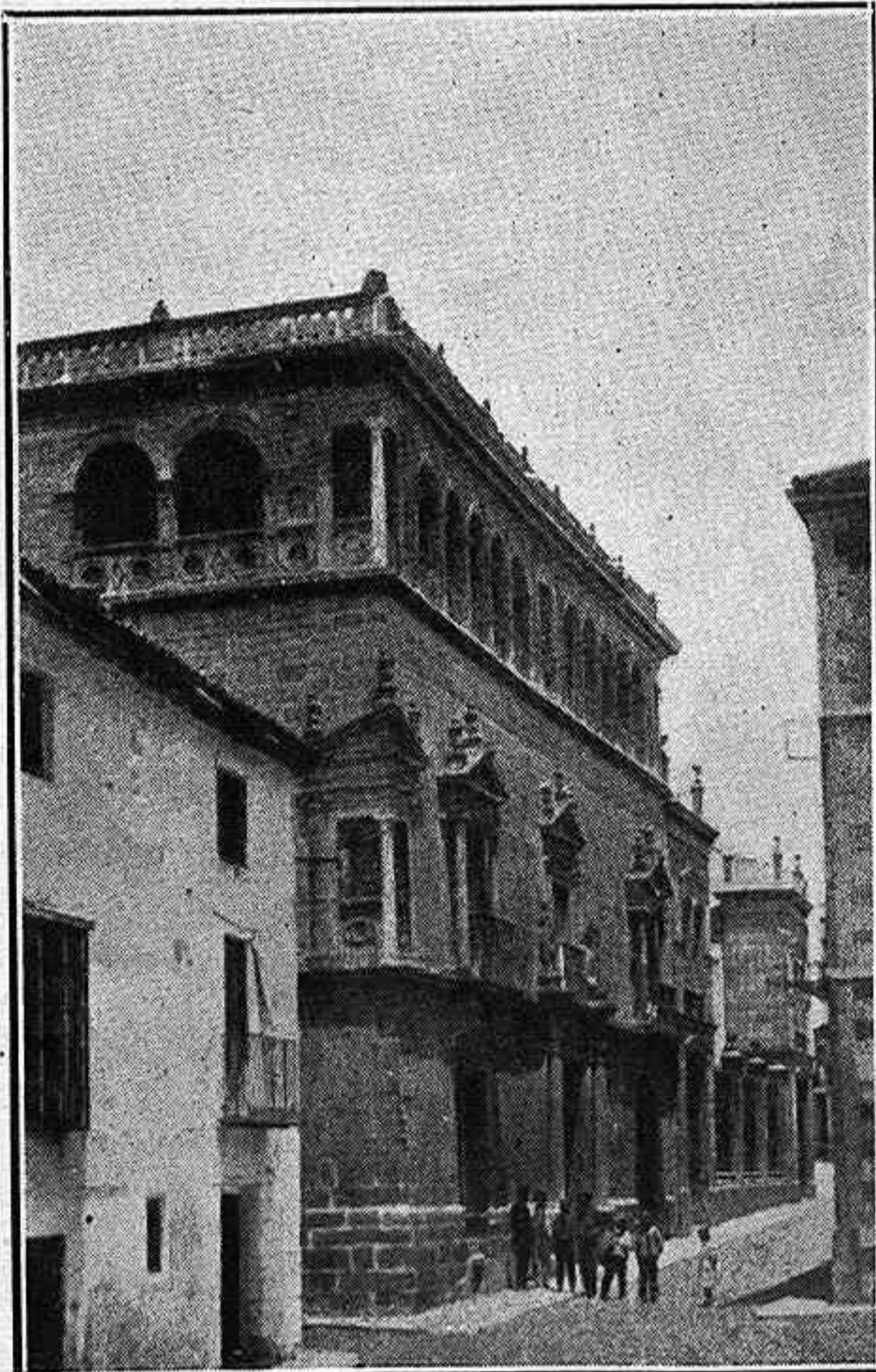
Allí entramos. El Salvador es el verdadero templo del Renacimiento en España. Un Renacimiento que pudiéramos llamar caballeresco, por no decir galante. Un Renacimiento culto, sensual, lleno de blanduras y de evocaciones paganas. En el arco de la puerta principal, centro de la fachada y punto de atracción de todo el que llegue á la capilla, están los dioses de la mitología griega, con Júpiter sosteniendo la clave. A un lado y á otro de la cartela, bellas imágenes de pecho desnudo. Un largo friso, alado, juvenil, sobre la guirnalda de las columnas corintias.

La más dulce Italia vino con Vaudaelvira á cambiar la primitiva rudeza bélica de esta Ubeda medieval y señorial. El ministro de Carlos V que hizo construir la capilla de El Salvador estuvo, sin duda, en Italia, ó acaso su mujer fuera de aquellas damas españolas del 1400 que sentían la religión como la poesía; sentimiento de amor para embellecer la vida, y no para martirizarla y ensombrecerla. Más aún que en la fachada, en la sacristía se desborda ese espíritu gentil, pagano, que algunos fieles demasiado severos condenan por poco piadoso; pero que

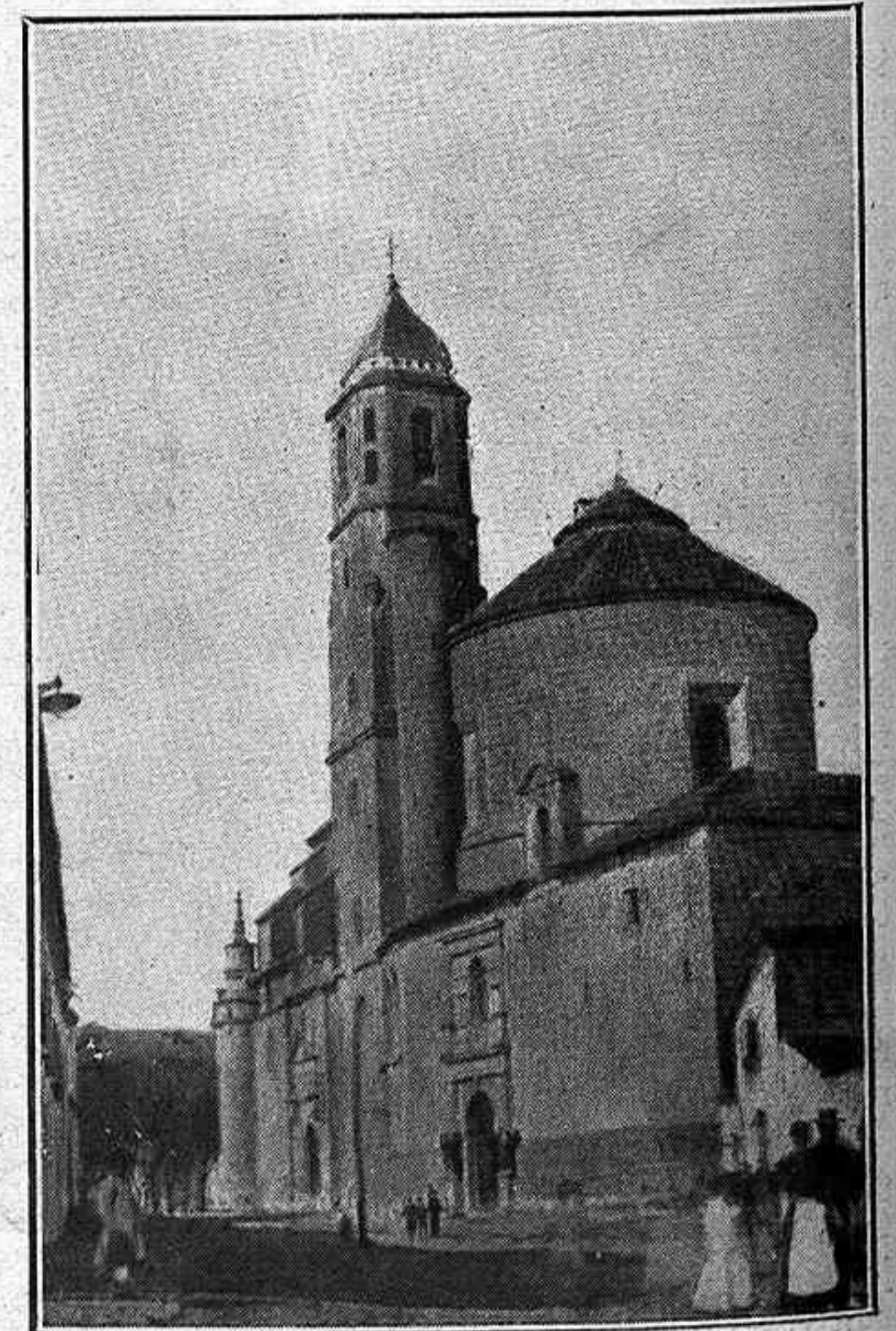
siempre será preferible á las bárbaras tallas grotescas de catedrales como la de Ciudad Rodrigo. Don Francisco de los Cobos, cuyo retrato vemos en una dependencia de la iglesia, fué como fundador hombre de amplio criterio. Sus consejeros ó consejeras en materia de arte no quisieron oponerse al genio libre de Vaudaelvira. Hoy, el patrono, por descendencia, es el marqués de Camarasa.

Y á título de curiosidad, diré que hay aquí un albañil, Martínez de los Cobos, no sé si Diego ó Domingo, hombre de vida muy trabajosa, que tuvo taberna y que se considera patrono descendiente por línea directa del comendador. Un hijo suyo está empleado en el Ayuntamiento de Madrid. La frondosidad sensual de esta capilla autoriza las desviaciones y derivaciones más enredadas del árbol familiar, pues no ya los grandes, sino los príncipes y reyes, y aun las más altas dignidades eclesiásticas, dieron lugar á pleitos de sucesión. Entremos una vez más por la sacristía; veamos los lienzos flamencos, las maravillosas tablas; hagamos aparecer en el relicario del altar mayor aquellas dos imágenes, las cabezas de las dos vírgenes que, según tradición popular, copian los rasgos de dos infantinas. ¡Tan pálidas, tan delicadas, con su cráneo de santas y con los ojos y las mejillas y la frente llenos también de pensamiento de amor!

LUIS BELLO



Palacio de Montilla



Iglesia del Salvador.

EMOCIONES PARISINAS

ROSAS DE BAGATELLE

CUANTOS tengan efectiva afición á las flores habrán oído nombrar el célebre parque de Bagatelle y, sin duda, conocerán la fama de sus rosas, aunque no lo hayan visitado nunca. Porque este gran jardín, escondido entre muros en pleno bosque de Boulogne, alrededor de un exquisito palacete, resulta un búcaro de pétalos fragantes, donde todas las elegancias acompañan á todos los perfumes.

Era en visperas de la Revolución, cuando la nobleza francesa se preparaba, sin saberlo, á ir al cadalso con pasos de minué. Luego de cierta apuesta provocada por María Antonieta, hizo el conde de Artois construir, dentro del plazo de sesenta y cuatro días, tal lugar de placer, uno de los más bellos del mundo. El comentario de *folie* y *bagatelle* lo bautizó oportunamente, puesto que constituye una locura deliciosa, una bagatela admirable. Y Bagatelle, surgido como obra de hadas al conjuro de un capricho costoso, nos deleitará de continuo por su aspecto, por su historia; aun menos lindo, ya nos deleitaría por implicar un reino de las flores.

Paseemos á lo largo de sus enarenadas avenidas bajo el cielo azul de la tarde estival. No nos molestará casi ninguna presencia humana, dado que el sitio se halla hartó lejos para congregarse diario muchedumbre. Nos sentiremos, pues, dueños de su espacio y gozaremos en absoluto su gracia maravillosa.

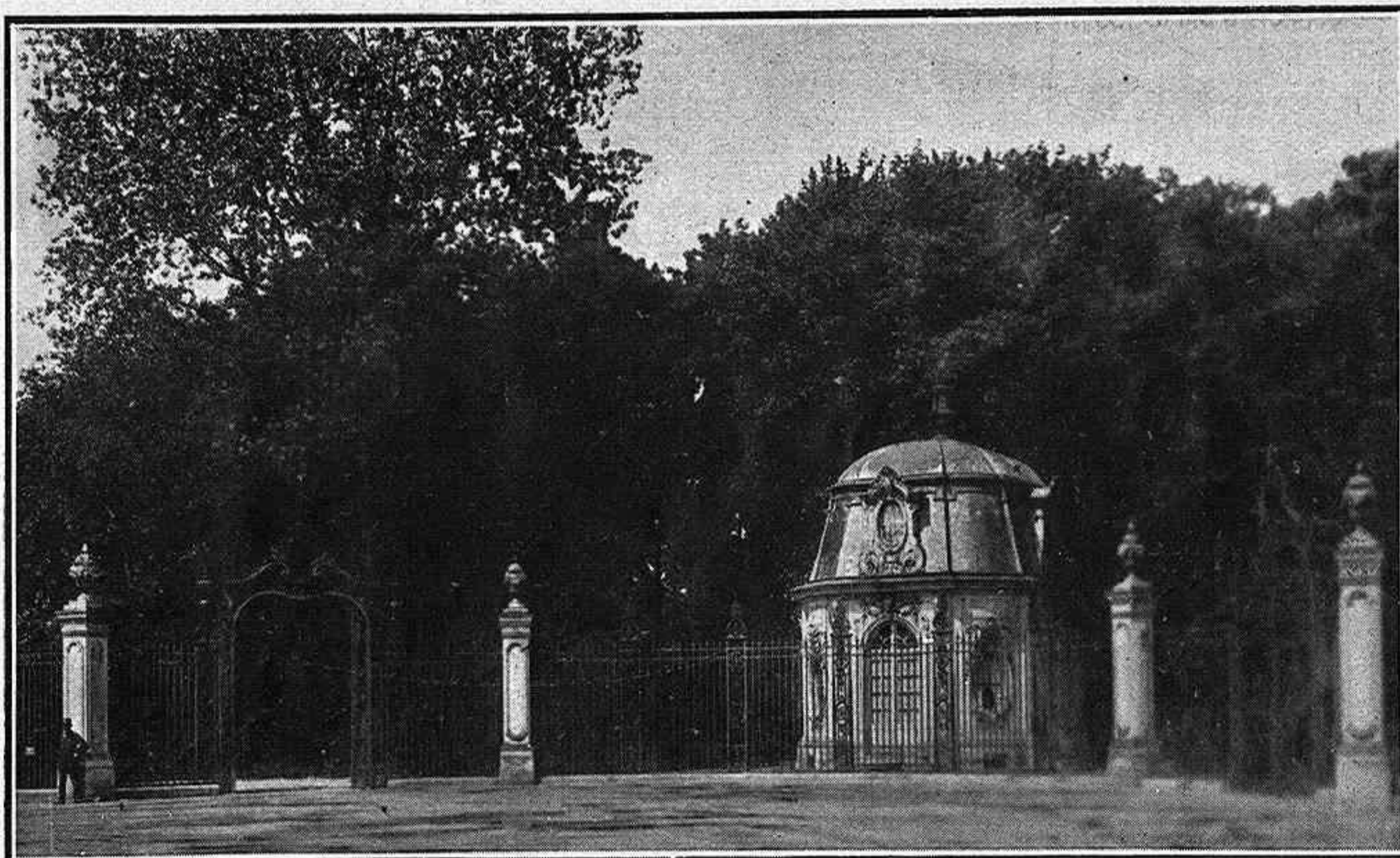
Todo se nos revela evocador acá; pero no nos infunde ni asomo de melancolía nuestra andanza nostálgica á través de los céspedes y los macizos. Ante nosotros resucita de pronto el siglo XVIII, y la Naturaleza se viste de *paniers*, mientras un silencio ligero parece que acabará de apagar compases de Rameau. No pueblan la grata soledad fantasmas de ultratumba, que Bagatelle, á pesar de su estilo pretérito, simula haber nacido por milagro la vispera, sugiriéndonos el pasado exento de vetustos vestigios, mas con carácter evidente. Lo creeríamos un minúsculo Versalles flamante de quintaesencias y estilizaciones, al abrigo de la vejez, merced quizá á la renovada lozanía de sus plantas; Versalles, sin apenas estatuas y sin fuentes apenas, amaneradísimo, de una sencillez paradójica hasta lo ab-

surdo; Versalles, ideal. Y por doquiera florecen las corolas.

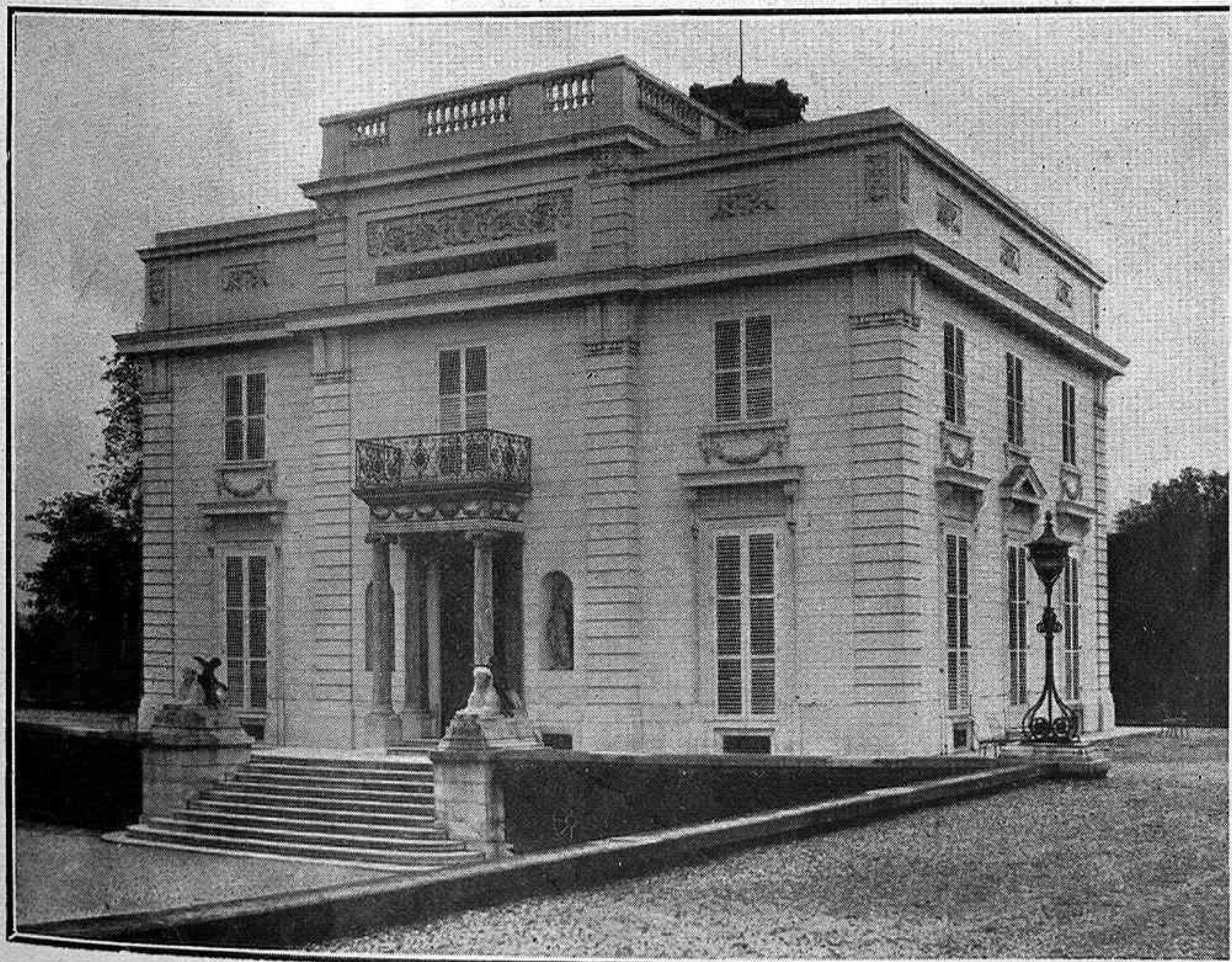
He aquí el pequeño estanque sembrado de ninfas, y á cuya agua bordada se asoman unos árboles retorcidos, como esos otros árboles en miniatura de los jardines japoneses. Cada flor semeja una viva copa de Murano emergida del fondo para brindar un filtro misterioso, y nos tienta un deseo de beber el olvido consolador de los lotófagos, de morir la muerte de Narciso, poética y simbólica... Las ninfas emanan un encanto extraño é invitan á tenderse sobre el falaz tapiz de redondas hojas, al que enredan sus cabelleras las ondinas.

Y he aquí, por fin, la rosalada, perenne exposición de diversas especies, de diversos colores. Rosas menudas ó abultadas, reventando cual corazones malheridos ó encogiéndose cual puños de

Una rosa de Bagatelle



Entrada principal del Parque de Bagatelle



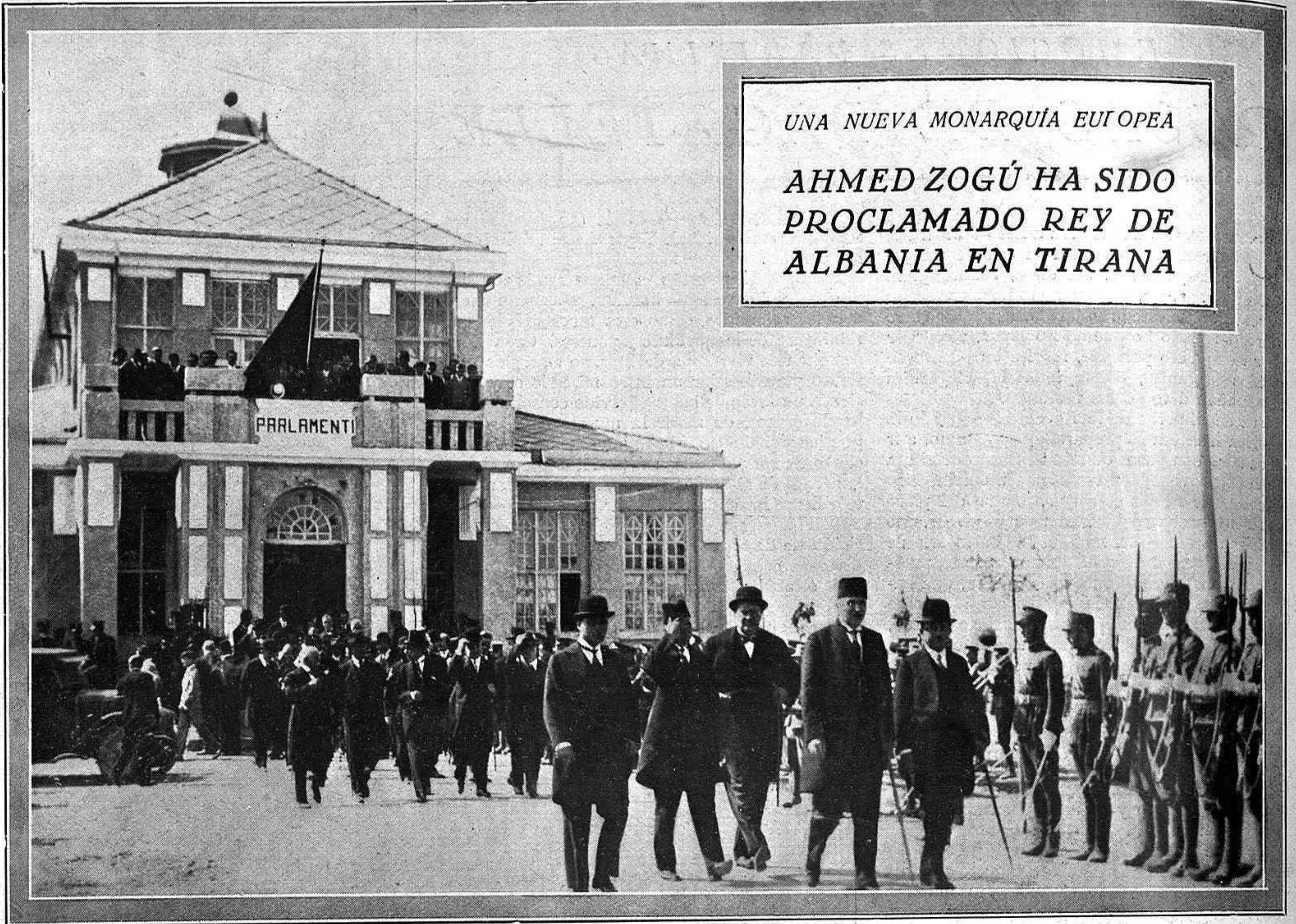
El «château» de Bagatelle, en el Parque del mismo nombre

criatuitas dormidas, con un rojo negreante ó con una nivea albura; rosas que muestran carne de mujer ó brillos de porcelana, que rien de salud ó se desmayan de voluptuosidad, que atraen siempre. Borracho de sus mil aromas está el aire, pues pululan en torno los leves pebetes colgados á rosales de tallo alto, brotados de unos tiestos amarillos, azules, rojos, donde triunfa la exigua majestad de rosales enanos, encaramados á las tapias junto á espinas de rosales trepadores.

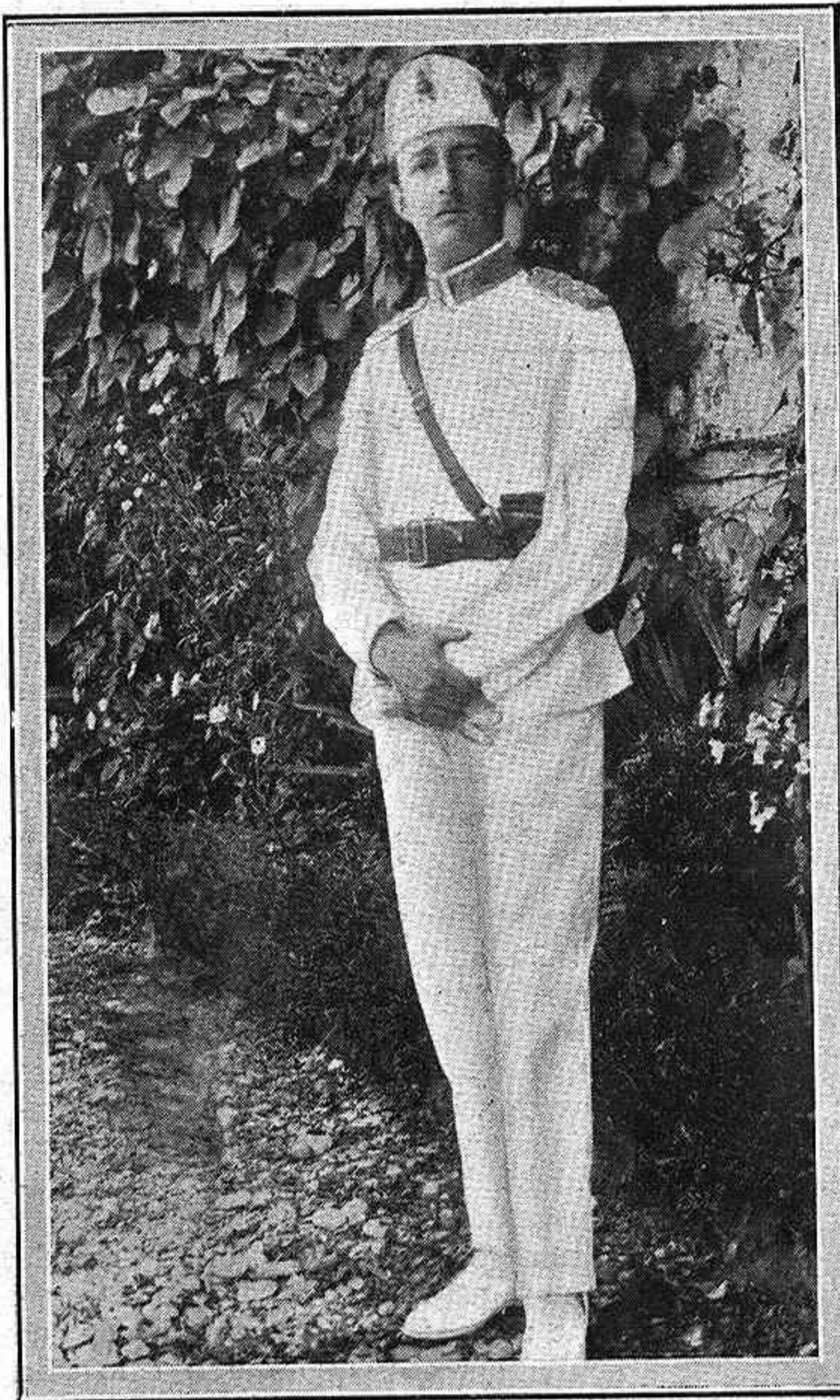
Nos asaltan sutiles pensamientos pseudoeróticos... ¡Ah! Bagatelle supone un paraíso de amor sin amor, y por eso se denota perfecto, ajeno á la vaga tristeza de quienes han amado mucho y poseyendo la alegría ignorante de quienes jamás han amado. Deben de habitar sus espesuras faunos inocentes y crecer al cobijo de sus troncos hamadriadas vírgenes, conforme la pá-nica siringa entona melodías ingenuas...

El viejo parque nos rejuvenece á fuerza de crearnos con su antigua juventud constante, resumen de las muy efímeras juventudes de sus rosas, que duran sólo una mañana, según el poeta, y que se abren todas las mañanas.

GERMÁN GOMEZ
DE LA MATA



Los diputados albaneses saliendo del Parlamento, en Tirana, después de la proclamación oficial del Monarca Zogú I



Una de las más recientes fotografías de Ahmed Zogú, que se ha hecho elegir Rey de Albania

El nuevo Rey de Albania, Zogú I, pasando revista a una sección de fusileros, luego de su coronación como Monarca, en Tirana (Fots. Agencia Gráfica)

Ya tiene un nuevo Rey el pequeño territorio albanés. Sometida á la influencia y á las convencionales protecciones de las grandes potencias, en Albania los jefes de Estado han sido tan efímeros como aquel príncipe de Wied, que apenas si disfrutó unas cuantas semanas del trono que le proporcionarían sus protectores.

Ahora, Ahmed Zogú, que había llegado á ser la cabeza visible de la reorganización del pequeño Estado, no ha querido conformarse con el importante papel, y, ante el Parlamento, se ha hecho coronar Rey de Albania con el nombre de Zogú I. La ceremonia no ha sido una vulgar declaración: el Parlamento, reunido en Tirana, ha sancionado la proclamación rodeándola de toda la teatralidad que requiere tan elevada designación. Y el electo Monarca se ha apresurado á dar títulos de princesas y príncipes á sus familiares, al propio tiempo que solicitaba la mano de una princesa italiana de sangre azul, con la que quiere desposarse elevando al más alto rango la corona recién estrenada de Albania.





Aquí tiene usted
la verdadera delicia del baño:

¡JABÓN HENO DE PRAVIA!

Pruébalo. Está hecho para la
finura de su piel, y será su
jabón favorito.

Su pasta es neutra; su espuma,
suave; su aroma, intenso e
inconfundible.

Limpia, perfuma y embellece.

Pastilla, 1,25 en toda España.

PERFUMERÍA GAL - MADRID



BROMAS HISTORICAS

LA BUENA MOZA

FEDERICO II merece el dictado de Grande, porque no sólo fué el fundador de la grandeza de Prusia y un ilustre guerrero, sino que procuró siempre por el bienestar de su pueblo.

El «padre Fritz», como le llamaban cariñosamente, era de pequeña estatura, feo, nada cuidadoso de su indumento; gastaba larga trenza y tocábase con un tricornio que, en lo usado, cofría parejas con el uniforme de color azul con vivos rojos.

Fué un rey bonachón y campechano, de genio tolerante y espíritu liberal, bastante escéptico y nada escrupuloso en materia de rectitud y de moralidad.

Hombre activo, complaciase en repetir: «No dejemos nada para mañana»; despachaba la correspondencia en las horas matinales y el resto del día dedicábalo á repasar cuentas y revisar su Guardia, con la machacona prolijidad de un sargento ordenancista.

¡Su Guardia! En ella tenía puestos los ojos y esponjábale al contemplarla; aquel Cuerpo real, formado por los mozos más altos y fornidos de Prusia, era su gala, su orgullo, y una satisfacción inefable recibía al poder alistar en él algún muchachote de aspecto marcial que superase, ó al menos, alcanzara la talla gigantesca de sus granaderos.

Cierta tarde en que, solo y á pie, retornaba de dar un vistazo á las obras del nuevo Palacio, que había mandado construir en Potsdam, el Versailles de Prusia, hubo de encontrar en el camino á una hermosa zagala, cuya esplendidez de formas, carnes macizas y rosadas, evocaba el recuerdo de las opulentas beldades pintadas por Rubens.

Al ver á la rústica belleza, cruzó por la mente del Gran Federico una idea peregrina: la de casarla con el primer cabo de fila de sus granaderos, que, obvio es decirlo, era el más alto de todos ellos y el más distinguido por el soberano. Indudablemente, el cabo y la zagala compondrían una pareja admirable, y de su unión podía prometerse una soberbia raza.

Detúvose el rey en su camino y saludó á la arrogante moza, que le devolvió las buenas tardes con el respeto debido á un militar ya anciano, que no otra cosa supuso sería aquel amable señor.

Tras el saludo, el «padre Fritz» hizo varias

habilidosas preguntas á su interlocutora, por las que vino á enterarse de lo que más le interesaba saber de la misma.

Luego hubo de rogarla que entregase al oficial comandante de la próxima puerta de Potsdam un billete; accedió graciosamente la joven á la demanda, y el rey trazó con lápiz unos cuantos renglones en una hoja que arrancó de su cartera. Dobló con gran cuidado la misiva, y, entregándosela á la gentil mensajera, encareció que se la diera en propia mano al destinatario y esperase la contestación, que, á no dudar, había de complacerla grandemente.

La campesina separóse del anciano militar.

De seguro habría cumplido el encargo, pero la casualidad, que, á veces interviene milagrosamente, hizo que la buena moza se encontrara en su camino con un guapo muchacho, su novio, y que la pareja pusiera á desgranar el interminable credo de sus dulces esperanzas.

Ya el padre sol enviaba á la tierra sus postreras vislumbres cuando los novios dieron término á su animada charla, despidiéndose hasta el siguiente día.

La joven dirigióse á paso rápido hacia sus lares.

De súbito se acordó del encargo del viejo militar. Quedóse indecisa un momento; instábale á cumplirlo la curiosidad que hubieron de despertarle las palabras del desconocido de que había de recibir, al entregar la misiva, una contestación que la complacería grandemente... Pero, ¿y si tal promesa no fué más que un halago para más obligarla?... Vino á sacarla de su indecisión la voz débil y cascada de una vieja mendiga que pedía una limosna por amor de Dios.

La muchacha sacó del bolsillo del delantal una moneda de cobre, junto con el billete, y dijo: —Buena mujer, ¿quiere hacerme el favor de dar este papel al comandante de la puerta?

—Ya lo creo que sí, hija mía.

—Pues tome, y gracias—dijo, poniendo en manos de la mendiga la moneda y el papel—. Espere la contestación, que puede que la den algo bueno—añadió con dejo irónico.

El comandante del puesto, al leer la misiva regia, puso una cara de asombro rayana en la estupidez, y quedóse contemplando á la mensajera.

O el bueno del «padre Fritz» habría perdido la cabeza ó él no entendía palotada de lo que le escribía. Y tornó á leer el papelito y tornó á dirigir una mirada inquisitorial á la mendiga.

No había duda: el rey le ordenaba terminantemente que, sin perder momento, casara á la portadora con el primer cabo de fila de la Guardia real.

—Pero, ¿qué habrá hecho ese buen mozo para que así le castiguen?...—preguntábase, intrigado, el oficial.

—Oiga, buena mujer—dijo al fin, encarándose con la vieja, á la que azoraban las persistentes miradas de su interlocutor—. ¿Usted sabe lo que Su Majestad me ordena en este papel?

La interpelada se encogió de hombros. —¿Su Majestad?...—repitió con tamaño boca de asombro—. ¿Y cómo voy yo á saberlo?...

—¡Ah! Pero, ¿no le ha dicho que quiere que se case usted con el mejor mozo que hay en Prusia?

La vieja abrió la desdentada boca y rió largo rato al oír tan estupenda novedad:

—¡Ji, ji, ji, ji!... ¿Casarme yo?... ¡Ji, ji, ji, ji!... ¿Y con el mejor mozo de Prusia?... ¡Ji, ji, ji, ji!... ¡Qué gana de broma tiene usted, señor comandante!...

—¡Qué broma ni qué narices!—replicó amostazado el oficial—. Es orden de Su Majestad, ¿lo oye? ¡De Su Majestad!... ¿No le dijo nada el rey cuando le dió el papel este?

—Pero si á mí no me lo ha dado el rey...

—¿Que no?...

—No, señor; ha sido una buena moza, muy guapa, por cierto... La encontré en la carretera y me pidió por favor que se lo trajese á usted y que esperara la contestación, porque puede que me dieran algo bueno...

Ahora el oficial era el que reía de bonísima gana con el regocijado *quid pro quo*.

•••

Al enterarse, por el comandante, del gracioso trueque habido, sonrióse bonachonamente el «padre Fritz».

—¡Ha sido una verdadera lástima—dijo—que el cabo se haya quedado sin la esposa que yo le destinaba!... ¡Menudos granaderos hubieran dado á mi Guardia!...

ALEJANDRO LARRUBIERA

Un nido auténtico para recién casados



HACE cosa de diez años alcanzó gran boga en los *music-halls* norteamericanos una cancioncilla titulada *A little nest...* (Un nidito...), y en la

BARCELONA - MAJESTIC HOTEL

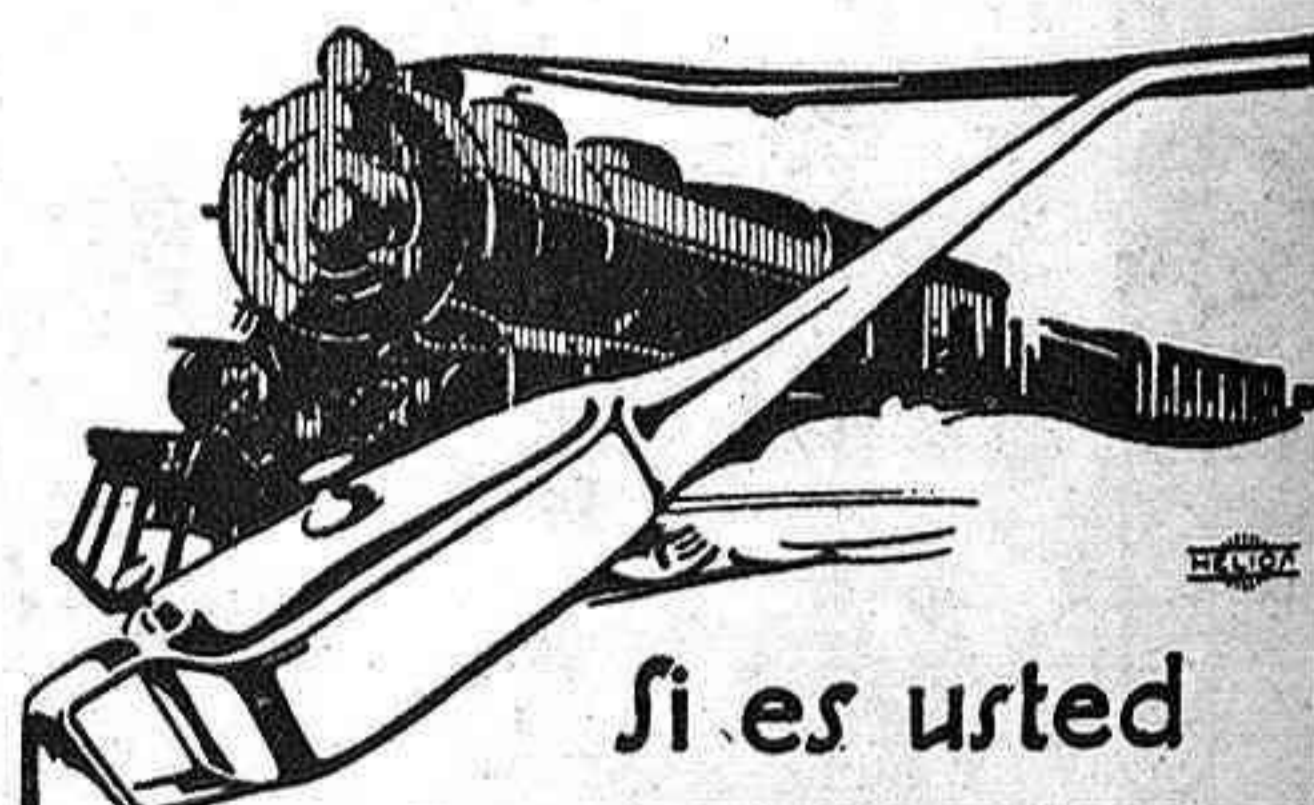
PASEO DE GRACIA. Primer orden. 200 habitaciones. 150 baños. Orquesta. Precios moderados. El más concurrido.

que el poeta cantaba el sin igual encanto para dos recién casados de pasar la luna de miel diciéndose ternezas entre las ramas de los árboles. Como en el país del Tío Sam surge la idea comercial de las cosas al parecer más distanciadas de Mercurio, no faltó un espíritu práctico que se propusiera obtener copiosa cosecha de dólares de la cancioncilla en cuestión. Y al efecto, hizo construir en lo alto de uno de los más viejos robles de su finca en Hellam, á varios kilómetros de poblado, lindo pabelloncito, amueblado y dispuesto para recibir á los *honeymooners* en demanda de soledad, aislamiento y aire puro. Anunciado el *nidito* en los principales periódicos de Nueva York, fué solicitado por numerosas parejas que se disputaban como en reñida subasta el alquiler temporal de la pequeña mansión arborícola. Esta continúa en pleno auge, rindien-

NUEVOS NÚMEROS DE LOS TELÉFONOS DE PRENSA GRÁFICA

50.009 * 51.017

do á su avisado propietario grandes beneficios desde hace siete años. Psicólogo nada lerdo, el dueño del *nidito* no lo arrienda sino por cuatro semanas como máximo plazo, juzgándolo sobrado para una perfecta luna de miel á estilo americano.



Si es usted

nuestro cliente puede hacer un buen favor a su mejor amigo, recomendándole que emplee solamente los engrases

"GEORGIA"

Se vende en todos los buenos garages y tiendas de accesorios de España en bidones precintados.

DELEGACIONES: Madrid: Santa Engracia, 22. Valencia: Jorge Juan, 4. Sevilla: Jesús del Gran Poder, 44. Palma de Mallorca: Cordelería, 67. DIRECCION Y DEPOSITO GENERAL PARA ESPAÑA: S. A. E. GEORGIA-OIL. Málaga. (Apartado. 72)

SOLICITAMOS AGENTES ESPECIALIZADOS EN LA VENTA DE LUBRIFICANTES. TENEMOS TIPOS MONOPOLIO A PRECIO DE TASA